FACETAS

Vol. 12 1979 Núm. 4

EL PREDICAMENTO URBANO

James S. Coleman
¿PODEMOS REVITALIZAR NUESTRAS CIUDADES?

Lisa R. Peattie
CIUDADES, BARRIOS BAJOS Y VIVIENDA

Bruce Stokes
LA VIVIENDA RECICLADA

Roger Sale
LA ECONOMIA DE LAS CIUDADES

Wolf Von Eckardt e Irving Kristol
POBLADOS NUEVOS: DOS OPINIONES

Gary Giddins
DIZZY GILLESPIE: UNA VIDA EN EL JAZZ

Thomas R. Brooks
TENDENCIAS RECIENTES EN EL MOVIMIENTO OBRERO DE LOS EUA

Otis L. Graham hijo
HACIA UNA SOCIEDAD CON PLANIFICACION

Victor y Rosemary Zorza
LA MUERTE DE UNA HIJA

Peter Meinke
EL RETORNO A LA FORMA EN LA POESIA ESTADOUNIDENSE

FACETAS es una publicación trimestral de crítica y análisis de temas intelectuales y culturales de interés actual en los Estados Unidos. Las opiniones expresadas en sus páginas son las de los autores y no necesariamente reflejan el punto de vista o la política del gobierno estadounidense.

El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá enviarse directamente a las fuentes citadas o al Agregado de Prensa, Embajada de los Estados Unidos.

Director:
Nathan Glick
Director Adjunto:
Geoffrey Gould
Director de Arte:
Gary Soderstrom
Asistente Editorial:
Iris L. Nelson
Compiladora Gráfica:
Martha Humenik

Oficina Editorial:
International Communication Agency
United States of America
1776 Pennsylvania Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20547

Redacción en Español:
Angel Carlos González Ruiz
Margarita Montero de Gesundheit
Manlio Fabio Fonseca Sánchez
Ramón Saavedra

FACETAS

1979

Vol. 12, No. 4

sección especial
EL PREDICAMENTO URBANO

James S. Coleman 3 **¿Podemos Revitalizar Nuestras Ciudades?**

Lisa R. Peattie 15 **Ciudades, Barrios Bajos y Vivienda**

Poblados Nuevos: Dos Opiniones

Wolf Von Eckardt 25 **1. Unión de Ciudad y Campo**

Irving Kristol 33 **2. Utopías Urbanas versus Mundo Real**

Bruce Stokes 38 **La Vivienda Reciclada**

Roger Sale 48 **La Economía de las Ciudades**

☆ ☆ ☆

Gary Giddins 55 **Dizzy Gillespie: Una Vida en el Jazz**

Peter F. Drucker 65 **Dos Profetas de Nuestro Tiempo**

Thomas R. Brooks 76 **Tendencias Recientes en el Movimiento Obrero de los EUA**

Otis L. Graham hijo 88 **Hacia una Sociedad con Planificación**

Victor y Rosemary Zorza 99 **La Muerte de una Hija**

Peter Meinke 109 **El Retorno a la Forma en la Poesía Estadounidense**

Joseph Epstein 120 **La Vanidad de los Autores**

LIBROS

Ernst Halperin 126 **La Mentalidad Terrorista**

Lewis Coser 129 **El Marxismo y la Nueva Clase**

Quentin Anderson 132 **William Faulkner: Novelista del Sur**

Webster Schott 135 **Una Novela sobre el Cambio**

Daniel Aaron 137 **Un Radical Estadounidense**

Edmund Fuller 141 **Un Novelista Filosófico**

NOTA AL LECTOR

Solicito la indulgencia del lector si estos comentarios toman un sesgo un tanto personal. Con este número concluyo 12 años como director de *Facetas* y me dedico a la actividad más solitaria de escritor independiente con sentimientos ambiguos de expectación y pesar.

Echaré de menos el sentimiento de contacto directo con lectores de cinco continentes, reforzado por multitud de cartas y una animada serie de publicaciones en respuesta a artículos de *Facetas.* Añoraré (aunque algo menos) la compulsión de leer más revistas y libros de lo que se puede esperar de cualquier persona sensata, en busca de material para ésta. Echaré de menos la libertad, insólita en el gobierno (y también en el sector privado), de seleccionar el contenido de cada número sin censura o crítica de políticas.

Facetas ha sido algo así como un viraje en el patrocinio gubernamental a las revistas para lectores extranjeros. Se fundó sobre la creencia en que la franqueza respecto a los errores de los Estados Unidos, así como sus virtudes, le atraerían amigos más firmes y comprensivos que una selección cautelosa de hechos y análisis. En mi primera "Nota al Lector", escribí:

> *Facetas* se dirige al "público intelectual", a esos lectores que tienen un interés apremiante en las ideas, los problemas sociales, la literatura y el arte. Esperamos evitar la popularización fácil y la erudición insustancial, y publicar artículos que vinculen el conocimiento especial con las influencias culturales más amplias o las necesidades humanas más apremiantes. No esperamos que los lectores estén de acuerdo con todos los artículos que publiquemos. Ciertamente, con frecuencia los colaboradores estarán en desacuerdo entre sí y los directores con ellos. Pero deseamos proporcionar estímulo, provocar disidencia (y al menos ocasionalmente) despertar entusiasmo.
>
> Nuestro título en inglés (Diálogo) se refiere primordialmente al continuado debate entre los estadounidenses sobre cuestiones que van desde la educación y la cultura hasta la política y el desarrollo económico. . . Pero implica también un carácter recíproco con respecto al discurso intelectual que salta las barreras de la geografía a los sistemas políticos. Esperamos que nuestra revista habrá de contribuir a ese diálogo internacional de ideas y aspiraciones.

Por supuesto, corresponde a los lectores juzgar si hemos cumplido bien o mal nuestras metas. Pero para mí y mis colegas, el esfuerzo en sí ha sido estimulante y satisfactorio.

Nathan Glick

sección especial

El Predicamento Urbano

¿PODEMOS REVITALIZAR NUESTRAS CIUDADES?

Por James S. Coleman

En gran parte de la historia humana, el progreso de la civilización significó el crecimiento de las ciudades. Hoy, empero, estamos inciertos respecto a las virtudes o la viabilidad de las grandes ciudades. En los Estados Unidos, es evidente que las ciudades están perdiendo tamaño y atractivo, conforme nuevos medios de transporte y comunicación crean otros escenarios posibles para residencia e industria. Pero la decadencia de las ciudades no es inevitable, de acuerdo con el profesor Coleman. Lo que se requiere para revitalizarlas, escribe, es la elaboración de políticas gubernamentales que den la mayor importancia a las ciudades saludables y heterogéneas.

James S. Coleman es profesor de sociología en la Universidad de Chicago y autor de muchos libros sobre problemas sociales. Su obra mejor conocida es *Equality of Educational Opportunity* (Igualdad de oportunidad educacional), que aportó la investigación básica para apoyar las ventajas educacionales de las escuelas racialmente integradas. Su libro más reciente es *Power and the Structure of Society* (El poder y la estructura de la sociedad). Su artículo fue resumido de un ensayo incluido en *The Mature Metropolis* (La metrópoli madura), compilado por Charles L. Leven y publicado por Lexington Books, D. C. Heath and Company.

Hace más de 100 años, cuando la población de Chicago era de aproximadamente 30.000 habitantes, un estudioso de las ciudades estadounidenses llamado George Tucker escribió:

> El crecimiento de las ciudades marca habitualmente el progreso de la inteligencia y las artes, mide la suma del goce social e implica siempre una excesiva actividad mental, que en ocasiones es saludable y útil, en otras desordenada y perniciosa. . . Cualesquiera que sean las tendencias malas o buenas de las ciudades populosas, son el resultado al que tienden inevitablemente todos los países que son al mismo tiempo fértiles, libres e inteligentes.

Si todo esto era verdad en 1870, ¿por qué parece que ya no lo es? Entre 1970 y 1975, los centros urbanos de las áreas metropolitanas de los EUA perdieron 1.404.000 personas al año a causa de la emigración neta. Las palabras de Tucker comunican una sensación de movimiento inexorable. ¿Cuá-

les fueron los supuestos implícitos que las sustentan? Si deducimos algo de la respuesta a esta pregunta, tendremos una perspectiva más amplia de la condición presente de las ciudades y el principio de una visión profunda de los cambios en las condiciones o políticas que puedan beneficiarlas.

Supuestos sobre la Urbanización

Si examinamos con cuidado las ideas que antes se tenían respecto a la creciente urbanización mundial, veremos que las sustenta el supuesto de que la división de la población entre ciudades y sitios no urbanos era una división entre industria y agricultura. Cierta fracción de la fuerza de trabajo era necesaria para la producción de alimentos, para la agricultura.

Si dicha fracción era elevada, como lo ha sido a través de la historia hasta el siglo pasado y todavía lo es en algunas partes del mundo, entonces gran parte de la población tenía que vivir en el campo para producir alimentos y sólo una pequeña parte podía vivir en los centros urbanos y encargarse de otras actividades. A medida que los avances tecnológicos tuvieron lugar en la producción alimentaria, permitiendo que se produjera la misma cantidad de alimentos con menos mano de obra, entonces ésta se liberó automáticamente para emprender esas otras actividades.

Se lograría un estado final estable sólo cuando casi toda la población viviera en las ciudades. En consecuencia, hay otros dos supuestos implícitos que sustentan la tesis del crecimiento urbano inevitable: primero, que otras tareas además de la producción alimentaria y el trabajo en las industras extractivas deben llevarse a cabo en las ciudades; y segundo, que las personas qué se dedican a ellas deben vivir allí mismo.

En años recientes, empero, ambas suposiciones han demostrado su nulidad. Muchas actividades que no son ni agrícolas ni extractivas sino más bien industriales o postindustriales, no se efectúan ya en las ciudades. Las plantas industriales se ubican ahora con frecuencia fuera de las áreas metropolitanas importantes; esto es verdad también respecto a las actividades no industriales en expansión, como la educación superior.

También es evidente que las personas no viven necesariamente cerca de su lugar de trabajo. Ha surgido una desconexión entre el lugar de trabajo y el de residencia. Esta separación es tan grande que las plantas industriales, que antes hubieran creado ciudades alrededor de ellas, ya no producen ese efecto. Su fuerza de trabajo permanece distribuida en gran medida en las áreas rurales circundantes, no en calidad de agricultores sino como "población rural no agrícola", sin las ventajas ni problemas de la existencia urbana.

La invalidación de estos supuestos indica que no es correcto concebir una sola fuerza unilateral que lleve a la centralización o descentralización, ya que el logro de la urbanización total o su opuesto, la desmetropolización, es sólo cuestión de tiempo. En cambio, es necesario pensar que las relaciones entre ciudades, áreas suburbanas y no urbanas implican un equilibrio de fuerzas. Algunas de éstas se dirigen a una mayor centralización, otras hacia

el desarrollo suburbano en la periferia de los centros urbanos y algunas más hacia la plena descentralización. Conforme cambia el equilibrio entre estas fuerzas, hay un desplazamiento neto hacia las áreas metropolitanas o fuera de ellas. Si las fuerzas mismas fueran inmutables y sujetas a cambio sólo por factores fuera del control humano, entonces nuestra tarea se vería limitada a observarlas y darles cabida.

Pero este no es el caso. Las fuerzas cambian parcialmente, es cierto, por adelantos tecnológicos que no se prevén fácilmente y tienen consecuencias inesperadas, y parcialmente debido a los cambios demográficos, que no están fácilmente sujetos al control de la sociedad. Pero también pueden cambiar como resultado de una política explícita, o de alteraciones en las cantidades relativas de demanda y oferta en ciertos mercados, que pueden impeler a la gente a áreas no urbanas o atraerla a las urbanas.

Pueden hallarse fácilmente ejemplos de la deficiencia de esta idea de fuerzas unidireccionales e inmutables. Se cree habitualmente que hay un éxodo inexorable de las clases medias (primero los blancos, luego los negros) de la parte céntrica de la ciudad y una correspondiente disminución inexorable en el nivel socioeconómico de las personas que habitan las ciudades. Ahora bien, aunque esto se aplica a la mayoría de las ciudades estadounidenses, no incluye a todas. Washington, D.C., es un ejemplo. Las secciones céntricas que alguna vez estuvieron pobladas por familias negras de clase baja se han convertido ahora en barrios de clase media, con mayor población blanca. El sudeste de Washington se desarrolló de esta manera con ayuda de nuevas viviendas, pero el área de East Capitol ha sufrido dicha transición sin cambio alguno en el número de viviendas.

Lo que sucedió en éstas y otras zonas de Washington fue simplemente un cambio en la demanda relativa de dos segmentos de la población, y como resultado, un éxodo neto de las clases medias se trocó en una inmigración neta a las mismas.

La Economía de las Ciudades

Para comprender el sentido de las fuerzas que han influido en el crecimiento de las áreas urbanas, será útil examinar los factores que influyen en la ubicación de los dos elementos: actividad económica y residencia, ya que la situación de estos dos elementos en conjunto es la que influye en el desarrollo o deterioro de las áreas urbanas.

Aceptamos como elemental que en las sociedades primitivas y premodernas, la mayoría de las actividades económicas primarias—agricultura, industria maderera, minería, pesca—constituyen una fracción importante de la economía. En las sociedades modernas representan una fracción pequeña.

La ubicación de la mayoría de estas industrias primarias está vinculada, por naturaleza, a la tierra. Y en general, estas actividades están diseminadas geográficamente. En consecuencia, a excepción de concentraciones relativamente pequeñas, como pueblos mineros y aldeas de pescadores, el empla-

zamiento de estas actividades no conduce a concentraciones geográficas en áreas urbanas. Hoy, es verdad, existen aglomeraciones urbanas grandes y crecientes en economías relativamente primitivas (por ejemplo, El Cairo tendrá más de 15 millones de habitantes en 1985). Pero éstas han ocurrido como resultado de dos cambios introducidos por los países desarrollados: mejores condiciones de salud que han conducido a una notable reducción en la mortalidad infantil y adulta; y la importación de alimentos, que ha conservado la vida a grandes números de personas económicamente dependientes. Si se tratara de economías totalmente aisladas (es decir, si no pudieran importar alimentos a cambio de materias primas o crédito), no podría existir la aglomeración urbana.

Conforme las economías llegaron a estar constituidas cada vez más por actividades secundarias—o sea, industria manufacturera—cambió la ubicación de la actividad económica. Primero, se desconectó cada vez más de la tierra, de modo que pudieron formarse los conglomerados urbanos. Segundo, la interdependencia de las industrias significaba grandes economías de proximidad. Estas economías fueron propiciadas por avances importantes: transporte y comunicaciones. Particularmente en la industria pesada, y en la manufactura en general, los costos del transporte entre sectores industriales interdependientes pueden ser elevados, y se reducen gracias a la proximidad. De este modo todo tipo de plantas metalúrgicas surge cerca de una acería y las de productos para consumo cerca de las fábricas de metal.

También son importantes las economías de proximidad debidas a la comunicación. Las especificaciones de materiales, las negociaciones de ventas y toda la comunicación detallada necesaria para las transacciones económicas se logran más rápidamente, a menor costo y con menos errores, en estrecha proximidad. Los abastecedores de partes menores para fábricas de automóviles se han apiñado cerca de sus clientes en el área de Detroit para facilitar las comunicaciones y ventas. Tales concentraciones se forman en ocasiones incluso dentro de áreas pequeñas de una ciudad, para permitir el contacto personal rápido y fácil. La industria de impresión de libros y similares en los Estados Unidos se ha ubicado tradicionalmente en el lado este de Nueva York, quedando las imprentas, linotipias, grabadoras y prensas en estrecha proximidad. Pero el ejemplo más extremo es el mercado de valores, que consiste exclusivamente en transacciones en papel sin intercambios materiales y está situado dentro de una pequeña sección del bajo Manhattan conocida como Wall Street.

Fuerzas que Favorecen la Dispersión

Estos factores se hicieron cada vez más importantes a medida que crecieron los sectores manufactureros de la industria. Pero han tenido lugar varios acontecimientos que les restan importancia. Primero, las cadenas de producción se han extendido cada vez más. Conforme esto ocurre, al sumarse los costos crecientes de la mano de obra a los materiales, el costo del

transporte resulta una fracción decreciente del costo total de materiales, de modo que la proximidad a las fuentes de éstos es menos importante. Por ejemplo, el costo de los materiales usados en la fabricación de memorias de computadora es tan elevado, por kilogramo, que la proximidad a las fuentes de aprovisionamiento no reduce los costos lo suficiente para ofrecer una ventaja competitiva.

Segundo, una serie madura y estable de procesos fabriles ya no requiere la proximidad y centralización que eran necesarias en su período de desarrollo. Los enormes corrales de ganado de la industria empacadora de carne de Chicago han sido remplazados por pequeñas unidades de matanza, procesamiento y refrigeración cerca de los terrenos de forraje en Iowa y Kansas. Una industria automovilística madura y tecnológicamente estable puede tener ahora más plantas de fabricación y ensamble dispersas. Las agencias gubernamentales que requieren la perforación masiva de expedientes individuales no hacen esto en el área metropolitana de Washington, sino en zonas rurales de Virginia Occidental y Kentucky, en donde la fuerza laboral recibe menos paga, trabaja más arduamente y está más satisfecha. La industria de la electrónica, que en sus primeros días aprovechaba la proximidad que ofrece la alta densidad de la ciudad de Nueva York, ya no necesitó de ésta conforme maduró y se desplazó primero a Nueva Jersey, luego a todo el país, especialmente California e incluso Taiwan y Corea. En general, a medida que maduran, los procesos industriales más importantes se descentralizan o salen de los grandes centros urbanos.

Un tercer cambio, que actúa con el segundo, ha intensificado las fuerzas que descentralizaban las actividades económicas. Este cambio es la revolución en las comunicaciones. Las comunicaciones modernas a larga distancia, a costo reducido en relación con otros bienes y servicios, reducen la importancia de la proximidad. La composición tipográfica para libros, que se habría realizado hasta hace poco en Nueva York, se envía ahora al extranjero, donde los costos de mano de obra son menores. El sistema de telégrafos Western Union, que alguna vez tuvo sus principales equipos de trasmisión en ciudades importantes, mantiene ahora allí sólo al personal mínimo de entrega y sus equipos importantes están situados en unos cuantos sitios rurales. El teléfono de larga distancia y el equipo de trasmisión de documentos permiten la descentralización, con plantas situadas en zonas rurales o poblados pequeños, que nunca hubieran sido económicamente eficientes en ausencia de la actual tecnología de comunicaciones.

Crecimiento de la Especialización Funcional

Una de las consecuencias de la libertad de ubicación que permite la tecnología de transporte y comunicaciones, es la creciente especialización funcional de las localidades. El clásico poblado independiente que era funcionalmente diverso, ha sido remplazado por la localidad que se especializa en una actividad. Los suburbios residenciales son funcionalmente muy específicos,

ya que abarcan sólo vivienda, educación, religión y ocasionalmente otras actividades, pero no la producción económica. Otros suburbios, así como poblados fuera de las áreas urbanas, complementan esto con concentración industrial. Otras comunidades están funcionalmente especializadas como sitios de vacaciones, con sólo una industria de servicios, ya sea en la playa, las montañas o en estados completos, como Vermont o Nueva Hampshire, que se han convertido en lugares para hacer casas de campo o vacacionar.

En presencia de la especialización funcional, las ciudades centrales son un verdadero anacronismo, ya que retienen algo de la integridad económica que caracteriza a una economía independiente. No obstante, ciertas actividades económicas han abandonado las ciudades, mientras otras no lo han hecho, de modo que ha surgido, por omisión, cierto grado de especialización funcional de la parte céntrica de la ciudad. Un análisis de los perfiles económicos de ciudades de diferente tamaño muestra que las grandes se especializan en actividades gubernamentales, servicios al consumidor, finanzas y comercio al por mayor (no al menudeo). También realizan actividades fabriles, pero cada vez menos, conforme las plantas manufactureras abandonan la ciudad e incluso el área metropolitana.

Esta especialización funcional de las localidades es parte de un cambio en la organización de las sociedad que se inció desde el fin de la Edad Media y cobró especial rapidez en el siglo pasado: un alejamiento de las instituciones, grupos y comunidades totales donde las personas nacen y en las que pasan toda su vida, en favor de asociaciones voluntarias que abarcan sólo un segmento de su vida y durante un período limitado.

El carácter anónimo y la libertad de elección de la ciudad central son todavía compatibles con esta constante tendencia a alejarse de las instituciones globales, pero la integridad alguna vez funcional del centro urbano no lo es. No quiero decir que la búsqueda de un papel futuro para la ciudad madura esté automáticamente destinada al fracaso, sino únicamente que su potencial de éxito no ha de encontrarse en la pauta del pasado.

Efectos de la Riqueza

Las decisiones que toma la industria para ubicar sus unidades en un lugar u otro influyen y son influidas por las que toman las familias respecto a su vida. Desde la revolución industrial hasta la década de 1940, la gente se mudó a la ciudad porque al abandonar el campo el único trabajo disponible estaría allí. Por lo tanto la necesidad económica dictó primero el apego a la tierra en la mayoría de la gente y luego, con la revolución industrial, una concentración alrededor de las grandes fábricas y empresas de la ciudad. También surgieron otras determinantes del asentamiento, como la protección de la vida y la propiedad y, para menor número de personas, la posibilidad de un estilo de vida más libre, más individualista y con fácil acceso a las actividades culturales y sociales. Pero el motivo esencial era económico.

El desplazamiento residencial en años recientes se ha tornado mucho más

complejo. Conforme la necesidad económica se hace menos imperativa, la ubicación de la residencia se ve influida crecientemente por otras razones: espacio vital interior y exterior, clima, educación de los hijos, seguridad, proximidad de amigos y muchas más.

Una pauta importante de residencia que ha caracterizado a muchas familias puede llamarse la secuencia de riqueza creciente. Esta secuencia fue bien descrita por Philip Hauser en su libro, *Population Perspective* (Perspectiva de la población). Primero hay una mudanza a un apartamento en el centro de la ciudad al terminar la educación, hasta más o menos la época en que llega el primer hijo. Luego sigue una mudanza hacia la orilla de la ciudad o a los suburbios, a una casa pequeña; después, a una casa más grande y más lejana; y finalmente, después que los hijos se han ido, el regreso a un apartamento en la ciudad. El resultado es que el núcleo central urbano contiene una mayor proporción de jóvenes solteros y recién casados y personas mayores, que el resto de las áreas residenciales. Evidentemente, la atracción de las ciudades con su proximidad a otras personas es más fuerte entre los grupos de población sin vínculos familiares primarios. A falta de las relaciones familiares íntimas, la importancia de las relaciones fuera del círculo familiar aumenta.

Pautas Variadas del Ciclo de Vida

Por supuesto, hay variaciones sobre esta pauta de ciclo de vida, que no es universal. Empero, algunas de estas variaciones tienen consecuencias particulares para las ciudades y algunas sugieren inconvenientes para residir en éstas. Una variación que parece rara al principio es la mudanza inicial no a un apartamento céntrico sino a uno en los suburbios exteriores, donde algunos nuevos edificios han sido ocupados recientemente por solteros y parejas. La incapacidad de la parte céntrica metropolitana para atraer a sus residentes "naturales" sin hijos, sugiere que en años recientes las atracciones urbanas para este grupo de edad han sido parcialmente nulificadas por influencias opuestas.

Algo similar se deduce del desplazamiento alternativo de muchas parejas o individuos de mayor edad, no a la ciudad, sino hacia comunidades construidas exclusivamente para su grupo de edad. Nuevamente, por este cambio, la ciudad pierde a sus residentes "naturales", cuya atracción por ésta se ve neutralizada por otras influencias.

Otra pauta de desplazamiento es la que ocurre cotidianamente, del lugar de residencia al trabajo y del trabajo a la casa. Este movimiento depende directamente de transporte, tecnología y costos. El transporte que alguna vez se limitó a tranvías eléctricos, puede ahora extenderse fácilmente más allá de los suburbios hasta la campiña. El automóvil ha permitido, a cierto costo, que se decida vivir en un lugar y trabajar en otro. Esta divergencia entre los lugares de residencia y trabajo ha dado origen a suburbios totalmente residenciales, a la homogeneidad económica de éstos y a una mayor

segregación social y étnica. El afán por escapar de la ciudad es evidente si se compara el nivel social con la distancia entre la casa y el centro urbano; el nivel económico de los residentes de una ciudad varía en relación directa con la distancia de su residencia al centro. Quienes disponen de mayores recursos económicos y, por lo tanto, de mayor libertad para vivir donde deseen, residen más lejos. Hay excepciones que indican que, en ciertas condiciones, la parte central de la ciudad es atractiva para quienes tienen la libertad de elegir, pero no obstante existe una norma general.

Impacto de la Tecnología de Comunicaciones

Uno de los cambios menos reconocidos en los elementos que determinan la elección del sitio de residencia se refiere a las comunicaciones. Debido a la televisión, y en menor medida a otros medios de comunicación como el teléfono y la radio, el residente rural tiene ahora fácil acceso a muchas de las ventajas que antes se podían obtener sólo cerca de los demás en las ciudades. Las actividades de esparcimiento y de tiempo libre que antes requerían la presencia física en conciertos, cinematógrafos, partidos de fútbol, béisbol y otros deportes, ahora sólo requieren de un aparato de televisión en la sala del hogar. El residente no metropolitano ya no se encuentra aislado del centro cultural de la sociedad.

Para jóvenes de aproximadamente 20 años, el entretenimiento y las actividades del tiempo libre dependen más de la proximidad física con otros y, por lo tanto, de la densidad de población que existe en las ciudades. Para ellos, los impedimentos de la vida no metropolitana cobran especial importancia. Pero para niños y adultos, esos impedimentos se han reducido mucho.

El complemento a este cambio que permite a la gente participar en la cultura desde la sala familiar, también la ha confinado más tiempo en el hogar. El aumento de crímenes violentos, que ha sido más espectacular en los centro urbanos, menor en las áreas suburbanas y todavía más reducido fuera de las áreas metropolitanas, ha sido la causa de que muchos habitantes urbanos teman salir por la noche. Este temor, aunado al entretenimiento televisado y la música grabada que se disfrutan en casa, reduce más el atractivo cultural de las ciudades. Ciertamente, la menor tasa de delincuencia fuera de la ciudad puede permitir al residente no metropolitano una mayor participación en la vida cultural y de esparcimiento fuera del hogar, de la que disfruta el residente del área céntrica.

Hasta ahora, se han enfocado influencias impersonales—aspectos económicos, transporte, tecnología de comunicaciones—que unas veces estimulan la proximidad y concentración, y otras favorecen la distancia y la dispersión. Pero también hay factores de políticas sociales conscientes que pueden influir en el atractivo, o carencia del mismo, de las ciudades. Por ejemplo, si las medidas sociales crean mayores comodidades en las áreas de alta densidad, como guarderías infantiles, educación más especializada e intensiva para niños, o mayor oportunidad de recreación dentro de casa, la proximi-

dad adquiere mayor valor y las áreas metropolitanas se hacen más densas y compactas. Por consiguiente, a pesar del gran efecto de los cambios en comunicación y transporte sobre la configuración de las áreas urbanas, las políticas sociales pueden influir también en ella.

Así como el constante desarrollo de las ciudades no fue inevitable, su deterioro constante tampoco lo es. Hay un fatalismo frente a los cambios tecnológicos y demográficos que no toma en cuenta el efecto de la política social sobre la demanda de proximidad y la de distancia. Entonces surge el interrogante: si se acepta que la política gubernamental puede vivificar sin dificultad ciudades y áreas metropolitanas cuya población y fines económicos disminuyen, ¿por qué no lo consigue? La respuesta a esta pregunta es que deseamos además otras cosas. Ponemos en vigor políticas destinadas a lograr otras metas, pero que tienen como efecto adicional incrementar la importancia que se da a la distancia entre los habitantes, o reducir el valor de la proximidad. Demos una serie de ejemplos.

Un caso clásico de la política que desde la Segunda Guerra Mundial ha actuado para dar mayor énfasis al aislamiento y por lo tanto, al desplazamiento de la ciudad a los suburbios, es la política de préstamos hipotecarios federales sobre casas. La política federal, por medio de programas de garantía de préstamos, de acuerdo con la Administración Federal de la Vivienda (AFV) y las hipotecas de bajo costo para veteranos de las fuerzas armadas, facilitó mucho la adquisición de una casa al ofrecer tasas más bajas de interés y reducir el pago inicial. Esto propició la compra de viviendas suburbanas, ya que la mayor parte de las nuevas construcciones estaba en los suburbios. Empero, los programas no facilitaron de igual manera la compra de inmuebles más viejos, situados principalmente en la ciudad. Uno de los resultados fue el abandono creciente de casas en la parte central de las ciudades a medida que aumentaba el deterioro de las viviendas urbanas por falta de mantenimiento, lo que las hacía menos lucrativas.

Si se pregunta cómo pueden mantenerse los vecindarios, las viviendas urbanas del centro conservarse en buen estado y reducirse el éxodo de las familias urbanas, la respuesta es que tendríamos que cambiar nuestras prioridades. Tandríamos que elaborar políticas que hiciera tan atractivo económicamente renovar y comprar viviendas viejas en la ciudad, como construir y comprar nuevas casas en los suburbios. Si la política diferencial hacia nuevas y viejas viviendas no hubiera existido, esto no habría conducido por sí mismo a que todas las familias permanecieran en la ciudad. Empero, habría inducido a que algunas lo hicieran, diferencia que hubiera sido importante para detener el deterioro progresivo de las áreas urbanas centrales.

Caminos y Ciudades

Otra área de política social ilustra el mismo punto: la construcción de vías rápidas en las ciudades de acuerdo con el Programa Federal Interestatal de Caminos. Durante algunos años de las décadas de 1950 y 1960, el programa

federal de caminos era extremadamente importante para cambiar la demanda relativa de proximidad y distancia, de centralización y dispersión. Este programa aumentó de dos maneras la demanda de distancia. Primero, no logró impedir el intento de vecindarios y ciudades de conservarse y protegerse por medio de caminos transversales, con poder especial no en manos de la ciudad o el vecindario sino del Departamento Estatal de Caminos. Segundo, redujo en gran medida el tiempo y los inconvenientes de los viajes entre el centro urbano y los suburbios distantes, aumentando la desconexión entre el lugar de residencia y de trabajo.

La política benefició a la industria automovilística, al facilitar el uso del auto y estimular la posesión de dos unidades por familia. También benefició a quienes deseaban residir fuera de la ciudad aunque siguieran trabajando en ella. Por lo tanto, si preguntamos asombrados, ¿por qué no se pueden elaborar políticas efectivas para ayudar al centro urbano? ya tenemos la respuesta: *existen* políticas, *son* efectivas, pero están implantando otros valores, a los que hemos dado, como colectividad, mayor importancia. No obstante, hay muestras de que la opinión pública tiende a dar mayor prioridad al transporte colectivo—trenes, autobuses, metros—que a la constante expansión de las autopistas.

Desegregación Escolar

Otro campo de la política social que entraña conflictos de valores es la desegregación racial en las escuelas. Las políticas recientes (desde 1970) en las ciudades, han ido más allá de eliminar la segregación legal (o de derecho) hasta una integración activa por medio de la eliminación de la segregación de hecho. Después de un caso legal en 1970 en que un juez decidió que el transporte escolar tenía que usarse para lograr la integración racial en las escuelas, el transporte en autobús se convirtió en instrumento político de desegregación en las ciudades grandes. Estas decisiones de desegregación en ciudades grandes como Denver, Boston, Memphis, San Francisco, Dallas, Indianapolis y otras, tanto del Norte como del Sur, han sido diseñadas para poner en práctica el valor de la igualdad de oportunidad educacional, particularmente para estudiantes negros. Reflejan la importancia de dicho valor y la meta política de beneficiar a los estudiantes negros. Empero, una consecuencia indirecta de estas políticas ha sido un acentuado aumento en el éxodo de niños blancos de las escuelas a la ciudad. La mayor parte de estos niños se ha mudado a los suburbios, pero algunos fueron a escuelas particulares y otros abandonaron definitivamente el área metropolitana.

Para contrarrestar la política actual que constituye un incentivo poderoso para mudarse del centro urbano a los suburbios, han surgido propuestas de introducir equilibrio racial obligatorio por medio del transporte escolar integrado, no sólo dentro de la ciudad sino en toda el área metropolitana. Esa política fue iniciada en Louisville, Kentucky (en 1955), al adoptarse el transporte escolar integrado en todo el condado de Jefferson, que rodea a esa

ciudad. Un resultado ha sido el aumento de los precios de la vivienda y construcción en el cercano condado de Bullit, fuera del alcance de la acción legal. Otro resultado fue una notoria disminución de estudiantes blancos en las escuelas del condado de Jefferson. El resultado a largo plazo, siempre que se respete la disposición legal, será posiblemente un desplazamiento, primero de habitantes y luego de industrias, fuera del área metropolitana de Louisville.

Las medidas de desegregación racial en las escuelas, como la política de hipotecas de la AFV, el programa federal de caminos y las medidas contra el crimen, patentizan de nuevo que el problema de las áreas metropolitanas no consiste en la ignorancia de lo que debe hacerse para fortalecerlas, sino el uso de políticas que apoyan propósitos legítimos y, sin embargo, tienen otros efectos que resultan perjudiciales para las áreas metropolitanas. Las políticas son puestas en práctica porque persiguen valores que colectivamente se consideran mucho más importantes que los de revigorizar las áreas metropolitanas.

Políticas que Perjudican a las Ciudades

¿Qué tipo de medidas son las que resultan más posiblemente perjudiciales para las áreas metropolitanas? Los ejemplos analizados aquí sugieren dos características generales de dichas políticas.

En todas la áreas estudiadas antes—préstamos hipotecarios, autopistas e integración escolar—las medidas que han propiciado el éxodo de habitantes de la ciudad e incluso de áreas metropolitanas son, en gran medida, de origen federal. Las políticas de hipotecas de bajo costo y el programa de caminos, fueron resultado de decisiones del Congreso, en tanto que el transporte escolar integrado obligatorio se derivó en gran parte de acciones adoptadas por tribunales federales. Una característica de las medidas aplicadas a nivel urbano es que tomarán muy en cuenta los intereses de la ciudad. El gobierno de ésta tiende a ser conservador con respecto a la estructura urbana; está destinado a preservar la organización existente. Las medidas adoptadas a nivel federal no tienen esta finalidad. Como resultado, las políticas federales sacrificarán con mayor frecuencia los valores de la ciudad o incluso del área metropolitana a cambio de otros, como la salud, en la industria de la construcción o la automovilística o un esperado mejoramiento en el equilibrio racial en las escuelas públicas.

Lo que presta particular relevancia a este hecho es que está incrementándose la importancia de la política federal en su relación con la municipal; se están tomando a nivel nacional más decisiones que afectan a las localidades y sus residentes. Puede afirmarse con certeza que en ninguna de las áreas estudiadas la política social habría ido tan lejos en direcciones que perjudicaran a las ciudades, de haberse adoptado a nivel municipal, bajo intereses y presiones locales. ¿Habría sido esto "mejor"? Dicha pregunta es incontestable porque no especifica "mejor para quién". Probablemente habría sido

mejor para la salud de las ciudades y quizás de las áreas urbanas en general; pero probablemente no lo habría sido para la industria de la construcción o del automóvil. El fortalecimiento de las ciudades no beneficia a todos. Hay serios conflictos de interés porque las medidas que pudieran considerar la salud de la ciudad muy probablemente no tomarían en cuenta otros intereses.

Evidentemente, la reconstrucción y fortalecimiento de las áreas urbanas, la revitalización de las ciudades y áreas metropolitanas que ahora sufren deterioro, no pueden producirse con algún plan brillante que hasta ahora no se nos ha ocurrido. Por otra parte, tampoco es el deterioro del centro del área metropolitana una consecuencia inevitable del cambio tecnológico. La reconstrucción de las ciudades requerirá políticas que involucran otros valores. Podría ser necesario decidir, por ejemplo, entre la importancia de las áreas metropolitanas y el aumentar la protección de los derechos de presuntos delincuentes. Podría resultar necesario decidir entre un nivel de desequilibrio racial en las ciudades racialmente heterogéneas, por una parte, y un "equilibrio racial" formal en ciudades que son casi totalmente negras, por la otra. Podría ser preciso decidir entre la construcción de autopistas para conveniencia de quienes viajan diariamente a las áreas suburbanas y el incremento del transporte público. También puede resultar indispensable decidir entre los subsidios para viviendas suburbanas y los destinados a la rehabilitación del centro de las ciudades.

Sólo cuando empecemos a reconocer que la ciudad declina en gran parte debido a que buscamos activamente metas que originan su deterioro habrá llegado el momento propicio para iniciar el debate serio y podremos plantear las preguntas adecuadas. Por ejemplo, ¿qué se ganará y qué se perderá si nos decidimos por políticas que vigorizan a la ciudad y atraen gente hacia ella? ¿Por qué las políticas adoptadas con la mejor intención traen con tanta frecuencia resultados dudosos e incluso dañinos? ¿Qué tan importantes son las ciudades prósperas y heterogéneas para la salud económica y cultural de un país?

Las respuestas a tales preguntas no serán fáciles de formular. Sabemos de cierto que el crecimiento de las ciudades no es tan inevitable como George Tucker lo creyó hace 100 años. Pero sabemos también que las ciudades, tal como las conocemos, no están irremisiblemente condenadas. Su sobrevivencia depende de una aceptación muy clara de su valor y de la elaboración de políticas gubernamentales en todos los niveles que nutren a las ciudades sin descuidar las necesidades de los suburbios o del área rural. Los conflictos de intereses y valores existen, pero pueden dirimirse por medio de un análisis cuidadoso y opciones inteligentes.

CIUDADES, BARRIOS BAJOS Y VIVIENDA

Por Lisa R. Peattie

Por lo general, los especialistas en ciencias sociales opinan que los países en desarrollo emulan la experiencia de los países industrialmente avanzados. En este artículo la profesora Peattie invierte esta pauta e indica que el Occidente modernizado puede aprender importantes lecciones sobre la dotación de vivienda para los pobres de las ciudades, de las prácticas más fructíferas creadas por algunos países en desarrollo.

Lisa Peattie es profesora de antropología urbana en el departamento de estudios urbanos y planificación del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Ha escrito muchas monografías profesionales sobre la política de la planificación y sobre la economía urbana en los países en desarrollo. Al igual que su conocido libro, *A View from the Barrio* (Panorama desde el barrio), su artículo se basa en varios años de residencia y estudio en Venezuela. Está adaptado de una versión más larga incluida en *Shaping an Urban Future* (La forma del futuro urbano), obra compilada por Bernard J. Friede y William N. Nash hijo, y publicada por MIT Press.

Deseo exponer algunos de los problemas que observo en materia de vivienda en los Estados Unidos—y por extensión en la mayoría de los países altamente industrializados—considerando aquélla en un tipo muy diferente de situación social, las ciudades de los países latinoamericanos en desarrollo. Hablaré de los barrios bajos de América Latina y trataré de utilizar el análisis de estos barrios como palanca intelectual para atisbar en algunos aspectos de los barrios bajos algo más refinados de los EUA (y Europa).

En realidad, el concepto de "barrio bajo" parece ser complejo y contiene, en una relación poco clara, elementos de uso de la tierra, densidad, condiciones de los edificios y atributos de las personas. El *American College Dictionary* define el "barrio bajo" como "una parte sórdida y densamente poblada de una ciudad, habitada por las personas más pobres". En una época anterior y menos complicada, esta relación entre las personas y los edificios pareció concebirse como una especie de estado natural de congruencia de la especie y su hábitat. Un barrio bajo era la forma de vida de los

Copyright © por The Massachusetts Institute of Techonology.

estratos inferiores. Cuando los barrios bajos comenzaron a verse como un "problema social", la precaria situación en que vivían las clases bajas pareció menos inevitable. Según una opinión, el estado de miseria de los edificios lo producían los residentes del barrio. El pensamiento liberal invirtió por completo la relación, y consideró que los inmigrantes pobres, al llegar a las ciudades, eran empujados a los barrios bajos y éstos los deformaban. Esta inversión creó el movimiento para la eliminación de las barriadas, el cual lucha desde entonces contra enormes obstáculos.

Sea como fuere, todos están de acuerdo en que un barrio bajo no es sólo el estado de los edificios sino también de las personas, y en que existe una importante relación entre el estado de ambos. Sin embargo, sostengo que a pesar de la evidencia de una correlación entre las viviendas pobre y apiñadas, los indigentes y otros tipos de "problemas sociales", la dinámica de la relación aún requiere estudio. En realidad, creo que a pesar de la gran cantidad de investigaciones pertinentes, la mayor parte de los interrogantes relativos a la naturaleza de la relación están todavía sin respuesta. El análisis de los barrios bajos de Caracas no responde a estas preguntas y tal vez plantee otras, pero puede ser una forma de renovar el estudio.

La Experiencia de Caracas

Las condiciones materiales en los barrios bajos de Caracas son mucho peores que en los de Boston o Nueva York. Poco más de la cuarta parte de la población urbana vive en ranchos (chozas de estera y argamasa, cartón, hojalata e incluso cajas aplanadas, por lo común con techos de hoja de aluminio). Durante el auge petrolero de 25 años, Venezuela quedó transformada de una nación eminentemente rural en una nación eminentemente urbana; y durante esa afluencia a las ciudades, la capital fue la que creció más rápidamente triplicando su población en una sola década. Los nuevos inmigrantes de Caracas, ciudad comprimida entre montañas, se apiñaron en cada palmo de terreno desocupado e indefenso.

Algunos ranchos tienen mejor ubicación que otros, y en algunos la construcción es superior a la de otros, pero casi sin excepción se encuentran por debajo de cualquier norma de vivienda adecuada, no sólo para el observador de clase media, sino (y creo que esto es importantes) para sus residentes. Suelen ser demasiado pequeños, con una construcción pobre, y están edificados en sitios y en circunstancias que aseguran la falta de lo que llamamos con optimismo servicios mínimos.

Las circunstancias que determinaron los asentamientos de ranchos de Caracas son características de los países en desarrollo. Los ranchos reflejan, por una parte, la falta de instituciones públicas o privadas que planifiquen, financien y construyan viviendas reglamentadas para personas de bajos ingresos. Expresan también la pauta de desarrollo económico desequilibrado que es característica de los países en desarrollo. Hay un pronunciado aumento en la productividad y en los salarios en el estrecho sector desarro-

llado, y una concentración en la actividad económica y los servicios públicos en la ciudad, lo que la convierte en un imán irresistible. Al mismo tiempo, el desempleo urbano alcanza niveles insospechados en los Estados Unidos (28 por ciento en Caracas cuando viví allá en los años 60). Los habitantes de los ranchos de Caracas soportan una incómoda situación en las laderas de las colinas a fin de participar en la enorme lucha urbana por el empleo. En esta lucha llevan todas las de perder.

Los Barrios Bajos de la Esperanza

Así pues, los asentamientos de ranchos de Caracas son barrios bajos donde las personas sufren una tasa de desempleo quizá mayor que la del barrio de negros pobres en Los Angeles, California, llamado Watts, y viven en condiciones materiales mucho peores que las de Watts. Así las cosas, resulta sorprendente observar que su estado de ánimo es mucho mejor. Hace poco un escritor expresó: "(Los ranchos) no son expresiones de desaliento, sino de esperanza, actividad y valentía". Otro escritor encuentra en estos barrios un "sentido de libertad personal" muy desarrollado y "la creencia común de que está abierto el camino hacia el avance económico y social".

En un estudio se encontró que sólo el 32 por ciento de una muestra nacional de habitantes de ranchos opinaba que su situación era peor que cinco años antes. Una mayoría considerable, 69 por ciento, esperaba una mejoría en el siguiente lustro. Una proporción aún mayor (87 por ciento) consideraba que los niños de hoy cuentan con mayores oportunidades de progreso que los de épocas anteriores. Esos habitantes de ranchos tenían un sentido de las oportunidades que es bastante sorprendente: 85 por ciento expresó que "cualquier persona capaz" podría convertirse en propietario de una gran empresa; 89 por ciento dijo que "cualquier persona capaz" podría ser abogado; 90 por ciento afirmó que "cualquier persona capaz" podría ocupar con el tiempo un alto puesto gubernamental. Un día, cuando prestaba mi ayuda en un proyecto de construcción de alcantarillado, a cargo de los propios residentes, en un barrio de Caracas especialmente desagradable (chozas de cartón sobre tierra suelta y 1.200 niños sin escuela), me impresionó el hecho de que los residentes con quienes hablé dieran tantas razones de autosuperación para mudarse allí. Las más comunes eran tener un hogar propio y ejercer un mejor control sobre sus hijos, cuestión menos factible en los multifamiliares del centro de la ciudad.

Así pues, los habitantes de los ranchos de Caracas tienen viviendas en extremo malas, pero las experimentan en forma diferente de como lo hacen en Boston o Los Angeles quienes viven en situación similar. Es importante no resumir y descartar esta diferencia calificándola de "diferencia de valores" que vuelve "indiferentes" a los habitantes de los ranchos en Caracas. Estos también valoran la buena vivienda y lo demuestran mejorando la suya tan rápidamente como les es posible. Remplazan las paredes de hojalata o cartón prensado por bloques de concreto, añaden habitaciones, enyesan el

bloque de concreto, pintan el yeso y cubren las ventanas con enrejados metálicos de ornato. En el frente disponen un pequeño jardín. Todo esto debe hacerse en los ratos libres y con dinero extraído de un pequeño ingreso sujeto a intervalos de desempleo y emergencias personales, y puede tomar muchos años. Pero al observar cualquier barrio de Caracas que tenga mucho tiempo de establecido (y en el contexto de Caracas mucho tiempo significa unos 20 años), el proceso se manifiesta a través de variaciones que expresan cambios evolutivos. Al pie de la colina, las casas están enyesadas y tienen mampostería pintada; inmediatamente arriba se encuentran los ásperos muros de bloque; y en la cima se encuentran las chozas de cartón y hojalata. Ascender la colina es observar una historia de desarrollo en forma retrospectiva.

Actitudes hacia la Vivienda

Me pareció que los miembros de la clase trabajadora venezolana, una vez establecidos, se procuraron viviendas sorprendentemente buenas dados sus ingresos. No considero que esto sea prueba de la súbita aparición de una nueva forma de valorar la vivienda, sino que, en mi opinión, la buena vivienda era algo que apreciaban incluso en la etapa en que vivían en ranchos. Pero entonces era un valor que no podían satisfacer prácticamente.

Así pues, la diferencia de actitudes hacia la vivienda no consiste en una diferencia de valores per se, sino en una diferencia de oportunidad y contexto. A los habitantes del rancho les gustaría tener una buena vivienda, pero están dispuestos a dejar de lado la satisfacción de ese valor mientras tratan de resolver otras necesidades más apremiantes.

Una casa es una máquina para vivir—un lugar para comer, dormir, conversar con los amigos, hacer el amor, coser la ropa y ayudar a los niños a hacer los deberes escolares—pero también es un agregado de recursos. Los recursos de las personas son limitados. En cualquier momento dado deben desplegarlos lo mejor posible para resolver los problemas que en ese instante les apremien más. Algunas veces otros problemas resultan más urgentes que el tener un hogar agradable, y las personas aplazan esto. Durante los años que mi esposo y yo pasamos en la escuela de posgrado, vivimos en varias barriadas impresionantes. Aunque me desagradaba tener que ponerme un abrigo en la noche para levantarme y alimentar al bebé, éste era el precio que tenía que pagar para que siguiéramos estudiando. No era que en mis valores colocara el estudio por encima de la comodidad en todo momento y lugar, pero en aquella época esa selección de prioridades parecía la adecuada.

El Contexto Social

Así pues, el primer punto que parece derivarse de la comparación entre los barrios bajos de Caracas y los norteamericanos es que la vivienda ha de considerarse en todo su contexto social. No se trata sólo de que "otras

culturas'' y otros estilos de vida se reflejen en otra clase de preferencias en materia de vivienda; antes bien, las preferencias mismas en cuanto a la vivienda dependen de los términos establecidos por la situación social en que las personas tratan de desenvolverse. Para los expertos en vivienda y algunos planificadores, la vivienda siempre es el tema central; para otras personas la vivienda es y debe ser una cuestión periférica. En particular, es cierto que en muchas situaciones las normas de vivienda son un asunto periférico; otros aspectos de ella pueden ser más importantes.

La comparación también indica que es probable que el sentimiento de superioridad y satisfacción de la gente se vea menos afectado por la calidad de la vivienda per se, que por otros factores que pueden estar relacionados con un tipo de vivienda en particular. Se ha hecho una distinción entre dos tipos de barriadas: ''los barrios bajos de la esperanza'' y los ''barrios bajos del desaliento''. El Barrio del ''Niño Jesús'' en Caracas es un ''barrio bajo de la esperanza'', mientras que Watts es un ''barrio bajo del desaliento''. La vivienda en el ''Niño Jesús'' es muy inferior a la de Watts. De hecho, al categorizarse las áreas de vivienda pobre como ''barrios de esperanza'' y de ''desaliento'', se señaló que es posible que haya una correlación inversa entre la calidad de la vivienda y el espíritu social. Un típico ''barrio bajo del desaliento'' es el ''área gris'' urbana donde la que fuera buena vivienda es ocupada ahora por los pobres, y donde se dice que ''el vecindario decae''. Las chozas de los nuevos y esperanzados participantes de la economía urbana son típicas ''barriadas de la esperanza''; sus ocupantes son personas que sienten que van en ascenso. La diferencia no radica en la vivienda; lo que influye es el impulso de las fuerzas sociales que afectan a sus residentes o, en todo caso, la forma en que perciben esas fuerzas sociales. En Watts la vivienda no es tan mala, pero todo conspira para que las personas piensen (de manera objetiva) que al ocupar esas casas están atrapados en el último peldaño de la sociedad.

Acceso a la Oportunidad

Una consideración derivada de los asentamientos ilegales de Caracas pone de relieve que una casa, además de ser un lugar para vivir, es una base de operaciones. Los ranchos más rudimentarios son poco más que esto. Cuando el ocupante ilegal llega y coloca su estructura de postes y la cubre con algunas hojas de tejado corrugado, es difícil decir que crea una morada; lo que hace es afirmar un derecho (el derecho de estar allí, de tener un lugar en el juego urbano-industrial). Para este ocupante ilegal, el nivel de la vivienda es mucho menos crucial que el acceso a la oportunidad. Peter Marris lo señaló con gran claridad en su estudio de las consecuencias sociales del redesarrollo del centro de la ciudad en Lagos: *Family and Social Change in an African City* (La familia y el cambio social en una ciudad africana). Cuando el gobierno nigeriano decidió reconstruir el centro de Lagos, el principal objetivo del proyecto fue la eliminación de la fealdad representada

por las chozas de los pobres (las personas que, como en Venezuela, habían sido atraídas a los márgenes de la economía urbana, subsistiendo gracias a diversos tipos de trabajo y comercio ocasionales y mal pagados). Cuando las chozas fueron derruidas, se ofrecieron a los residentes moradas muy superiores desde el punto de vista de las normas de vivienda: pequeñas y agradables casas de mampostería, de muy bajo alquiler y dotadas de los servicios básicos.

Aunque en las nuevas viviendas el alquiler era bajo, muchas personas no podían pagarlo y, lo que es peor, dichas casas estaban en las afueras de la ciudad. En todas las habilidades técnicas y experiencia social necesarias para sobrevivir en el mercado laboral de Lagos, los residentes de las chozas quedaban al margen. Ahora también se hallaban en los márgenes materiales. El alejamiento del centro, donde estaban las oportunidades de ingreso, fue suficiente para que muchos quedaran en el límite de las oportunidades. Su nivel de vivienda había mejorado, pero habían recibido un golpe aplastante. El caso de Watts es similar. Watts es un "barrio bajo del desaliento", en parte porque está aislado; no ofrece un acceso adecuado a las oportunidades. Sus habitantes deberían estar más cerca de los empleos, o un sistema de transporte público, eficiente y de bajo costo, debería poner los empleos a su alcance.

Los casos de Caracas, Lagos y Watts demuestran un hecho indiscutible. Lo que más necesitan las personas que ocupan las esferas inferiores del sistema no es una vivienda mejor, sino una mejor oportunidad. Necesitan una manera de acercarse más a los buenos empleos y las buenas escuelas, y a los demás elementos que conforman la oportunidad social. Es fácil hacer caso omiso de este punto al considerar otros factores que intervienen en la estrategia de la vivienda—por una parte, el problema de que nuestra estrecha estructura institucional proporcione vivienda de bajo alquiler y, por la otra, los problemas financieros del centro de la ciudad y el costo de los servicios sociales para las personas de bajos ingresos—pero el punto está bastante claro. La política social no debe enfocarse en la calidad de las moradas sino en la concesión de oportunidades a través de la estrategia de la vivienda.

Alquiler y Maniobrabilidad

Los asentamiento ilegales latinoamericanos indican otro elemento en la situación de la vivienda, el cual fácilmente puede tener prioridad sobre la calidad de la misma. Nos referimos a la maniobrabilidad de los recursos. Al hablar de las necesidades de vivienda, muchas veces calculamos la capacidad de pago basándonos en un porcentaje de ingreso estándar. Esas cifras son una representación inexacta del nivel en que debe permitirse que un gasto fijo de vivienda merme el ingreso de muchas personas.

Las personas que poseen aptitudes mínimas en un mercado laboral saturado de trabajadores no calificados, las personas cuya fuerza física es

precaria, los que desean dedicar períodos de tiempo a actividades no retribuidas como la pintura o la escultura, como escritores o vagabundos, tienen el mismo tipo de problema; deben ser capaces de sobrevivir a las épocas de desempleo. Han de tener un estilo de vida que permita la reducción y maniobrabilidad de los ingresos. Deberán buscar alguna manera de permanecer en la ciudad cuando no tienen trabajo, mientras aguardan la siguiente remesa de ingresos. Un alquiler alto imposibilita una disminución efectiva de los gastos y hace imposible cualquier maniobra. Los más desamparados necesitan maniobrabilidad con mayor urgencia que los económicamente establecidos. Por lo tanto, esas personas—que en nuestro sistema suelen dedicar una proporción mucho más alta de su ingreso al alquiler que la clase media—debería pagar en términos generales la menor proporción. En una sociedad como la de Venezuela, donde las personas de abajo tienen que hacer muchísimos equilibrios y maniobras para arreglárselas en la ciudad, hay mucha gente cuya vivienda debería tener en realidad un costo de cero. Los asentamientos ilegales hacen posibles estos arreglos.

La Importancia de la Posesión de una Casa

Las cifras referentes al porcentaje de ingreso para la vivienda pasan por alto otra consideración importante. Se trata de si los pagos están destinados al alquiler o a la posesión. Si contemplamos el "problema de la vivienda" sólo en términos de proporcionar a las personas lugares para vivir, no es importante que los lugares sean propiedad de quienes los habitan o sean arrendados por ellos. Pero si vemos el "problema de la vivienda" como parte del problema total de despliegue de recursos para manejar una situación dada en la vida, la diferencia entre arrendar y poseer puede ser importante en extremo.

Un especialista en ciencias sociales que encontró en los barrios venezolanos un "sentido de libertad personal" y la "creencia de que está abierto el camino para el progreso económico y social", atribuye este sentimiento general de fortaleza y optimismo al hecho de que en los citados barrios una gran proporción de las chozas son propiedad de sus residentes, y éstos las han construido. Este optimismo es tanto más notable cuanto que, en casi todos los casos, la posesión aludida no se extiende al terreno en que están construidas las casas. La mayoría de los propietarios de ranchos son "intrusos", los cuales ocupan terrenos que no poseen y que no se les venderían si tratasen de comprarlos. Pero la posesión de una casa—o de otras mejoras como cercas o árboles frutales—no depende de la posesión del terreno donde se levantan las mejoras. Más aún, la posesión del terreno, por costumbre si no por ley, se establece muy rápidamente gracias al uso. Los derechos sobre los lotes, en forma de títulos sobre las mejoras del terreno, se compran y venden de hecho todo el tiempo.

Los límites al sentido de posesión se basan no tanto en la situación legal formal de un lote o barrio en particular, sino en el grado de presión ejercida

por el gobierno para afirmar su derecho contra el propietario del rancho. Hay barrios en que los propietarios de los ranchos están sujetos a la presión ejercida por el gobierno para afirmar su derecho contra el propietario del rancho. Existen barrios donde los propietarios de ranchos son objeto de la presión de los agentes gubernamentales quienes dicen a las peronas que no deben reparar sus casas, y mucho menos ampliarlas, puesto que no tienen derecho a estar en ese lugar. En tales barrios, el espíritu de "libertad para mejoras y expansión" no puede desarrollarse. En muchos otros barrios, el gobierno ha decidido renunciar a su derecho, dejar las cosas como están y permitir a las personas vivir como si fueran los propietarios. En tales áreas, la cuestión de la posesión legal se vuelve discutible y la gente construye, compra, vende y reconstruye bienes inmuebles sin importarle las sutilezas legales del título de las tierras. Se sienten propietarios y actúan como tales.

La posibilidad de ser dueño de una casa con un nivel muy bajo de ingresos tiene consecuencias más que psicológicas; también las hay de naturaleza económica y social. Un ejemplo paralelo del estímulo económico y psicológico que es producto de la posesión de casas, en los Estados Unidos, es descrito en el estudio que Stephan Thernstrom hizo sobre la movilidad social en Newburyport, Massachusetts, en el siglo XIX. Thernstrom señala que "la movilidad de la propiedad" a través de la posesión de casas tuvo una importancia considerable al convertir lo que había sido en Newburyport una clase proletaria, sin aptitudes para el trabajo y a menudo analfabeta —compuesta sobre todo por emigrantes de las granjas de Nueva Inglaterra y las aldeas irlandesas—en algo muy diferente. Este proceso es semejante a lo que ahora acontece en Venezuela.

Homólogos en los Estados Unidos

Hoy día, en los Estados Unidos esta "movilidad de la propiedad" parece haberse reducido para los sectores más pobres de la población. Una comparación entre los asentamientos de ranchos en América Latina y la actual vivienda de bajo costo en los Estados Unidos indica que hemos organizado algunas posibilidades a partir de nuestra sociedad, en parte porque insistimos en normas más altas de estructura y comodidades. A mi juicio, esas normas no son tan importantes para las clases más bajas como otros aspectos de la vivienda: ésta como medio de acceso a la oportunidad; viviendas a costos que permitan la maniobrabilidad de los ingresos; la posesión de casas como medio de consolidación económica y social; la construcción de casas como vía para que el obrero no calificado ingrese al mercado de mano de obra calificada. El asentamiento de ranchos satisface todos estos requerimientos en forma suficiente. En nuestras ciudades, más estrechamente organizadas, es muy difícil producir una solución de tal flexibilidad. Sólo hay paralelos ocasionales y parciales.

Como estudiante universitaria, tuve una experiencia con algo parecido a los barrios de Caracas en un ambiente norteamericano, cuando tomé parte

en un estudio sobre las personas que vivían en campamentos para remolques en Chester County, Pennsylvania. Durante la guerra, Chester era una ciudad astillero, desbordante de trabajadores de guerra. El exceso de población se había desparramado en una serie de dichos campamentos fuera de la ciudad. Era bastante deprimente observarlos: las tomas de agua públicas y la electricidad eran los únicos servicios públicos ofrecidos; las habitaciones eran muy estrechas; cuando llovía, los remolques tenían en el lodo su triste asiento. Había cierta preocupación por los infortunados residentes de los remolques, y nuestro estudio fue el resultado de ella. Todavía recuerdo con claridad la sensación de sorpresa que experimentamos al descubrir que la mayoría de las personas de los remolques, si bien no estaban encantadas con su estilo de vida y desde luego no tenían intenciones de conservarlo para siempre, lo encontraban muy preferible a pagar altas rentas por apiñados apartamentos en la ciudad. En esta forma, por lo menos ahorraban dinero para cuando acabara la guerra. Este lugar se parecía un poco a los ranchos, pero sin la posibilidad de mejorar e incrementar el patrimonio.

Nuevo Enfoque a la Política Pública

Es inútil anhelar la solución de los asentamientos ilegales de ranchos para el problema del costo en las ciudades norteamericanas (aun si fuera una solución mejor de lo que es). Nuestras ciudades están organizadas en forma tal que ese tipo de solución no resulta generalmente imposible. Estamos empeñados en resolver nuestros problemas de vivienda a bajo costo dentro de nuestro propio contexto institucional; no obstante, la comparación con Caracas pone de relieve algunas cosas que nuestras instituciones deberían lograr.

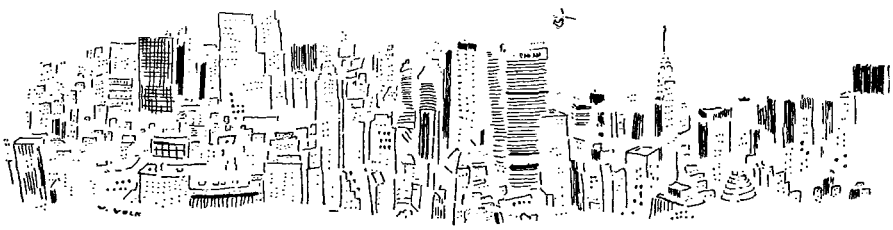
El primer paso para que nuestras instituciones atiendan las necesidades de vivienda de las personas de escasos recursos es el claro reconocimiento de algunas realidades elementales. La mayoría de las peronas que viven en los barrios bajos lo hacen porque no pueden pagar una vivienda mejor. Su problema básico es la pobreza, no la vivienda pobre. Necesitan mejores casas, pero también requieren mejores servicios de salud, alimentos y educación. Si nuestras instituciones elevan la calidad de la vivienda, pero hacen que los pobres paguen los costos en forma de alquileres más altos, les estamos haciendo un flaco servicio. Independientemente del nombre que le demos a nuestra actividad—"renovación", "rehabilitación", "mejora"—si forzamos a los pobres a vivir más allá de sus limitados medios, si los obligamos a pagar una determinada calidad de vivienda lo quieran o no, hacemos de la pobreza una trampa más difícil de evadir que antes.

Es emocionante suponer que, como nación, podríamos decidir pagar la cuenta y eliminar los barrios bajos. Pero, ¿y luego? ¿Significa esto que todas las viviendas se mantendrán en un nivel mínimo, de acuerdo con una política pública y a costa de los contribuyentes? Si la política pública consiste en suscribir el remplazo de los barrios bajos, ¿pagarán parte del costo los

propietarios del edificio o los inquilinos? ¿Qué proporción de lo que llamamos el problema de las barriadas es, de hecho, un problema material? ¿En qué medida es un problema de falta de oportunidades? Si rehabilitamos los ghettos, ¿significa esto que seguirán siendo ghettos, es decir, que se resistirán al progreso?

Si queremos que los pobres de nuestras ciudades tengan niveles de vivienda "decentes" y si, en algunos casos, queremos incluso proteger su oportunidad de tener al alcance los centros de trabajo, es evidente que tendremos que suscribir sus oportunidades. ¿Por qué no? El suscribir las oportunidades es una política en la que se han empeñado durante largo tiempo nuestras instituciones públicas. Creo que es importante que consideremos nuestras políticas e instituciones públicas relacionadas con la vivienda, de tal manera que garanticemos el apoyo a las *oportunidades*, no a la protección. Quizá nos sea imposible subsidiar la vivienda de tal manera que para algunos individuos (como sucede con la solución de los ranchos latinoamericanos) la renta sea "anormalmente" baja. Pero considero que podríamos tener programas y políticas que (1) mantuvieran bajos los niveles de renta para que las familias pobres pudieran disponer de una mayor proporción de su ingreso, (2) recompensaran en vez de castigar los esfuerzos extraordinarios para la obtención de ingresos, realizados por los inquilinos de las casas construidas con fondos públicos, y sus hijos, y (3) hicieran posible nuevos enfoques creativos con respecto a la posesión de casas y las mejoras a la vivienda, en el caso de inquilinos de escasos recursos. En materia de vivienda, las políticas federales norteamericanas, comenzando con la legislación de las Ciudades Modelo de los años 60, tomaron esa dirección, aunque en forma limitada.

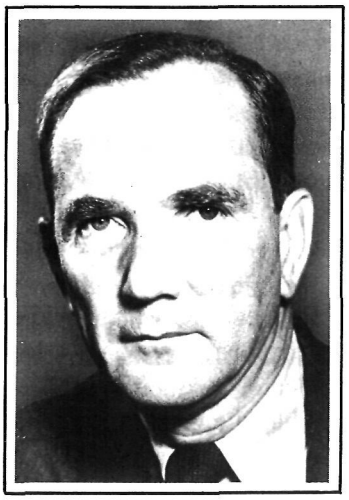
Presenté la comparación entre los asentamientos de ranchos y los barrios bajos norteamericanos con el fin de indicar que ésta es una dirección muy útil para la reflexión y la planificación. Creo que es una dirección que tendremos que seguir con mayor decisión. Tendremos que abandonar el interés en los edificios para pensar en la gente y en las instituciones y tendencias sociales; tendremos que pasar de un enfoque orientado a las condiciones de la vivienda a otro que se ocupe de las necesidades de vivienda, que considere ésta no como un simple material económico y social, sino también como un recurso socioeconómico.



Poblados Nuevos: Dos Opiniones

1. UNION DE CIUDAD Y CAMPO

Por Wolf Von Eckardt



La idea de comunidades planificadas que evitan el desorden, la suciedad, la contaminación y otros defectos de las grandes ciudades ha interesado a filósofos y reformadores desde la antigüedad hasta nuestros días. Von Eckardt examina la aplicación decidida, y en su opinión alentadora, de esa idea en el siglo XX.

Wolf Von Eckardt escribe sobre arquitectura y problemas urbanos en *The Washington Post* y es profesor de estudios urbanos y servicios públicos en la Universidad del Estado de Cleveland. Sus libros incluyen *A Place to Live: The Crisis of the Cities* (Un lugar para vivir: la crisis de las ciudades). *The Challenge of Megalopolis* (El desafío de la megalópoli) y, más recientemente, *Back to the Drawing Board: Planning Livable Cities* (De regreso a la mesa de dibujo: diseño de ciudades habitables), del que se ha adaptado este artículo. Recibió la medalla de los críticos del Instituto Estadounidense de Arquitectura por su "alto nivel de experiencia en cuestiones de arquitectura y su profundo interés por las necesidades sociales que debe satisfacer nuestro ambiente".

George Bernard Shaw llamó a Sir Ebenezer Howard "el más apacible y discreto de los hombres. . . uno de esos heroicos simplones que realizan prodigios mientras nuestros eminentes hombres de mundo explican que son utópicos o imposibles dichos portentos". Los mundanos eminentes, particularmente en los EUA, se dedican todavía a ello, sin pensar que la idea de Howard ha sido realizada con éxito en Gran Bretaña y que sirve de base para la planificación urbana en la mayor parte del mundo.

El movimiento moderno en la arquitectura y la planificación urbana adoptó la fórmula de Howard consistente en construir comunidades completamente nuevas como satélites de los viejos centros urbanos, en vez de permitir que las ciudades se extiendan indiscriminada y destructivamente como un cáncer. Pero invalidó la esencia de la idea de Howard. El influyente modernista francés Le Corbusier llamó a la ciudad "el dominio del hombre

Copyright © 1978 por Wolf Von Eckardt.

sobre la naturaleza". En su opinión es una garra totalitaria de acero, concreto y macadán. Howard llamó originalmente a sus nuevas comunidades "ciudades jardín". El las construiría no para domeñar a la naturaleza, sino para armonizar con ella. Su enfoque era precisamente el opuesto al de la planificación tecnocrática y el formalismo autoritario de modernistas como Le Corbusier y los arquitectos de la escuela Bauhaus, que se propusieron resolver los mismo problemas urbanos que Howard: aglomeración, anonimato y deterioro provocados por la industria mecanizada. Vieron la solución en más mecanización, en convertir no sólo la casa sino toda la ciudad en una "máquina para vivir". El resultado fue casi pura máquina y nada de vida.

Howard, preocupado por cuestiones práctico-sociales más que abstracto-estéticas, y sin dejarse confundir por el culto a la máquina, se concentró en el aspecto vida. Su solución fue humanizar y descentralizar la ciudad. Previó la filosofía que el economista E. F. Schumacher delineó 75 años después en su libro *Small is Beautiful* (Lo pequeño es hermoso).

Los Años Norteamericanos de Howard

Ebenezer Howard nació en Londres en 1850 y fue uno de los nueve hijos de un panadero. Viajó a los Estados Unidos a la edad de 21 años, intentó dedicarse a la agricultura en Iowa, luego se trasladó a Chicago, donde es posible que visitara Riverside, comunidad suburbana cuidadosamente planificada, entonces en construcción, a 65 kilómetros de los límites de la ciudad.

El diseñador de Riverside fue Frederick Law Olmsted, arquitecto del paisaje que había alcanzado la fama por su espléndido diseño para el Parque Central de Nueva York. En Riverside, Olmsted aplicó algunos de los mismos principios del diseño en *concordancia* con la naturaleza, en lugar de ponerla bajo el dominio humano. En contraste con el diseño entrecruzado que prevalece en la mayoría de los poblados y ciudades estadounidenses, las calles serpentean siguiendo los contornos del terreno. Vehículos y personas están separados en calles y andadores. Se ha procurado preservar la topografía y ecología naturales no sólo para ahorrar el costo de futuras obras de jardinería, sino, como lo expresó Olmsted, "para denotar reposo, espíritu contemplativo y alegre serenidad". Pequeños parques y amplios campos de juegos completan el cuadro. Pero el centro comercial tenía que ser de carácter urbano. En resumen, el Riverside de Olmsted, diseñado en 1869, procuraba el "matrimonio entre ciudad y campo" que Howard propugnó dos décadas después.

Howard nunca pregonó haber inventado las "ciudades jardín" o "nuevos poblados", como se les llamó más tarde. Igual que un río, su idea es alimentada por muchos riachuelos, manantiales y corrientes. Las ciudades planificadas han sido construidas con varios fines por todas las civilizaciones de la historia. La esencia de la propuesta tan malentendida y tergiversada de Howard no era tanto planear ciudades como renovar el Londres industrial y humanizar el crecimiento urbano.

Los Límites de las Ciudades

Howard se dio cuenta de algo que los renovadores urbanos de los cincuentas y sesentas no reconocieron; que antes de demoler un barrio miserable debe haber otro lugar a donde se trasladen sus habitantes. El los establecería, junto con cualquiera que deseara abandonar Londres, en comunidades nuevas. Dotaría de industria a los nuevos poblados, de modo que los residentes tuvieran empleo sin necesidad de viajar diariamente a la ciudad.

También reconoció, como el público estadounidense está empezando a comprender, que las ciudades no pueden extenderse desenfrenadamente por toda la campiña si han de conservarse las ventajas de la ciudad y el campo. En consecuencia, él concentraría el exceso de habitantes urbanos en sus poblados nuevos, los construiría alrededor de una ciudad, los comunicaría con ésta y entre sí por medio de una vía rápida, y circundaría los nuevos poblados y la ciudad vieja con cinturones verdes permanentes para preservar la mayor cantidad de campo posible.

Howard empezó a idear este plan después de su retorno a Londres en 1876. Pero no lo sometió a escrutinio público hasta 1898, cuando escribió un libro breve, publicado nuevamente en 1902 con el título de *Garden Cities of Tomorrow* (Ciudades jardín del mañana). En el centro de la ciudad jardín, que según Howard debería tener una población de aproximadamente 30.000 habitantes, coloca un parque con terrenos de recreación, un ayuntamiento, una sala de conciertos y conferencias, un teatro, una biblioteca, un museo y un hospital. Alrededor del parque central se encuentra una amplia galería de cristal que encierra un centro comercial. En torno a la galería hay "casas excelentemente construidas, cada una de las cuales se alza en su propio terreno amplio. . . de arquitectura y diseño muy variados". Más allá de las casas se encuentra otro parque con templos y escuelas con patios de recreo. En el anillo exterior del poblado hay fábricas, almacenes, lecherías, mercados, carbonerías, madererías, etcétera, comunicados por un apartadero del ferrocarril a Londres, aproximadamente a unos 48 kilómetros de distancia. Y más allá del cinturón industrial está el cinturón verde, dedicado a granjas grandes y chicas, pequeñas propiedades, lotes, puestos para bovinos y todo lo que es verde y agradable. Este cinturón agrícola, que proporciona alimentos y aire puro a los residentes del poblado, aloja a otras 2.000 personas.

Los Primeros Poblados Nuevos del Siglo XX

Howard abrigó la esperanza de transformar un día a Londres, convirtiendo los barrios en parques a medida que los trabajadores acudieran en tropel a sus ciudades jardín. Pero se percató de que el primer paso era construir "un modelo que funcionara y posteriormente un grupo de ciudades". Con el apoyo financiero y moral de hombres de negocios y profesionales, así como de muchas figuras públicas influyentes, se construyó la primera ciudad jardín. Letchworth es hoy un poblado próspero. El número de

Welwyn, Inglaterra: *uno de los primeros "poblados nuevos"*

sus habitantes ha alcanzado el límite prescrito de 30.000. El resultado es bastante parecido al que Howard esperaba: un sitio tranquilo, fresco, que se ha transformado en comunidad. El cinturón verde no ha impedido que el poblado estimule la economía de la campiña rural circundante.

Letchworth podría haberse considerado un experimento utópico aislado, algo raro, si Howard no se hubiera arriesgado a una segunda demostración de su idea con la ayuda de un grupo de socios más jóvenes. La segunda ciudad jardín, Welwyn, también en Hertfordshire, pero a sólo 32 kilómetros de Londres, se inició en 1919. En comparación con los atrevidos y a menudo descarados experimentos de los abstraccionistas, la arquitectura de estos dos primeros poblados nuevos, como de la mayoría de los que les seguirían, es convencional. Pero residentes y visitantes se sienten a gusto con ella.

El movimiento de poblados nuevos no se interesa en la forma de moda. Se preocupa por la función, por el estilo de la vida comunitaria en la era moderna. Le interesa el acceso fácil al trabajo, la recreación y el estímulo cultural, un ambiente de seguridad para que los niños caminen a la escuela y facilidades para que los padres puedan empujar los cochecitos de sus bebés cuando vayan de compras. Se preocupa por mantener bajo control el tráfico y el ruido. En suma, pretende hacer uso de la tecnología moderna sin sacrificar las ventajas sociales de la ciudad histórica. En todo esto, Letchworth y Welwyn encierran importantes promesas de arquitectos humanistas.

Lo que falta en Letchworth y Welwyn son espacios para estacionamiento. El diseño del poblado nuevo para la era del motor, como la era del motor misma, provino de los Estados Unidos.

Aplicaciones Estadounidenses

En los Estados Unidos, las ideas de Howard fueron bien recibidas por un grupo de arquitectos y planificadores urbanos, bajo la guía intelectual de Lewis Mumford, quien formó en 1923 la Asociación Regional de Planificación. Mumford fue un escritor y pensador social que posteriormente se convirtió en el principal historiador de las ciudades de los Estados Unidos, así como en el crítico más conocido de las tendencias urbanas contemporáneas. Las conferencias, artículos y libros iniciados por el grupo de Mumford llevaron a la construcción del edificio de Radburn (Nueva Jersey) en 1929 por los arquitectos Clarence Stein y Henry Wright. Aunque este poblado que se planeó para 25.000 habitantes estaba destinado a ser una "ciudad jardín" completa, también debía ser un poblado, como lo expresa Stein, "en que la gente pudiera convivir pacíficamente con el automóvil; o más bien, a pesar del mismo". Radburn fue el primer diseño urbano con una separación completa de peatones y automóviles. Puede observarse su influencia en todos los asentamientos nuevos donde los niños puedan estar afuera sin temor de ser atropellados por camiones.

Stein colocó la parte trasera de las casas a lo largo de callejones de servicio que conducen a caminos secundarios colectores alrededor de las supermanzanas. Estas, a su vez, están vinculadas a los caminos principales que comunican varios vecindarios y se conectan con carreteras y paseos arbolados. Los frentes de las casas dan a un parque común que se comparte públicamente dentro de la supermanzana. Los andadores que llevan a la escuela y a los centros comunitarios y comerciales están separados de las autopistas por pasos a desnivel.

Lo esencial de la viabilidad de Radburn es que en cada detalle de su diseño, la meta no es el uso más económico del terreno, sino de la gente, protegiéndola de los efectos abrasivos del ruido, el aire envenenado, las tensiones innecesarias, los temores y la enajenación. El ingenioso plan de Stein demostró que esto es técnicamente posible sin sacrificio alguno de las comodidades mecánicas. Los autos se estacionan en cada casa (pero sin obstruir el patio familiar). Hay refrigeradores eléctricos, deshumedecedores y afiladores de cuchillos, además de aparatos de televisión (como en cualquier parte de los vastos suburbios de los EUA). Y sin embargo, las máquinas no dominan. El lugar es, como dijo Mumford, "profundamente humano".

Empero, el momento escogido para realizar este experimento fue aciago. Los primeros casatenientes se mudaron a Radburn en mayo de 1929, cinco meses antes de que se desplomara el mercado de valores. La compañía se arruinó durante la Gran Depresión. Perdió la mayor parte de la tierra, salvo la que ya había urbanizado. Pero la idea de Radburn sobrevive como una de las principales innovaciones arquitectónicas del siglo XX. Incluso hoy, la pequeña parte del poblado que se terminó funciona aún como comunidad activa (y es a tal grado más atractiva que sus vecinas convencionales, que

sus casas se venden a precios mucho más altos que casas similares en las comunidades cercanas).

Nuevo Trato y Experimentos de Posguerra

Con el advenimiento del Nuevo Trato del Presidente Franklin D. Roosevelt y un amplio impulso de reforma en la década de 1930, aparecieron otros "poblados de cinturón verde"—Greenbelt (Maryland), cerca de Washington, D.C.; Greendale, cerca de Milwaukee; y Greenhills, cerca de Cincinnati—construidos todos por la Administración de Reasentamiento del Nuevo Trato, a manera de comunidades experimentales modelo para familias de trabajadores, como había propuesto Howard. También fueron inspiradas y planeadas en gran medida por Clarence Stein, Henry Wright y el resto de la pequeña banda de Lewis Mumford, y son, incluso hoy, comunidades inusitadamente agradables para vivir. Greenbelt (Maryland), por ejemplo, consiste en casas sencillas y en hilera construidas a lo largo de patios interiores embellecidos con jardines, donde los niños pueden jugar a salvo de los automóviles. Los andadores conducen al centro comercial sin cruzar ninguna autopista. Todavía hay actividades recreativas y comunitarias, y el poblado es hoy más popular que nunca entre sus residentes. La gente que vive allí prefirió casas sencillas en una comunidad atractiva, a casas repletas de artefactos en una subdivisión de lujo. Cuando se mudaron

Reston, Virginia: *una refinada adaptación del principio*

las primeras familias a Greenbelt en 1937, las esperaba un lago lleno de peces, campos de atletismo, una piscina y un centro juvenil.

La Segunda Guerra Mundial dio renovado impulso al movimiento de los nuevos poblados. La destrucción de una parte de Londres a causa de los bombardeos condujo al establecimiento de una autoridad nacional de planificación que hasta el momento ha ayudado a construir 34 nuevos poblados en la Gran Bretaña. La primera generación de nuevos poblados de posguerra se destinó a dar cabida a la población excedente de Londres, Glasgow y otras ciudades importantes. El segundo grupo, planeado a principios de la década de 1960, se concibió como una serie de centros regionales de desarrollo, ubicados lejos de las viejas ciudades centrales, y concebidos para alojar en forma ordenada no sólo a personas sino también plantas industriales y centros comerciales. La última tendencia es construir nuevas comunidades en las afueras de poblados viejos que han crecido.

La gente y los edificios se integran en Reston

En los Estados Unidos surgió un modelo más acabado en la campiña de Virginia, exactamente al sur de Washington, D.C., en 1964. El poblado de Reston se extiende sobre 2.800 hectáreas de bosques ondulantes y terrenos agrícolas. Cuenta con canchas de tenis, caballerizas y un campo de golf, así como con un restaurante subterráneo para adolescentes, cursos educativos para adultos y una galería de arte. Los niños pueden caminar a la escuela y los adultos realizar las compras esenciales sin necesidad de cruzar la autopista. De acuerdo con los conceptos de Ebenezer Howard, la gente había de vivir y trabajar en la misma comunidad. Reston tiene un floreciente parque industrial de 388 hectáreas con industria ligera, oficinas y un centro de conferencias cerca del Aeropuerto Dulles para quienes desean reunirse mientras esperan su avión.

Un Aspecto Natural

Reston es también un lugar hermoso. Por todas partes hay flores y andadores cuidadosamente barridos. Incluso los pasos a desnivel para peatones, bajo la autopista, son amplios, bien iluminados y están adornados con esculturas sencillas. Lo más sobresaliente de Reston es el lago Anne. El lago es artificial pero parece natural, excepto por un espectacular chorro de agua que se eleva hacia el cielo. En un día de clima agradable pueden verse

pequeños botes de vela y canoas que cruzan el lago. Por fortuna, no hay botes de motor.

Algunos de los residentes que viven a lo largo del lago van de compras en sus canoas, y las amarran a una dársena a lo largo de la plaza del poblado. La plaza se caracteriza por una hilera de tiendas en semicírculo, arriba de las cuales se hallan apartamentos con balcones. Al frente se encuentra una fuente escultural. También hay un templo, con una gran escalinata donde la gente se sienta a charlar mientras contempla el barullo. Frente a la plaza hay un buen restaurante donde, en el verano, se come al aire libre. A un lado se alza una elevada torre de apartamentos (con una galería de arte en la planta baja). Esta, como la torre del campanario de la Plaza San Marcos en Venecia, produce un efecto enfático en esta poética composición.

El paisaje ha cambiado poco desde que visité por primera vez la Plaza Lago Anne hace 12 años más o menos. Los únicos cambios observables son, quizás, el tamaño de los árboles y la pátina que han adquirido la fuente, los letreros de las tiendas y los edificios. Tienen un aspecto más natural ahora.

Me siento en el café al aire libre y contemplo el movimiento de la gente como en otras ocasiones lo hice en la plaza central de Siena o Burghausen. Parece como si todos fueran a darse las manos en cualquier momento para prorrumpir en el coro de apertura. En realidad, la gente celebra bailes, ceremonias y espectáculos públicos en la plaza Lago Anne, como en todas las plazas de otros poblados nuevos y como en la *place de ville, piazza* y *Marktplatz* de Europa. Me parece que Reston vuelve a vincular a los estadounidenses con su pasado.

Reston y su secuela posterior y más amplia, Columbia—construida al norte de Washington, D.C.—son logros notables. Prueban que la idea del nuevo poblado es válida también para los EUA. Pero son empresas privadas de bienes raíces realizadas con afán de lucro, y no "ciudades sociales" como las concibiera Ebenezer Howard. Cada uno de estos poblados nuevos es el resultado de la visión de un solo hombre. Pero para que las ciudades sociales tengan éxito se requiere planificación regional y un inteligente apoyo del gobierno, y todavía escasean estos elementos en los Estados Unidos, Europa o cualquier otro lugar.

Poblados Nuevos: Dos Opiniones

2. UTOPIAS URBANAS VERSUS MUNDO REAL

Por Irving Kristol

En el siguiente breve aunque mordaz desacuerdo, el profesor Kristol sostiene que la idea de nuevas ciudades planificadas tropieza inevitablemente con las realidades de la economía y la infinita variedad de preferencias humanas.

Irving Kristol es profesor de valores urbanos en la Universidad de Nueva York y codirector de *The Public Interest,* periódico que trata de llenar la brecha entre la investigación académica y la política pública. Sus libros incluyen *On the Democratic Idea in America* (Del concepto de la democracia en los EUA) y *Two Cheers for Capitalism* (Dos hurras por el capitalismo). Su artículo fue reproducido de la revista *Fortune.*

Si bien nuestras ciudades están deterioradas, su situación es positivamente favorable si se compara con las profesiones de planificación urbana y arquitectura, que se encuentran en un total y fundamental desorden. Los jóvenes que ingresan hoy a estas profesiones descubren que se ha perdido toda la coherencia, que las imágenes tradicionales de perfección se han empañado tanto que ya no se distinguen y que ya nadie sabe realmente cuál debe ser la apariencia de un bello edificio nuevo o una encantadora ciudad moderna.

Pero estas noticias son buenas, no malas. La crisis de estas dos profesiones se esperaba desde hace mucho tiempo. Aunque todos han experimentado, en un momento u otro, una punzada de inquietud al contemplar la arquitectura moderna, o modelos del más "avanzado" diseño urbano, pocos nos hemos percatado de que, hace ya casi un siglo, los arquitectos han venido diseñando deliberadamente sus edificios para ciudades inexistentes, a la vez que los planificadores urbanos han diseñado sus ciudades para sociedades inexistentes.

Esta peculiar estrategia fue premeditada. Los principios de la arquitectura moderna y la planificación urbana surgieron de varios impulsos utópico-

© 1978 Time, Inc. Reservados todos los derechos.

socialistas del siglo XIX. Su propósito no era que la gente se sintiera a gusto en el mundo moderno, sino la construcción de un nuevo mundo posmoderno habitado por una humanidad nueva, más dichosa.

¿Y cómo se desarrollaría esta nueva especie humana? ¡Vaya! Pues por medio de la influencia modeladora de esta nueva arquitectura y estas ciudades recién diseñadas. El esqueleto de la futura sociedad perfecta debería construirse ahora, por decirlo así, y luego la carne y la sangre de esa entidad política se adaptaría a esta nueva forma perfeccionada por un proceso de desarrollo y adaptación naturales. Esto podría parecer una reducción al absurdo de la falacia ambiental; y ciertamente así ha sido.

Las premisas utópicas de la planificación urbana y la arquitectura en el siglo XX son examinadas clara e inteligentemente por el profesor Robert Fishman en su nuevo libro, *Urban Utopias in the Twentieth Century* (Utopías urbanas en el siglo XX) publicado por Basic Books. Fishman analiza las teorías de tres pensadores importantes: Ebenezer Howard, Frank Lloyd Wright y Le Corbusier. Y aunque al final se muestra más favorablemente dispuesto hacia ellos de lo que debiera, nos proporciona ciertamente un buen retrato de un capítulo de la historia urbana e intelectual que los historiadores futuros recordarán con gran incredulidad.

La Idea de la "Ciudad Jardín"

Ebenezer Howard (1858-1928) fue en cierto sentido a la vez el más y menos influyente de estos futuristas urbanos. El más influyente porque—como iniciador de la idea de la "ciudad jardín" como comunidad ideal del mundo posmoderno—originó cientos de "ciudades nuevas" (como se las denominó). El menos influyente porque sus ideas radicales fueron adoptadas por una revolución suburbana que calmada, casi casualmente, engulló en sus fauces a la mayoría de tales "ciudades nuevas".

Howard fue un inglés que emigró a los Estados Unidos, leyó—y fue convertido por—la novela utopista de Edward Bellamy, *Looking Backward* (Mirando hacia atrás) y luego retornó a su patria para cambiar el rostro de la nación. Promotor y conferenciante infatigable, logró crear un movimiento que tuvo extraordinaria influencia. Existen varias docenas de "ciudades nuevas" en Inglaterra, otras están aún en construcción y hay incluso un ministro de Estado encargado de que su edificación tenga éxito. También en el continente hay muchos de estos testimonios de la fertilidad de la visión de Howard. Incluso en los Estados Unidos hay algunos, la mayoría inaugurados con gran publicidad y que sobreviven ahora en un insulso anonimato.

El problema de todas estas "ciudades jardín" planificadas no es que no funcionen—cumplen su cometido—sino más bien que después de un tiempo terminan por confundirse con los poblados y ciudades "no planificados" (es decir, urbanizados en forma privada) que salpican ahora los cinturones suburbanos. Y la razón por la que no funcionan como debieran es que el dinamismo del mundo moderno estropea rápidamente tales planes óptimos.

Como se esbozó en la obra básica de Howard, *Garden Cities of Tomorrow* (Ciudades jardín del mañana), de 1902, las nuevas entidades urbanas ocuparían unas 4.000 hectáreas, estarían rodeadas de un "cinturón verde" de 20.000 hectáreas y tendrían una población probable de 30.000 habitantes. La densidad relativamente alta desalentaría los hábitos mentales individualistas, en tanto que estimularía una sociabilidad que redundaría en una subsecuente "comunidad cooperativa". El cinturón verde proporcionaría aire fresco saludable y predispondría a los ciudadanos a una serenidad bucólica que no se encuentra en otras partes en nuestra sociedad industrial.

Más importante incluso que estas consideraciones fue el hecho de que estos "nuevos poblados" eran comunidades *autónomas*, tan "equilibradas" económica, social y culturalmente que nadie tendría que abandonarlas nunca y, por supuesto, serían tan atractivas que nadie desearía hacerlo.

La llegada del automóvil obstaculizó este grandioso plan y explica por qué a los discípulos de Howard—de los cuales Lewis Mumford es el más conocido—les disgusta tanto nuestra "civilización del automóvil". También explica su adhesión apasionada al "transporte masivo": esto no tiene nada que ver con la economía o la ecología sino con su preferencia relativa de los medios de transporte "colectivo" en contraposición con los individuales y con las actitudes mentales supuestamente engendradas por ambas formas.

Pero incluso sin el automóvil, los ideales de Howard hubieran resultado utópicos. En una economía mundial dinámica no puede haber una comunidad autónoma. Los viejos negocios desaparecen, surgen nuevos que requieren nuevas estructuras, nuevas habilidades, nuevas ubicaciones. E incluso en la ciudad jardín, los viejos también mueren; aunque, hasta la fecha, los planificadores de tales entidades tienden a olvidarse de incluir cementerios; así son de hostiles a la mutabilidad.

La primera ciudad jardín—Letchworth, a una hora de Londres en auto—existe todavía. Es un lugar bastante agradable para vivir, igual que Levittown en Long Island con su comercio floreciente, a la cual ya se parece. Pero sólo los planificadores e historiadores se desviarían de su camino para visitarla.

Una Visión Futurista

En contraste con la ciudad jardín, surgió en el continente el ideal de la megalópolis posmoderna; la que Le Corbusier bautizó como "ciudad radiante". Mientras que la ciudad jardín miraba en realidad a la vez al pasado y al futuro, tratando de reconstruir comunidades premodernas para un mundo posmoderno, la ciudad radiante está orientada totalmente al futuro. Exalta la tecnología más reciente; incluso innovaciones que todavía se encuentran sólo en las obras de ficción científica.

Esta ciudad tendrá enormes edificios con mucho cristal, en los que la gente vivirá, jugará y procreará (moderadamente) en intimidad y comunidad. Estas estructuras enormes, de proporciones matemáticas elegantes y

Brasilia: "*austera, espaciosa. . .*"

precisas cuya armonía penetrará el espíritu de sus habitantes, estarán rodeadas de enormes áreas boscosas con praderas adecuadamente espaciadas. A cierta distancia, estarán otras grandes y encantadoras estructuras donde la gente pasará el tiempo cuidando de las máquinas encargadas de hacer todo el trabajo. Naturalmente, la ciencia habrá abolido la contaminación y nos proporcionará energía barata y abundante. Cada quien tocará al menos un instrumento musical.

Por supuesto, no existen tales ciudades, ni serán construidas nunca. Le Corbusier diseñó la ciudad de Chandigarh en la India y sus discípulos diseñaron Brasilia, la nueva capital del Brasil; pero, quizás debido a que están basadas en la tecnología del mundo real, son lugares incómodos, austeros, espaciosos, desprovistos de toda vitalidad urbana.

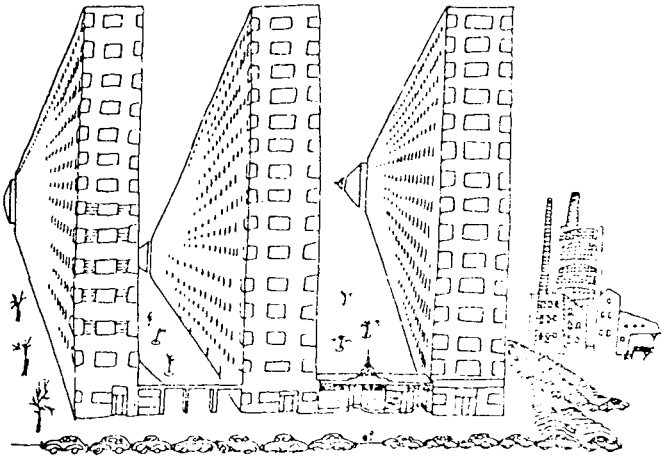
Una Pasión por la Pureza

Pero las teorías que fundamentan la ciudad radiante captaron ciertamente la atención de los arquitectos, y su consecuencia es lo que llamamos "arquitectura moderna". Todavía es decisivo el énfasis sobre la "pureza del diseño", que conduce a la pureza del alma en una comunidad purificada.

(Ciertamente es tan fuerte que cuando John Portman empezó a construir sus hoteles Hyatt, los arquitectos se enfurecieron, no sólo por su audacia innovadora, sino más particularmente porque había invertido su propio dinero en algunos de esos proyectos.)

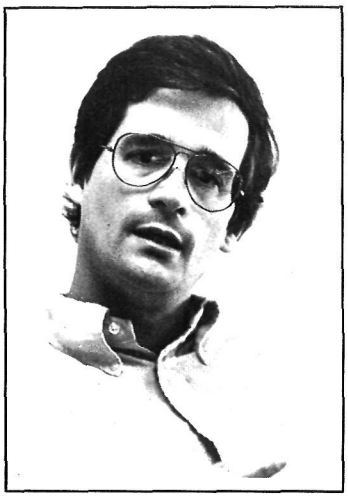
Y la "pureza del diseño", también, nos proporciona todavía esos edificios modernos, *no* rodeados por el menor espacio verde, sino aglomerados cerca de estructuras más viejas o unos contra otros. No tiene sentido, incluso en términos de la teoría que lo sustenta; pero por ahora, los arquitectos ya no saben construir edificios para ciudades reales habitadas por personas reales.

Por tanto, es una señal saludable que la planificación urbana y la arquitectura sean profesiones que se encuentran actualmente en conmoción. El mundo real se ha vengado. Los padres han comido los frutos del utopismo y sus hijos están exasperados. Nuevas ideas, nuevas perspectivas están brotando a la superficie. A pesar del agravio creado por tres generaciones de futuristas, el futuro está empezando a tener un mejor aspecto que el pasado reciente.



LA VIVIENDA RECICLADA

Por Bruce Stokes



Hasta hace poco, la tendencia norteamericana era derribar lo viejo y construir algo nuevo. Ahora existe una inclinación visible, aunque su magnitud e importancia aún no sean claras, a reparar las viejas estructuras o transformarlas para nuevos usos. En todas las ciudades se han reacondicionado fábricas abandonadas como racimos de tiendas y restaurantes; bodegas vacías se han convertido en desvanes de artistas, y casas deterioradas han sido modernizadas. Bruce Stokes examina esta tendencia en los Estados Unidos y otros países y señala los ahorros considerables, en materias primas y energía, así como el peligro de que los altos costos hagan que los pobres tengan que salir de los vecindarios renovados.

Bruce Stokes es un destacado investigador del Instituto para la Vigilancia Mundial, grupo de investigación privado, interesado en los problemas internacionales relacionados con los recursos materiales y el impacto humano sobre el ambiente. Su libro *Helping Ourselves: Local Solutions to Global Problems* (Autoayuda: soluciones locales a problemas mundiales) será publicado en 1980 por W. W. Norton.

Reciclar la vivienda por medio de la restauración y preservación es el fenómeno urbano más espectacular de la década de 1970. El deterioro de las ciudades ha comenzado a detenerse en los Estados Unidos por el resurgimiento de la compra y posesión legal de casas para la clase media. Baltimore, Cincinnati, Pittsburgh y Seattle han dado nueva vida a sus zonas céntricas a través de un concienzudo empeño por eliminar las políticas de "tierra devastada" para la "evacuación de barrios bajos" que dominaron la renovación urbana en los años 50. Ahora consideran las estructuras existentes no como algo que ofende a la vista, sino como valiosos recursos que deben adaptarse para las necesidades actuales. En Europa y en la mayor parte del mundo en desarrollo, la rehabilitación, frecuentemente en la forma de autoayuda, está a la cabeza de la política de vivienda.

Puede esperarse que se acelere esta tendencia. De acuerdo con la nueva estrategia urbana de los Estados Unidos, la cantidad de dinero disponible para préstamos federales con bajo interés para que las familias renueven su vivienda ha aumentado, de 80 millones de dólares en 1978, a 230 millones en 1979. Los gobiernos municipales de todo el país, acicateados por el ejemplo de la revitalización de ciudades como Baltimore, están reconsiderando la mejor forma de mantener su base de impuestos y empleo y, al mismo tiempo, atraer de nuevo a la clase media a las áreas urbanas. Además, una ética de conservación ha comenzado a impregnar el pensamiento y la acción de la

Copyright © Worldwatch Institute.

gente en los EUA y en todo el mundo en relación con sus ciudades. El nuevo interés en la diversidad y la estética urbanas es ahora complementado por crecientes muestras de buen sentido económico al tratar de rehabilitar estructuras que han permanecido vacantes durante años.

La conservación del ambiente edificado reviste también creciente interés para quienes por mucho tiempo han tenido interés en el hábitat humano y natural. La rehabilitación de edificios ya existentes reduce el impacto que en el medio ambiente y en la base de recursos naturales producen las nuevas construcciones, que son el resultado inevitable del crecimiento de la población y el deterioro estructural. La renovación requiere frecuentemente menos energía que las nuevas construcciones y reduce el uso diario de energía, dadas las propiedades de conservación de ésta que tienen las prácticas arquitectónicas antiguas y los materiales de construcción tradicionales. Y, aún más importante, la rehabilitación puede actuar como catalizador para preservar y renovar vecindarios de proporciones humanas que sus habitantes puedan sentir, comprender y amar.

Escasez Mundial de Vivienda

Durante la última generación, el crecimiento de población y la afluencia creciente de personas han rebasado la capacidad física y financiera de los gobiernos y la industria privada para satisfacer las necesidades de albergue mediante la construcción. La Organización de las Naciones Unidas calcula que el número de familias que requieren vivienda aumentará 44 por ciento entre 1970 y 1985. Sólo en las áreas urbanas, se espera que la construcción autorizada tenga un déficit anual de cuatro a cinco millones de casas habitación con respecto a la demanda en ese período. Este déficit tiene lugar cuando por lo menos 800 millones de personas ya están viviendo en moradas mal construidas y mal equipadas.

Hasta mediados del siglo XIX, en Europa y Norteamérica, y hasta hace bastante poco en Asia, Africa y América Latina, las personas construían sus hogares o habitaban viviendas que renovaban constantemente por generaciones. John Turner, un inglés que propone la vivienda construida por el usuario, calculó que casi dos tercios de las casas que han existido fueron edificadas en esa forma. A medida que las condiciones sociales y los costos cambiaron, llegó a ser socialmente aceptable y económicamente efectivo, al menos entre los ricos, comprar nuevas casas construidas por otros. Las nuevas políticas de previsión social asignaron a muchos gobiernos la tarea de proporcionar vivienda a los que no podían costearla en el mercado libre.

Esta dependencia del mercado y de los programas públicos de vivienda para satisfacer las necesidades de albergue a través de nuevas construcciones ya no es adecuada. Tanto en las naciones ricas como en las pobres, el precio de la tierra para construcción y el costo de materiales, mano de obra y energía suelen aumentar más rápidamente que otros. Los datos del Banco Mundial señalan que incluso las unidades de vivienda más baratas, construi-

das por el sector público o privado, son demasiado costosas para un tercio o dos tercios de la población en la mayoría de las naciones en desarrollo. En los países industrializados, los costos de vivienda suben desmesuradamente. En los Estados Unidos, los precios de las casas están aumentando al doble de rapidez que el ingreso. Las barreras financieras para poseer un hogar en Europa y el Japón son aún mayores. El valor de los apartamentos en Ile St. Louis, en el centro de París, se decuplicó durante la última década. Las casas en Tokio, por otra parte, son cada vez más pequeñas a medida que los precios de la tierra se disparan.

Monotonía de la Vivienda Pública

La vivienda pública se consideró primero como una manera ordenada de sacar a la gente de la suciedad de las casas deterioradas, pero a menudo no ha hecho más que remplazar un barrio bajo horizontal por otro vertical. Encaminados más a la efectividad económica que a lo estético, los proyectos de vivienda pública son frecuentemente complejos estériles que no brindan acceso a los empleos, tiendas y actividades culturales que los transformarían en comunidades animadas y vitales. Aislada de ese modo, la vivienda pública en todo el mundo ha llegado a ser una ciénaga de deterioro prematuro y vandalismo. Los Grands Ensembles en las afueras de París son rígidos monumentos de mampostería en honor de la monotonía de la vivienda pública en Francia. Las zonas históricas en el corazón de Moscú, Leningrado y Kiev están ahora circundadas por bloques enormes y monótonos de apartamentos de alto costo, edificados por el gobierno, mal construidos y carentes de servicios concomitantes.

Tanto los proyectos de vivienda privados como los públicos han tenido consecuencias ambientales perniciosas. Las construcciones de piedra o madera han sido remplazadas con frecuencia por estructuras revestidas de aluminio y vidrio. Las prácticas arquitectónicas ya probadas por el tiempo, que permitían a las edificaciones aprovechar totalmente el calor y el enfriamiento naturales, fueron abandonadas en aras de la eficiencia a corto plazo. La sensibilidad estética y el deseo de la gente de vivir en edificios de proporciones humanas fueron desdeñados frecuentemente. Las graciosas líneas de las estructuras carcomidas por el clima y el tiempo, y el ambiente de vecindad que imparte la tradición pueden crear un clima sicológico de beneficios incalculables (algo que a menudo desdeñan quienes tratan de imponer un nuevo sello al ambiente de la construcción).

Este es, por consiguiente, el dilema de la vivienda. Las casas particulares construidas comercialmente están más allá del alcance económico de cada día más personas. La vivienda pública ha resultado demasiado cara para que el gobierno la edifique y le dé el mantenimiento correspondiente, y con frecuencia no son habitables para los pobres que las alquilan. La nueva vivienda es a menudo un fracaso, tanto en el aspecto ambiental como en el estético. La solución a estos problemas estriba quizá en el deseo, tanto de

los ricos como de los pobres en todo el mundo, de poseer casa propia, aunque tengan que construirlas o reacondicionarlas con sus propias manos.

La propiedad privada de viviendas convencionales está aumentando en muchos países. En los Estados Unidos, casi dos de cada tres viviendas son habitadas por el dueño. En Francia, la proporción de propietarios de su vivienda ha crecido casi 50 por ciento en los últimos 15 años. La cuarta parte de las viviendas urbanas y más de la mitad de las casas de campo en la Unión Soviética son de propiedad privada. Incluso en China, la mayoría de los campesinos de las regiones rurales posee casa propia y solamente en las ciudades donde vive la quinta parte de la población, el gobierno proporciona la mayoría de las viviendas. Casi en todas las naciones, las encuestas de opinión pública muestran que gran parte de la gente quisiera tener casa propia.

En Africa, Asia y América Latina, los datos acerca de la posesión de vivienda, aunque menos precisos, muestran una tendencia similar. En México, dos tercios de las casas convencionales son propiedad de quienes las habitan; en la India es el 85 por ciento. En muchas comunidades, incluso los más pobres poseen sus precarios albergues, pero no la tierra en que están construidos. Desafortunadamente, la amenaza de ser lanzados de los mismos puede invalidar todo incentivo de mejorar sus viviendas y merma la ventaja de la propiedad.

Vivienda de Autoayuda

Los gobiernos y organizadores comunitarios han comenzado a ver el deseo de controlar la vivienda como un recurso potencialmente valioso. En 1973, varias ciudades norteamericanas, y posteriormente el gobierno federal, decidieron que podían satisfacer en parte las necesidades urbanas de vivienda, alentando la restauración del creciente número de casas abandonadas. Este programa de habitación urbana tiene sus raíces en la filosofía colonizadora de que la ocupación y mejoramiento de la propiedad dan derecho de posesión. Las casas que han llegado a ser propiedad de gobiernos locales al no haberse pagado impuestos anteriores ya vencidos, son vendidas por una suma simbólica—frecuentemente no más de un dólar—a parejas o individuos que desean habitarlas y reconstruirlas. Los ocupantes de la casa la compran con la inversión de su propia mano de obra al hacerle mejoras. Esta "equidad del sudor" abrió la puerta a la posesión de viviendas, mediante programas federales, a 1.013 familias hasta mediados de 1978. Aunque esto es sólo una gota en el mar, parece muy fuerte el interés de poseer una vivienda. Veintitrés ciudades participan ya en el programa, incluidas Baltimore, Cleveland, Rochester y Peoria. Más de 22.000 personas han hecho su solicitud para adquirir una casa en áreas urbanas en estos términos, y el gobierno está ampliando el programa.

Los gobiernos municipales también están recurriendo a la vivienda de autoayuda como el medio de convertir vecindarios abandonados en comuni-

dades habitables. El entusiasmo contagioso que esto puede originar, en cuanto a vivir en la ciudad, es evidente en Baltimore, 56 kilómetros al norte de Washington, D.C. Hace 15 años todo indicaba que Baltimore estaba en problemas. Su economía se estancaba, sus suburbios crecían y muchos de sus barrios más antiguos—con las hileras de casas de ladrillo características de Baltimore—eran blanco de las demoledoras.

Sin embargo, el liderazgo político en Baltimore y los grupos vecinales habían observado lo sucedido en otras ciudades y tenían una visión diferente en lo referente a la suya. Entusiastamente, Baltimore adoptó el concepto de la vivienda urbana segura y es uno de los pocos gobiernos municipales que no sólo ha participado en el programa federal, sino que también ha ofrecido fondos, a manera de hipotecas de bajo interés, a toda persona dispuesta a tomar posesión de viviendas abandonadas propiedad de la ciudad.

El remozamiento del ambiente urbano ha sido impresionante. El área portuaria está llena de vitalidad con nuevos proyectos, incluso centros comerciales al aire libre y bodegas que están siendo transformadas en condominios. Siete mercados de víveres, cuya construcción data del siglo XIX, han sido resucitados. La reaparición de la vida residencial en las regiones industriales se ejemplifica en una calle de casas victorianas renovadas, frente a los muelles que reciben buques cargueros de todo el mundo.

Las políticas de vivienda de Baltimore han atraído un porcentaje desproporcionado de opulentos propietarios de casas a la ciudad. Pero también han ayudado a preservar, para sus habitantes originales, barrios que estaban amenazados por carreteras y especuladores de bienes raíces. El énfasis de Baltimore en la conservación de la vivienda ha propiciado la preservación de la herencia arquitectónica y de una estructura étnica única en materia residencial. El renacimiento de la ciudad como centro residencial y comercial, lo que ya sucede a medida que los barrios reacondicionados atraen nuevas tiendas y artesanos, significa que, con el tiempo, la preservación va a traer no el estancamiento, sino el crecimiento.

Renovación y Mantenimiento

Aunque los gobiernos pueden proporcionar dirección y apoyo en lo que se refiere a la vivienda de autoayuda, la iniciativa personal es el meollo del movimiento de rehabilitación de la vivienda. La autoayuda se inicia cuando una persona toma un martillo para reparar un techo con goteras o arreglar un marco de ventana que deja pasar corrientes de aire.

Es difícil calcular la mejoría en las existencias de vivienda debida a la restauración y mantenimiento que realizan quienes las habitan. Esas mejoras rara vez son evaluadas en las encuestas nacionales del inventario de viviendas. Un indicador, sin embargo, es la proporción de reparaciones caseras hechas por el propietario, o por lo menos bajo su supervisión. De 1972 a 1976, casi un tercio de los 70.000 millones de dólares gastados en los Estados Unidos en reparaciones a viviendas, correspondió a esas mejoras

hechas por los propietarios. Las mejoras en la vivienda parecen ser también de interés para los propietarios europeos de clase media, a medida que los costos de vivienda, que ascienden sin cesar, obligan a muchas personas a reparar sus casas viejas en vez de buscar una nueva.

La tendencia hacia la compra individual de casas viejas con el objeto de renovarlas está creciendo. En 1976, el 50 por ciento del aumento en la propiedad de viviendas en las ciudades de los Estados Unidos se componía de personas que compraban casas viejas, conforme los crecientes precios de las casas nuevas hacían que los compradores estuvieran más dispuestos a restaurar. En contraste, todavía en 1970, el 80 por ciento de los nuevos compradores de viviendas en los centros urbanos preferían casas recién construidas y apartamentos en condominio. Debido a la disposición a invertir tiempo y dinero en mejorar casas viejas, el arribo de los actuales propietarios de vivienda puede señalar el rejuvenecimiento de los vecindarios deteriorados. Sin embargo, esto puede también ocasionar crecientes avalúos en la propiedad (y mayores impuestos sobre la misma). La restauración de vecindarios, en su mayoría por la clase media, puede desplazar lentamente a los pobres que originalmente encontraron viviendas inadecuadas, pero baratas, en zonas deterioradas.

Ayuda para Albergar al Pobre

A fin de aliviar este problema, existe la necesidad de controlar la especulación y de proporcionar asistencia especial para ayudar al pobre a que conserve y renueve su morada. En muchos lugares del país han surgido organizaciones para rehabilitar viviendas y venderlas a sus ocupantes. El Proyecto Orgullo de Vivir, que se realiza en el área Phillips de bajos ingresos, en Minneapolis, comenzó como un programa de vivienda de autoayuda en 1972 y ahora incluye una biblioteca donde se prestan herramientas, un programa de adiestramiento en construcción y empleo para residentes pobres y minorías étnicas, así como un programa de asesoría para la compra de casas. Para mediados de 1978, el proyecto había conseguido hipotecas por más de un millón de dólares para los vecinos. En las comunidades de Fair Haven y Hill en New Haven, Connecticut, se unieron grupos de vecinos con el objeto de adquirir y reacondicionar propiedades y asesorar a los residentes interesados en mejorar sus viviendas, darles mantenimiento y conservar energía. En el Lower East Side de la ciudad de Nueva York, una coalición de ocupantes, dirigentes religiosos y voluntarios de la comunidad también está tratando de revertir el proceso del deterioro y abandono. Este grupo ha renovado más de 90 edificios, muchos de ellos mediante los esfuerzos de sus propios ocupantes, y ha creado parques pequeños y jardines urbanos en lotes desocupados.

Estos programas y otros similares en todo el país ofrecen nuevas e importantes formas de ayudar a los pobres a permanecer en sus propias casas, así como de estabilizar los vecindarios. El gobierno de los Estados Unidos ha

comenzado a reconocer paulatinamente el potencial de estos grupos vecinales de autoayuda, y una creciente porción del presupuesto de la Secretaría de Vivienda y Desarrollo Urbano (más de 2,5 millones de dólares) se destina ahora a esos programas.

Una Tendencia Mundial

La tendencia a la renovación urbana más que a la construcción de nuevas casas se evidencia también en otros países. Los ingleses la llaman "nobilización": la rehabilitación de barrios históricos deteriorados, como las secciones Covent Garden e Islington en Londres. En el centro de Amsterdam, las casas y bodegas del siglo XVII están siendo renovadas, lo cual induce a una mezcla de vida residencial y comercial. En la sección Le Marais de París, situada entre La Bastilla y el Sena, los maltrechos edificios del tiempo de Luis XIV están atrayendo a nuevos residentes que pueden reacondicionarlos. Al igual que en los Estados Unidos, el impulso repentino a reciclar la vivienda es una bendición ambigua. Estos empeños a menudo hacen que las viviendas abandonadas por mucho tiempo sean otra vez socialmente útiles. El costo que pagan la sociedad y el ambiente suele ser mucho menor que el de dar vivienda y servicios a la gente en los suburbios. Los lugares históricos son restaurados y los barrios tienen la oportunidad de dar lugar a una mezcla social que conduce al desarrollo económico. Desafortunadamente, la "nobilización" también puede significar tan sólo que la gente más educada regrese a la ciudad, originando el éxodo de los pobres que durante generaciones habían tenido su hogar en los barrios en deterioro. Los costos sociales y económicos de estas dislocaciones pueden sobrepasar a veces muchas ventajas de la rehabilitación.

En el Tercer Mundo, por otra parte, los pobres han tomado gran parte de la iniciativa en cuanto a la rehabilitación. El Banco Mundial, a través de su programa básico de urbanización, ha hecho un importante esfuerzo para ayudar en este proceso. El programa, iniciado en 1972, ha proporcionado en cinco años 866 millones de dólares para actividades de autoayuda en 15 países.

Gran parte de este dinero se gasta en programas que ayudan a la gente a mejorar viviendas ya existentes, por ejemplo, remplazando paredes de lámina de metal por bloques de concreto, o poniendo el piso de la vivienda para que ésta no se inunde. Esta ayuda es más barata que construir nuevas casas, aprovecha materiales y estructuras ya existentes y, algo más importante, sirve de estímulo a la economía local.

El interés mundial en la renovación y reutilización de viviendas proviene en gran parte de las ventajas económicas y ambientales de la restauración y reparación. Hasta hace poco, sin embargo, escaseaba la investigación que permitiera comparar el uso de la energía y materias primas en las nuevas construcciones con relación a las renovadas.

El reciclado de edificios viejos ahorra energía de dos modos: primero, el

uso de paredes y estructuras internas ya existentes reduce la cantidad de material, y por ende de energía, que requiere la creación de un espacio habitable; y segundo, la rehabilitación a menudo permite utilizar materiales que requieren menos energía para desempeñar una función específica, como Richard Stein señala en su nuevo libro *Architecture and Energy* (Arquitectura y energía). Además, los edificios viejos, que a menudo fueron diseñados en forma compatible con su propio ambiente y para ser calentados y enfriados de manera natural, pueden ser rehabilitados a fin de que aprovechen muchas de las mismas propiedades solares, reduciendo así su dependencia de combustibles no renovables.

John Turner deduce de sus estudios acerca de la vivienda de autoayuda en el mundo en desarrollo, que el simple mejoramiento de las casas más pobres inclusive puede conservar recursos. Sostiene que quienes mejoran sus casas aprovechan totalmente los materiales locales disponibles, los cuales a menudo proporcionan aislamiento y soportan cargas igualmente bien, si no es que mejor, que los producidos en masa, y a una fracción del costo en recursos naturales y energía que implican la producción, distribución y ensamble de estos últimos. Los ahorros inherentes a esos esfuerzos de autoayuda han inducido al Banco Mundial a cambiar el grueso de su programa de asistencia para la vivienda de los pobres hacia el mejoramiento, y ya no hacia las nuevas edificaciones.

El reciclar la vivienda también implica reciclar los barrios, con los posibles ahorros adicionales de energía y recursos. A medida que los vecindarios del centro de las ciudades son repoblados por los ex habitantes de suburbios, que anteriormente viajaban todos los días a la ciudad, la economía también experimentará ahorros de energía. Sin embargo, estos ahorros pudieran verse anulados por los viajes que tendrían necesidad de hacer quienes hubieran sido desplazados del centro de las ciudades. Empero, donde los sistemas de distribución de alimentos y artículos al menudeo permanecen intactos, pudiera haber ahorros adicionales de energía, a medida que los consumidores se centralicen nuevamente y puedan ir a la tienda a pie en vez de tener que manejar una camioneta de una tonelada para llegar a centros comerciales circundados de amplios estacionamientos. Gran parte de la costosa "infraestructura" requerida para la vida cotidiana ya se encuentra en la ciudad: escuelas, tiendas, iglesias, calles, drenaje. Si están en buenas condiciones y no son utilizadas en toda su capacidad, la rehabilitación de casas abandonadas traerá ahorros sustanciales en términos económicos, energéticos y de recursos, por encima de lo que esas familias requerirían en nuevos suburbios.

El Papel del Gobierno

La tendencia hacia una mayor rehabilitación y renovación de las viviendas ya existentes tiene obviamente un amplio impacto social. Gran parte de la iniciativa y el trabajo para reciclar las viviendas debe provenir de los que

tienen la intención de habitarlas, ya sean propietarios de clase media en los Estados Unidos o habitantes de barrios pobres en el Tercer Mundo. Los gobiernos, sin embargo, deben participar directamente estableciendo directrices y proporcionando ayuda financiera para estos empeños, de manera que las actividades individuales de autoayuda sean congruentes con los objetivos de la comunidad.

Asegurar el derecho legal al uso de la tierra es probablemente la contribución más importante que los gobiernos pueden hacer para reciclar y mejorar la vivienda. La posesión comunitaria de la tierra en áreas urbanas, con arrendamiento individual a largo plazo, podría ser el mejor camino. Para los ocupantes ilegales en Calcuta y los colonos urbanos de Baltimore, la confianza de que su propiedad no será confiscada arbitrariamente para construir una vía rápida o un parque industrial es de primordial importancia. Es a menudo el factor determinante para que se hagan mejoras de remiendo a las viviendas o surja en el residente la amplia determinación de tener una vivienda mejor y promover el desarrollo de la comunidad.

El apoyo gubernamental para la rehabilitación de la vivienda debe incluir también fondos para la construcción y financiamiento a largo plazo. Las instituciones bancarias privadas usualmente no hacen préstamos a personas de bajos ingresos (precisamente quienes deben participar en la renovación de la vivienda si se desea que esta tendencia llegue a ser algo más que un fenómeno exclusivo de la clase media). En el mercado monetario de carácter privado, la competencia por los fondos suele dar por resultado que los recursos se destinen a las inversiones más lucrativas. Los gobiernos deben entrar en juego para aportar el capital inicial y asegurarse de que las instituciones canalicen efectivamente en proyectos locales los ahorros de quienes viven en áreas reservadas para la preservación. Esto requerirá una actitud más dúctil y responsable en las instituciones y cooperativas de ahorro y crédito.

Los reglamentos gubernamentales que limitan la especulación con la tierra pueden ser una ayuda adicional para las comunidades e individuos en la revitalización de la vivienda y los barrios. Si los gobiernos van a conceder la ayuda financiera y la tenencia a los que están dispuestos a conservar los recursos de la vivienda, entonces cualquier incremento no ganado por ellos en el valor de la propiedad debe acreditarse a la comunidad y no a los nuevos residentes de las viviendas. Sin embargo, aún no se diseña un método satisfactorio para recuperar este "incremento no ganado" sin que se sofoque el incentivo individual de preservar la vivienda ya existente. Aunque este concepto fue apoyado por un grupo de expertos urbanos en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Hábitat, en 1976, nunca ha sido puesto en práctica. Permanece como uno de los principales problemas en cuanto al apoyo gubernamental a la renovación de la vivienda. A menos que se resuelva este problema, los esfuerzos del gobierno para alentar la rehabilitación de los vecindarios tenderán a ser frustrados por los individuos que obtengan ganancias personales de la situación.

Impuestos y Normas de la Vivienda

A medida que por razones económicas y estéticas las personas se mudan a vecindarios en deterioro, surge una creciente necesidad de reformar el sistema del impuesto sobre la propiedad. En la actualidad, quienes invierten tiempo y dinero en la renovación de viviendas se ven agobiados por enormes aumentos en los impuestos; esto merma el incentivo de mejorar las viviendas y alienta una rápida rotación de propietarios. Las personas que han vivido mucho tiempo en una área determinada ven que sus impuestos aumentan notablemente a causa del mejoramiento general del vecindario. Y aunque el valor de las casas de todos también aumenta, esto constituye poco consuelo para las personas mayores y los pobres, quienes se ven forzados a vender a causa de los altos impuestos sobre la propiedad.

Las normas de la vivienda inadecuadas también constituyen un obstáculo innecesario para la renovación. Siempre que fuera posible, los reglamentos al respecto deberían formularse con el objeto de alcanzar metas socialmente benéficas, incluyendo normas mínimas en cuanto a seguridad y eficiencia energética. En demasiados casos las normas prescriben que una pared debe ser construida de ladrillos de determinadas pulgadas de grosor, en vez de estipular que una pared, hecha de cualquier material, debe impartir un determinado grado de aislamiento y soportar una carga determinada. Las especificaciones sobre la *función* más que acerca de los componentes, permitirían a los interesados en la rehabilitación de las viviendas acondicionar moradas más baratas y apropiadas utilizando sus habilidades e imaginación.

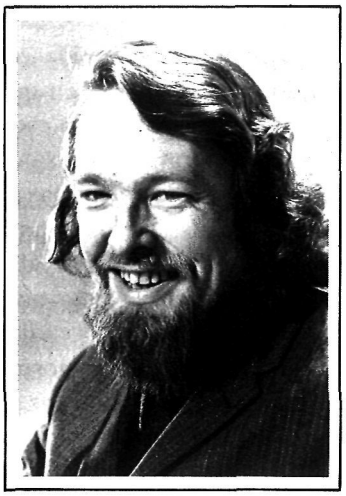
El Medio Ambiente de la Vivienda

La política de la vivienda debe ser considerada, sobre todo, como algo adjunto a la política ambiental. La preservación de un ambiente ya *construido* que sea habitable, en materia de estética y cultura, afecta directamente la vida cotidiana. Para muchas personas, las estructuras de piedra, ladrillo y madera que las rodean tienen un impacto mucho mayor en su sentido de identidad y del tipo de sociedad en que viven, que la calidad del aire o el agua.

Es difícil cuantificar los beneficios que el reciclar la vivienda proporciona a las personas y sus comunidades, pero este recurso es obviamente razonable desde el punto de vista del medio ambiente y la economía. Como John Turner ha señalado: "Cuando las personas que habitan las viviendas controlan las decisiones importantes y son libres de hacer sus propias aportaciones al diseño, construcción y administración de sus moradas, tanto este proceso como el ambiente producido ayudan a estimular el bienestar personal y el de la sociedad".

LA ECONOMIA DE LAS CIUDADES

Por Roger Sale



Lo último que uno esperaría es encontrarse un crítico literario fascinado por el aspecto económico de la vida urbana. Sin embargo, en el siguiente artículo el profesor Sale señala notables percepciones y una nueva forma de considerar las ciudades en los escritos de Jane Jacobs, particularmente en su libro más reciente, *The Economy of Cities* (La economía de las ciudades). El primer libro de la Sra. Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities* (Vida y muerte de las grandes ciudades estadounidenses), ayudó a cambiar la forma de pensar de muchas personas respecto al ambiente urbano. En dicho libro sostuvo, contra los defensores de impecables utopias bucólicas, que el desorden, alboroto y aparente ineficiencia de la gran ciudad pueden ser precisamente los elementos que la hacen emocionalmente gratificante y económicamente vital. En *The Economy of Cities,* la autora ofrece una explicación original del auge y decadencia de las áreas metropolitanas a través de la historia.

Roger Sale es profesor de literatura en la Universidad de Washington en Seattle y colaborador permanente de revistas literarias. Sus libros incluyen el premiado *Seattle Past and Present* (Seattle, pasado y presente) y *On Not Being Good Enough* (Sobre no ser bastante bueno), Oxford University Press, 1979, colección de sus escritos sobre literatura y ciudades, de la que se compendió este artículo.

Hace ocho años, después de pasar mi vida en pequeños poblados del Este, me mudé a Seattle. Vine aquí para vivir en una ciudad, mientras que la mayoría de la gente no viene a Seattle en realidad sino a algún lugar llamado Noroeste del Pacífico: montañas, bosques, agua dulce y salada, mucha pesca y montañismo; es decir, todo excepto una ciudad. En consecuencia, cuando traté de averiguar qué clase de ciudad es Seattle encontré pocas personas con quienes hablar al respecto. Me daba la impresión de que los demás pensaban que si de veras quería yo vivir en una ciudad debía haberme quedado en el Este o haber ido a San Francisco. Entonces me encontré con *Death and Life of Great American Cities* de Jane Jacobs. Es un libro asombroso, no sobre diseño o renovación urbana, sino acerca de lo que uno mismo podría ver con sólo abrir los ojos. Con bastante sencillez, Jacobs cree que las ciudades son inteligibles y muestra una y otra vez la causa del fracaso de un parque urbano y el éxito de otro, por qué son importantes las cuadras cortas y los edificios viejos, qué sucede cuando se cambian calles de

Copyright por Roger Sale

dos sentidos a uno solo, cómo pueden adquirir o perder poder los vecindarios urbanos.

Hoy, ocho años después, Jacobs ha escrito *The Economy of Cities*, más breve y analítico que su primer libro, pero quizás mejor, más fascinante, ya que si en algo es la gente cínica e irreflexiva es en la economía. Algunos críticos han malentendido el libro, lo describen como una especie de égloga económica y tachan de "anarquista" el punto de vista de la autora. Pero en realidad ésta es una vitalista; sus palabras clave son "crecimiento" y "estancamiento". No es una optimista en el sentido acostumbrado del término—"En la historia de la humanidad, casi toda la gente, en la mayoría de los lugares y la mayor parte del tiempo, ha existido miserablemente en economías estancadas"—pero porque es vitalista, su sentido de la historia no es lineal pues cree que los procesos de crecimiento pueden empezar en todas las economías excepto las más moribundas y desesperadas. No obstante, ver posibilidades de vida, no es lo mismo que hacer creer que existen donde no las hay, y gran parte del libro está dedicada a mostrar cómo se estancan las ciudades. Para ella, el gran demoledor es la coagulación de poder y dinero, usualmente como resultado de algún magnífico éxito anterior, en manos de quienes convierten incluso grandes ciudades en poblados de una sola empresa.

Desarrollo y Decadencia

Jacobs sostiene que una ciudad necesita crear constantemente nuevas empresas a partir de las viejas y que si sólo hace más eficiente su actividad anterior, se atrofiará a la larga cuando otras ciudades empiecen a hacer lo mismo, o bien la aparición de otros productos y procesos haga su actividad obsoleta. Como la antigua Harappa de la civilización del valle del Indo, que progresó gracias a la creciente producción de ruedas macizas y armas e implementos de una pieza, mientras otras ciudades estaban aprendiendo a fabricar ruedas con rayos e instrumentos acanalados y, por lo tanto, vehículos y herramientas más ligeros y fuertes. Como la Dinant medieval, ahora Bélgica, que se especializó en la fabricación de magníficos recipientes de cobre y declinó cuando Londres y París empezaron a producirlos también. Como la Manchester del siglo XIX, que Engels y Disraeli consideraron como la ciudad del futuro, pero que se estancó porque hizo depender todo de su industria textil. Como la moderna Detroit, que está moribunda a causa de un exceso de automóviles. Como Seattle, que triunfó sobre otras ciudades de esta parte del país porque en sus primeros años desplegó todo tipo de actividades y no simplemente la tala y remesa de árboles, pero que ha "crecido" hasta convertirse en una ciudad de una sola empresa donde el empleo y la mente de todos están vinculados a los destinos de la Boeing Aircraft Company. La eficiencia no sólo produce esclavos, como hemos sabido siempre, sino que es en sí misma una forma de esclavitud para las ciudades.

El Ejemplo de Detroit

Los relatos de Jacobs sobre estas ciudades son demasiado largos para citarlos en su totalidad, pero quiero parafrasear el que se refiere a Detroit. La ciudad empezó, como todas las ciudades según la autora, como exportadora, en este caso de harina, y todo lo demás que producía—velas, zapatos, sombreros, whiskey, jabón—era sólo para consumo local. Alrededor de los molinos de harina y los muelles surgieron talleres mecánicos y de reparación—primer ejemplo del modo en que Detroit deriva nuevas empresas a partir de las anteriores—luego fábricas de piezas de repuesto e industrias navales. Para la década de 1860, algunas personas que empezaron en los molinos ya habían abandonado esta labor y se dedicaban a producir maquinaria naval, por lo cual Detroit se convirtió en el principal exportador de maquinaria y barcos. A su vez estas nuevas empresas empezaron a apoyar nuevos negocios, proveedores de piezas de repuesto, herramienta y metal. Las principales empresas fueron refinerías de aleaciones cupríferas a base de mineral local, y pronto la exportación de cobre y productos derivados del mismo se convirtió en el negocio más importante de Detroit. Luego se agotó este mineral y si la economía de la ciudad hubiera dependido completamente de esta industria, necesariamente habría empezado a estancarse. En lugar de ello, Detroit pasó a su período de desarrollo más explosivo y su población aumentó de 116.000 a 285.000 habitantes entre 1880 y 1900.

Lo más notable es que Detroit logró esto sin contar con una nueva industria importante que remplazara el refinamiento de cobre, por lo cual la ciudad parecía crecer explosivamente sin que nada la sustentara. Pero parte del desarrollo fue resultado de la creación de muchas otras exportaciones—pinturas, barnices, generadores de vapor, bombas, sistemas de lubricación, herramientas, accesorios de almacenamiento, estufas, medicinas, muebles, piel para tapicería, artículos deportivos—otra parte se debió a la producción local de lo que hasta el momento había tenido que importar, y la "sustitución de importaciones" es uno de los principales medios que tiene una ciudad para generar el crecimiento grande y diversificado. Remplazar un artículo importado es crear nuevos empleos y condiciones propicias para que prospere una nueva empresa, lo cual sucede siempre que el producto o servicio, antes importado y ahora producido localmente, se convierte en artículo de exportación.

En consecuencia, no fue accidental que la industria automovilística tuviera éxito en Detroit, porque esta ciudad ya estaban produciendo todo lo que Heny Ford necesitaba:

> Compró a varios proveedores de Detroit todos los artículos que requerían sus vehículos: ruedas, carrocerías, cojines, todo. . . La primera innovación importante realizada por Ford—y una de las más importantes que se hayan efectuado—fue prometer a los clientes que podrían obtener un surtido completo de piezas de repuesto para los autos Ford. Al principio compró esas partes a sus subcontratistas, los mismos que suminis-

> traban los componentes originales. Pero luego empezó a fabricar piezas de repuesto él mismo, empezando con las que tenían mayor demanda. De este modo, poco a poco, agregó a su trabajo de ensamble la fabricación de una pieza tras otra. Cuando estuvo listo para producir el primer modelo T, a fines de 1907, ya podía producir casi todas sus partes.

Pero el éxito mismo de Ford era una señal de peligro que nadie en Detroit supo interpretar adecuadamente:

> Una industria que crece con mucho éxito pone en crisis a una ciudad. Todo—los demás aspectos del desarrollo, los demás procesos de crecimiento en la ciudad, la ineficiencia fértil y creativa de los proveedores de la industria de crecimiento, la posibilidad de perder trabajadores capaces, el uso ineficaz pero creativo del capital—puede sacrificarse en aras de las exigencias de una industria de crecimiento, que de esta forma convierte a la ciudad en un poblado de una sola empresa.

Las razones que da Jacobs para la decadencia de Detroit—si bien actualmente la ciudad da señales de renacimiento—es que no se utilizó casi ningún capital para incrementar nuevos bienes, servicios, empresas o industrias allí, mientras que la ciudad exportaba extraordinarias cantidades del capital que generaba.

Auge y Decadencia de las Ciudades

Lo importante aquí es la idea de una pauta: una ciudad nueva exporta a otra más vieja, luego crea bienes y servicios de apoyo, en seguida experimenta un crecimiento explosivo conforme remplaza sus artículos de importación con bienes y servicios producidos localmente y de este modo obtiene nuevos artículos importados, posteriormente crea nuevos productos de exportación en sus nuevas industrias locales. Pero, aunque esto es esencial en su libro, no es realmente la idea que hace de *The Economy of Cities* una obra estimulante; es, más bien, la inmensa variedad de ejemplos usados para apuntalar los temas esenciales (como la forma en que comenzó en Tokio la fabricación de bicicletas, ahora una industria internacional, cuando muchos talleres de reparación de esa ciudad empezaron a fabricar partes para arreglar bicicletas importadas). Las nuevas industrias casi siempre comienzan de esta manera, valiéndose de "capital ineficiente pero creativo" (ineficiente porque la nueva forma no tendrá éxito en el primer intento, y ni siquiera en el quinto, y creativo porque la única forma en que surgen cosas nuevas es rompiendo con lo viejo, al principio con torpeza, y haciendo algo que la mayoría de la gente no haría).

El que todo esto tenga algo de misterio es parte de su fascinación: "Todo lo que Birmingham parece haber tenido, para empezar, fue una buena provisión de agua potable; lo que no era novedad en la Inglaterra del Renacimiento". Pero ser conscientes del misterio no sólo enriquece los ejemplos, también permite a Jacobs anotarse repetidamente un tanto contra quienes

están de los más felices ante la mesa de diseño y sumamente incómodos cuando se enfrentan al mundo real. Sobre la teoría de la ubicación de las ciudades, por ejemplo, escribe:

> La desembocadura del río Connecticut, el más grande de la Nueva Inglaterra, es un sitio tan perfecto para un emporio comercial que diera lugar a una ciudad importante, que podemos estar seguros de que se habría incluido en los textos de geografía para su ubicación en dicha desembocadura. Pero en realidad este sitio ha producido sólo los pequeños asentamientos de Lyme y Old Saybrook. . . Muchas ciudades que se dedican al comercio en gran escala ocupan lugares notablemente inferiores. Tokio y Los Angeles son ejemplos de ello.

Jacobs es igualmente iconoclasta respecto a la relación entre la sobrepoblación, los recursos naturales y la pobreza. "Si la gente provoca su propia pobreza debido a su proliferación, se deduce que si una determinada población es razonablemente escasa para empezar, no será pobre. Sin embargo, los países que siempre han estado muy despoblados y además cuentan con grandes recursos, son tan propensos a la pobreza como los densamente poblados". Cita como ejemplo a Colombia, escasamente poblada, que iguala en pobreza a la sobrepoblada India.

Como he dicho, todo esto es muy misterioso, en una forma que nos obliga a mirar a nuestro alrededor, a reflexionar sobre lo que sabemos de otros lugares. Si se saca una frase de su contexto, sólo parece que alguien está abordando su tema favorito: "Lo que nosotros llamamos en abstracto diseminación de culturas consiste en muchos productos de exportación, algunos sorprendentemente complejos, que primero fueron producidos dentro de las economías locales de las ciudades". Pero, si se pone nuevamente dentro del contexto:

> Los rollos que pasaron de Atenas a la gran biblioteca de la antigüedad en Alejandría, la compleja obra de los supervisores e ingenieros romanos que trazaron acueductos en la península ibérica y Galia, los tratados sobre agricultura y fósiles, y los instrumentos musicales que salieron de París para llegar a manos de Thomas Jefferson en Monticello, los periódicos enviados desde Londres a Benjamin Franklin en Filadelfia, la obra médica realizada por grupos de especialistas y enviada al Pekín moderno: todo eso no son simples exportaciones.

Es como tener todo un mundo nuevo en qué pensar.

Ciudades de Oportunidad

En nuestra edificación y destrucción de ciudades radica nuestra gran diferencia respecto a otros animales, el aspecto humano de nuestras esperanzas y fracasos. Por ser tan explícita, la autora es también una juez muy severa: la mayoría de las ciudades se estancan, sólo unas cuantas viven para lograr una y otra vez el proceso de renovación. Pero la autora puede mostrar también

que nuestro descuido actual respecto al ambiente no es simplemente cuestión de pecado original o la inevitable concomitante de una tecnología floreciente, y también deja claro que podemos renovar nuestro aire y agua y encontrar mejores medios de transporte simplemente por el uso más imaginativo de máquinas y materiales. Jacobs cita a Alceo en su escrito sobre ciudades griegas del año 600 A.C.: "Ni casas adecuadamente techadas, ni paredes de piedra bien construidas, ni canales, ni astilleros conforman la ciudad, sino hombres capaces de aprovechar su oportunidad".

El que algunos hombres en ocasiones y en ciertos lugares hayan sido capaces de aprovechar su oportunidad no es cuestión de fe sino de historia. Lo que resulta tan estimulante en el fondo en Jane Jacobs es su extraña y maravillosa convicción de que los hombres aman el trabajo. La alegría del trabajo, por supuesto, radica en tratar de hacer cosas nuevas, ya sean verdaderamente nuevas, como las invenciones y las grandes obras de arte, o nuevas adaptaciones de soluciones viejas a nuevos problemas y condiciones locales, como la buena edificación urbana, o la crítica literaria o la fabricación de bicicletas japonesas. El que construyamos a partir de obras antiguas es tanto señal de necesidad de continuidad cultural como de esa salud económica que hace el presente potencialmente productivo y el futuro factible. Lo viejo, si carece de fuerza, debe estancarse y morir, y si es poderoso tiende a tornarse conservador, incluso destructivamente reaccionario.

Hay formas de disentir con Jane Jacobs, pero no tantas como podría pensarse, porque, en sus propias palabras, tiene casi invariablemente razón y las preguntas reales surgen cuando se empieza a considerar lo que ha omitido. Por ejemplo, en *Death and Life of Great American Cities,* Los Angeles recibe una crítica bastante severa: el lugar es inseguro, feo y deficiente en el desarrollo de esas venas y arterias de las que depende la vida de las grandes ciudades. En *The Economy of Cities* la misma ciudad sale mejor librada porque se ajusta a todas las normas para el desarrollo explosivo que Jacobs considera necesarias en la vida cíclica de una economía urbana saludable. Ciertamente, una de las listas más asombrosas es la de todo lo que empezó a fabricar este centro urbano a fines de la década de 1940, justamente cuando se había pronosticado su muerte porque había perdido su industria aeronáutica de tiempos de guerra.

Los Angeles y Tokio son los héroes urbanos contemporáneos para la autora porque ambas ciudades—sin grandes recursos naturales cercanos, sin buenos puertos y con una grave amenaza de sobrepoblación—"se desarrollaron simplemente" al hacer posible que hombres y mujeres hallaran y aprovecharan su oportunidad.

Variedad de las Ciudades

Surge aquí una discrepancia que Jacobs no afronta en ninguno de ambos libros; y nos lleva a preguntar si el desarrollo de una ciudad es preferible al de otra incluso cuando ambas cumplan sus pautas de renovación constante

y, a la inversa, si no hay algunos tipos de estancamiento económico que son preferibles a otros. Me doy cuenta de que Jacobs puede responder a estas preguntas con respuestas implícitas y agregando que tales cuestiones están fuera del alcance de su indagación. Pero tal respuesta sería al menos un poco ingeniosa, porque Jacobs es vitalista y porque está interesada en todas las formas de vida (uno de los goces de su libro es la forma en que relaciona tantas cosas con la economía de las ciudades).

Pero el peligro de ser vitalista es que se tiende a creer casi absolutamente en las pautas, y hacerlo es no tomar en cuenta que la historia no sólo establece pautas y que una ciudad difiere de otra aunque sean muy similares sus pautas de desarrollo y decadencia. Aunque Seattle está logrando el destino económico de Detroit con las mismas pautas urbanas que Los Angeles, es muy diferente de ambas: en las bellezas que Dios le concedió, en su posición en el continente, en su período histórico de desarrollo, en las cosas tangibles que hacen la vida aquí distinta de otros lugares. El elaborador de pautas debe enfatizar la semejanza, no hay otra manera; y el vitalista debe aceptar la vida dondequiera que la encuentre. Pero gran parte del misterio de las ciudades radica en la diferencia entre unas y otras y cuando omite estas divergencias, no importa por qué buenas razones, Jacobs se emparenta, al menos parcialmente, con esas personas por las que lógicamente tiene más aversión; los planificadores y gobernantes decididos a convertir las cosas parecidas en cosas idénticas.

Quizás lo que quiero sugerir es otra razón por la que los ejemplos y las listas de *The Economy of Cities* son lo más maravilloso del libro, porque es allí donde la autora nos da, con la densidad de un gran novelista del siglo XIX y la claridad de una espléndida historiadora revisionista, el misterio y la razón del logro humano que es la vida de una ciudad.

DIZZY GILLESPIE: UNA VIDA EN EL JAZZ

Por Gary Giddins

En los cuarentas, Dizzy Gillespie electrizó por primera vez el escenario del jazz en Nueva York con su estilo de trompeta único. Junto con el legendario saxofonista Charlie Parker, Gillespie creó el "bebop" (nuevo sonido marcado por una cascada de notas, tiempos vertiginosos e intervalos abruptos y desconcertantes). En la actualidad Gillespie, activo como nunca, ha alcanzado la condición de verdadera autoridad, y uno de los mejores críticos jóvenes opina que desempeña admirablemente dicho papel.

Gary Giddins ha escrito sobre jazz durante los últimos cinco años en *Village Voice,* periódico semanal neoyorquino; conduce un programa de radio y da un curso sobre la tradición del jazz en la Universidad Nueva York. En la actualidad prepara varios libros acerca de los artistas del jazz y su obra. Su artículo se reproduce de *The New York Times Magazine.*

Ningún festival de jazz—y menos aún el Festival de Jazz de Newport, que ahora cumple su séptimo año luego de ser reubicado en Nueva York—estaría completo sin la presencia del notable John Birks "Dizzy" Gillespie. Durante el programa de mediados de 1978, el hombre, cuyos carrillos prominentes con el pabellón de su trompeta vuelto hacia arriba simbolizan el jazz, realizó dos ejecuciones en persona y una en película. Se lo escuchó como solista invitado con las orquestas latinas de Tito Puente y Machito, recordándonos que en 1947 fue él quien experimentó y difundió la fusión del jazz con los ritmos afro-cubanos que todavía están en boga. Y tocó con su vigoroso cuarteto actual. También apareció en el Centro Loeb de la Universidad de Nueva York, en un excepcional filme de 1952, tocando junto a Charlie Parker, "la otra mitad del latido de mi corazón", con quien Gillespie inventó el jazz moderno. Aunque no se programó así, los tres acontecimientos representaron una modesta retrospectiva de la extraordinaria carrera de Gillespie.

En los 40 años transcurridos desde que se abriera paso, saliendo de una pequeña ciudad de Carolina del Sur hasta llegar a Nueva York, Gillespie ha sido aclamado como el mejor virtuoso de la trompeta en el mundo, dentro o fuera del ámbito del jazz ("¡Qué gran tipo!", dijo alguna vez Dimitri Mitropolous, director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York. "Cuando lo escuché casi me muero de emoción"), porque es el autor de varios temas novedosos del jazz que se han convertido en norma y un artista con raras dotes de comediante. A diferencia de Parker, el brillante saxofonista alto

© 1978 por The New York Times Company. Reproducido con autorización.

Dizzy Gillespie dirige su antigua banda durante el Festival de Jazz de Newport, en 1957; hoy es director de un cuarteto de jazz.

que muriera a la edad de 34 años por los efectos del alcoholismo y la adicción a la heronía, Gillespie ha logrado que su reputación crezca continuamente, desde los turbulentos días del movimiento bebop, cuando se lo despedía por ser un niño insoportable y chiflado, hasta hoy, que es estimado por ser una ilustre autoridad no sólo del bop sino del propio jazz.

El Siempre Joven Embajador del Jazz

Poco después que tocara su trompeta en la Casa Blanca a mediados de 1977, como parte del saludo presidencial al jazz, Gillespie celebró su sexagésimo aniversario. No era el primer veterano del bop en llegar a esa edad. Kenny Clarke, quien inventó el estilo moderno del tamborileo, es tres años mayor que Gillespie, y Thelonious Monk, el pianista-compositor, le lleva 11 días. Pero Clarke ha residido en Europa desde 1956, y Monk ha estado en general inactivo en años recientes. Gillespie, por otro lado, realiza constantemente viajes y grabaciones, a la vez que desempeña el papel de vocero y embajador del jazz. Más aún, continúa dando muestras de progreso en el campo musical. Su tono se ha vuelto más suave, convirtiéndose en un sonido cada vez más atractivo y personal, y aunque él concede poca importancia a sus créditos como músico de blues, se ha convertido en un especialista del blues espléndidamente autorizado. Sus composiciones recientes, como

"Olinga", a la vez que son tan fascinantes en su forma como las primeras piezas clásicas suyas, como "A Night in Tunisia", "Woody'n You" y "Groovin' High", están construidas de manera tranquila y meditativa, se preocupan más por la dinámica y el estado de ánimo que por las progresiones de acordes rápidos como un rayo.

Todo lo que se refiere a Gillespie, desde el entusiasmo que llena sus improvisaciones hasta el pavoneo de su fingida aspereza y su locura teatral, prueba que la arrogante irreverencia que existe en el fondo de todos los nuevos movimientos musicales puede mantenerse más allá de los arranques iniciales de inspiración. El ingenio de Gillespie, su sencillez y su conducta garantizan su intemporalidad tanto como sus imperiosas notas altas y esos tonos a medio pistón, que gimen y halagan, amonestan y exhortan. Tampoco ha abandonado el espíritu desenvuelto de las sesiones de jazz improvisado, según lo atestiguan sus presentaciones no anunciadas y ocasionales en escenarios de conciertos y centros nocturnos.

Renacimiento del Bebop

El presente resurgimiento de Gillespie en el papel de patriarca, está acentuado por el hecho de que, casi para sorpresa suya, encabeza una especie de renacimiento del bebop. En un concierto en que se presentaron exclusivamente estrellas, llevado a cabo a fines de 1975 en el Avery Fisher Hall y anunciado como "Tributo a Dizzy Gillespie", dijo al público que llenaba la sala: "Es bueno comprobar que el bop ha resistido la prueba del tiempo"; fue aplaudido durante varios minutos. Un año después, Dexter Gordon, el eminente saxofonista tenor del bop, realizó una de sus poco frecuentes visitas a los Estados Unidos desde que se radicara en Copenhague en 1962, y quedó abrumado por reacción tan entusiasta. El movimiento, reforzado por una constante corriente de nuevas grabaciones de los clásicos del bop, ha ido cobrando vigor desde entonces.

En 1976, la División de Artes Interpretativas de la Institución Smithsoniana dedicó a Gillespie una retrospectiva de dos discos titulada "Formación de un Artista Estadounidense". En los apuntes del álbum, el crítico Martin Williams escribió: "John Birks 'Dizzy' Gillespie es una gran figura de la música estadounidense, de la música mundial, y tal vez el principal innovador musical en vida que tenemos". El bebop es la innovación con la cual Gillespie está más íntimamente ligado; la propia palabra probablemente se originó como un intento onomatopéyico por describir una figura rítmica, pero llegó a significar un estilo de música que tuvo el efecto de separar al jazz de la Era del Swing y volver a consolidarlo en una forma nueva.

Armónicamente, el bebop dio el salto amplio e inevitable de la música diatónica y basada en el *riff* de pocos acordes y aún menos tonos, hacia un cromatismo laberíntico con una compleja sustitución de acordes y una marcada preferencia por la escala disminuida. Aunque las melodías rápidas y angulosas del bebop sonaban caóticas a los escépticos, se requería un nuevo

virtuosismo para interpretarlas. Gillespie y Parker trajeron una nueva fiebre al jazz con su asombrosa articulación y extensión instrumental.

El cambio más profundo que produjeron fue el rítmico, simbolizado por la introducción del pulso fluido, sostenido por los tambores en el vibrante platillo, en vez del compás percutido que se manifestaba en forma aguda en el swing, así como los acentos impredecibles y el fraseo asimétrico de los solistas. Se podría decir que mientras el solista del swing improvisaba en una situación gobernada por el tiempo, el del bop se convertía en el punto focal a cuyo derredor el tiempo se unificaba. El nuevo ritmo resultó ser el Rubicón que pocos o ninguno de los músicos anteriores al bop podían cruzar, y en gran medida fue el causante de que la imagen del jazz cambiara de una música popular para bailar a una de concierto más exploratoria. Ese fue un paso inevitable, pero produjo considerable frustración racial.

Resistencia al Bebop

Gillespie, Parker, Monk y los demás llegaron a la mayoría de edad en los años del renacimiento de Harlem, cuando los negros incursionaban la vida

Charlie Parker

John Coltrane

Ornette Coleman

cultural de la nación. No eran los primeros músicos de jazz que se consideraban artistas y no figuras de variedad (lo mismo podía decirse de la mayoría de sus predecesores), pero ellos sí se sintieron agraviados por la trivialidad del jazz que adoptaban las bandas de baile y las grabaciones supuestamente novedosas. En su búsqueda de una nueva vida para el jazz, los pioneros del bebop confiaban en que su alto nivel, su impetuosidad técnica, su ingenio particular y su implacable energía los protegerían de la decadencia, al menos

durante algún tiempo. A muchas personas las desconcertó el bebop pues sentían que el jazz moderno era un idioma extraño, compartido sólo por un puñado de músicos radicales negros. Los de la generación mayor se sentían amenazados por la nueva música; los de la generación menor preferían la accesibilidad inmediata del ritmo y el blues, que empezaba a ganar fama.

Con todo, el bop aportó la forma de expresión básica del jazz hasta mediados de los sesentas, época en que ya se había convertido en la institución del jazz. Fue entonces cuando encontró problemas, no por tener una apariencia extraña, sino porque sonaba demasiado familiar. La rebelión contra el bop se vio encarnada en el "free-jazz", movimiento que principió a fines de los cincuentas, encabezado por los saxofonistas Ornette Coleman y John Coltrane, y por el pianista Cecil Taylor, quienes sonaban, en opinión de los no iniciados, tumultuosamente disonantes y—porque abandonaban las signaturas tradicionales de tiempo—faltos de cadencia. Los músicos del bop no podían creer que algo tan aparentemente confuso los pudiera remplazar. Pero en 1968 ya era obvio para todo el mundo que la imagen del jazz (como Ornette Coleman titulara alguna vez un álbum profético), había cambiado por lo menos en tres niveles; lo mejor de los músicos jóvenes se estaba uniendo a la nueva vanguardia; los músicos empleaban ahora la técnica modal, lo que quiere decir que basaban sus improvisaciones en escalas y no en acordes del bebop; y el rock estaba produciendo el efecto positivo de introducir en el jazz colores frescos y efectos instrumentales, y el efecto negativo de alentar el comercialismo cínico.

De 1963 a 1967, Gillespie encabezó una serie de magníficos quintetos, todos con el saxofonista James Moody. Incitó incluso una nueva controversia al contratar a Frank Schifano para que tocara el bajo eléctrico (algo prácticamente sin precedentes en aquel tiempo en los círculos del jazz). Sin embargo, los años que siguieron fueron desoladores. Debido a la popular hegemonía de que disfrutaba el rock y a la división de la comunidad del jazz entre las nuevas y antiguas guardias, a muchos músicos veteranos les fue difícil encontrar trabajo. Gillespie permaneció activo, pero realizaba grabaciones poco frecuentes, en lo general más como solista que dirigiendo sus bandas, a veces indiferentes.

Nuevo Principio

Luego, en 1974, firmó con Discos Pablo, nueva compañía encabezada por el administrador de jazz Norman Granz, y volvió a grabar prolíficamente. Para entonces el *free* jazz ya se había ampliado para dar lugar a una especie de eclecticismo estilístico, acompañado de un mayor respeto hacia los antiguos estilos del jazz. Poco después Gillespie organizó su actual cuarteto, grupo riguroso y estrechamente unido para el cual ha escrito varias piezas nuevas y renovado otras antiguas. En el futuro planea tocar sus composiciones con orquestas sinfónicas (los arreglos orquestales son encomendados a un extraordinario conjunto de arreglistas). Al haberse revivido el interés por

el bebop, la forma de tocar de Gillespie se ha llenado de nuevo vigor, y a la edad de 62 años muestra un resurgimiento.

Gillespie y su esposa de 40 años, Lorraine, viven en una casa amplia, inmaculada, con desniveles, ubicada en Englewood, Nueva Jersey y separada de Nueva York por el río Hudson. En el césped bien cortado hay una gran escultura de metal que consiste en dos círculos entre los que se intercala un vástago que se proyecta a aproximadamente 45 grados. No fue hecha pensando en Gillespie, pero fácilmente se puede abstraer de ella el famoso pabellón de su trompeta, que se levanta a 45 grados, y sus carrillos enormemente inflados.

Cuando visité a Gillespie, éste se encontraba, como siempre, de paso. Regresaba de un viaje al Africa y debía volar pronto a California para presentarse en un programa de televisión. Visitamos su sótano, equipado con cuatro grabadoras, un tocadiscos, altavoces, un piano eléctrico y uno acústico, un platillo suspendido, bongós, una mesa de billar y un bar. Las paredes están cubiertas con casi dos docenas de placas, trofeos, "llaves" honorarias de varias ciudades, y un gran busto de Dizzy Gillespie.

Es un hombre para quien la comodidad es una condición natural, y su serenidad es contagiosa si uno se adapta a su ritmo pausado y contemplativo. Sus carrillos correosos semejan cueros curtidos y están en reposo; hay matices de gris en sus patillas y sienes, pero se ve menor de 62 años. Disfruta su porte airoso como si éste fuera una de las recompensas de su carrera. Cuando lo anima un pensamiento o recuerdo agradable, su voz sube media octava y sus ojos brillan juvenilmente. Gillespie rara vez bebe licor, ya que practica el culto Bahai. Destapó dos botellas de una cerveza sin alcohol que importa de Suiza, y se puso a hablar de Cheraw, Carolina del Sur, donde nació en 1917.

El Comienzo

"Siempre fui músico, desde que tenía 11 o 12 años de edad. Mi padre se ganaba la vida trabajando como albañil, pero siempre tuvo la casa llena de instrumentos musicales. Murió cuando yo tenía unos 10 años, y fue entonces cuando empecé a juguetear con el piano. Creo que fue en 1928, más o menos, cuando la escuela pública obtuvo del estado instrumentos musicales. Todos los muchachos grandes escogieron a su gusto y sólo quedó un trombón, así que empecé con él porque estaba decidido a ser músico. El trombón no me dio muy buenos resultados, pero al muchacho que vivía en la casa contigua le tocó una trompeta y me dejaba practicar con ella.

"La primera vez que escuché tocar la trompeta a Roy Eldridge fue en una trasmisión desde el salón de baile del Savoy, con la banda de Teddy Hill. Roy era el mesías para nuestra época, como Louis Armstrong lo había sido para la anterior. Tratábamos de tocar exactamente igual que él, pero yo nunca lo logré por completo. No llegué a ver ninguna banda importante hasta que mi madre se trasladó a Filadelfia en 1935".

La continuidad del jazz: Jon Faddis (25 años), discípulo de Gillespie, hace música con el pianista Eubie Blake (97 años).

Gillespie se ganó el apodo de "Dizzy" a la edad de 17 años, cuando se presentó a su primer trabajo en Filadelfia llevando su trompeta en una bolsa de papel. Los relatos sobre el bufonesco sentido del humor de Gillespie se propagaron en 1937 cuando éste viajó a Europa con la banda de Hill. Se sabía que tocaba con guantes, o con la silla vuelta hacia la pared, o con el hongo de su trompeta (sordina en forma de sombrero) colocado sobre la cabeza. Pero también se lo reconocía como un músico extraordinariamente hábil, aunque inspirado en temas ya existentes.

"Yo todavía tenía el sonido de Roy Eldridge, pero otras cosas empezaron a cobrar fuerza. Me relacioné con Thelonious Monk y Kenny Clarke, y tocábamos mucho durante el día. Cada vez que yo sacaba algo nuevo en el piano, se lo enseñaba a Monk y él hacía lo mismo. Para tocar, Roy se basaba en la propia trompeta, pero yo desarrollaba mis ejecuciones al piano".

La Influencia de Charlie Parker

Gillespie conoció a Charlie Parker en Kansas City, a través de su amigo el trompetista Buddy Anderson; "El quería que yo oyera a este saxofonista, pero yo no estaba muy interesado porque había escuchado a Don Byas, Lester Young, Chu Berry, Coleman Hawkins, Ben Webster, y dije: '¡No

más saxofonistas!'. Hasta que lo escuché. ¡Jesús! Me emocionó profundamente. En esa ocasión tocamos todo el día en el hotel Booker T. Washington, en Kansas City. Debe de haber sido en 1939 o 1940.

"En realidad, Charlie Parker fue el arquitecto del nuevo sonido. El sabía cómo pasar de una nota a otra, lo cual le da estilo al asunto. La mayor parte de lo que hice fue en el terreno de la armonía y el ritmo (lo cual se esperaba de la sección rítmica). Nos cansamos de tocar el mismo acorde de séptima en si bemol, de modo que empezamos a experimentar, y fue así que obtuvimos la quinta bemolizada, lo que significó que podíamos tocar en dos tonos a la vez. Sin embargo, perdimos la cabeza con ella y se convirtió en lugar común. Bien, tocábamos estos acordes sustitutos y precisábamos de una melodía para acompañarlos, así que algunas veces escribíamos una nueva melodía apropiada para los nuevos acordes. 'Groovin High' se basó en una antigua canción llamada 'Whispering', pero donde originalmente había un acorde, nosotros tocábamos cuatro.

"Es difícil expresar con palabras cómo se formó nuestra música. Cuando descubrí cómo tocaba Charlie Parker supe quer era justamente lo que yo necesitaba para añadirle mi contribución. No se trataba de imitar, ya que a cualquier cosa que yo presentara él le añadía algo, y yo hacía lo mismo. Armónicamente, Monk tocaba diferente a todos; era el más original. Si uno tocaba con él y no sabía los acordes, uno se sentía avergonzado pues él se ponía a hacer ornamentaciones y uno no podía seguirlo".

Perfeccionamiento del Nuevo Sonido

De ordinario se piensa que Gillespie grabó el primer solo indiscutiblemente modernista en 1942, en un álbum que, por lo demás no tuvo nada de especial, con la orquesta Les Hite. El tema era "Jersey Bounce", y su solo se componía únicamente de 16 compases, pero su fraseo a contratiempo, su extensión dinámica, sus recursos armónicos y su control de virtuoso fueron precursores de una nueva forma de pensar sobre el jazz. La nueva música fue refinada en sesiones privadas y en las bandas de Earl Hines y Billy Eckstine en los dos años siguientes.

Para 1944, lo que había sido esencialmente una manera exclusivista de tocar, inventada por un círculo de músicos jóvenes y audaces y sólo para solaz de ellos, empezó a ejercer una influencia más penetrante. El bajista Oscar Pettiford organizó con Gillespie la primera banda de bop para tocar en la calle Swing de Nueva York, nombre que se le daba a la calle 52 en los treintas y cuarentas. En meses subsecuentes, otras bandas ayudaron a propagar las nuevas ideas. En el lapso de un año, muchas de las compañías de grabación independientes estaban ansiosas de grabar a Gillespie, Parker, Pettiford, a la cantante Sarah Vaughn (que era para el bop lo que Billie Holliday para el swing) y a otros defensores del nuevo estilo. Los músicos de todo el país aprendían melodías (y memorizaban las improvisaciones que en ellas se tocaban) como "Salt Peanuts", "Billie's Bounce", "A Night in

Tunisia'', ''Hot House'' y ''Groovin' High''. Pero las principales compañías de discos pasaban por alto al bop. En 1946, la gran banda de Gillespie, recientemente organizada, tuvo la oportunidad de grabar obras tan ambiciosas como ''Things To Come'' y ''Emanon'', demostrando ser una de las orquestas más provocativas que se hayan reunido jamás. Durante este período, Gillespie empezó a incorporar activamente en su música los ritmos afro-cubanos.

''No empecé a tocar congas hasta que [el virtuoso de la conga] Chano Pozo se unió a la banda, pero siempre me gustaron los ritmos latinos, y yo tocaba las maracas. 'Manteca' fue una colaboración. Chano llegó y me dijo que se le había ocurrido una pieza donde el bajo principiaba y luego entraban los trombones, en seguida los saxofones, y luego ¡BAM! Después que él hizo todo esto, en típico estilo afro-cubano sin armonía, le dije: 'Necesitamos algo más'. Empecé a escribir un puente de ocho compases, pero no logré resolverlo, de modo que se convirtió en un blues de 16 compases''.

Bufoneando en el Escenario

Gillespie también se empezó a ganar la reputación de ser un bufón de escenario. Sus lentes oscuros, su perilla y su boina llegaron a ser los símbolos superficiales del bop e inspiraron el uniforme de los músicos del jazz, que más tarde adoptaron los beatniks. Es posible que él sea el último gran artista de variedad que surge de la tradición del jazz. A fines de la década de 1940, sus artificios cautivaron al público escéptico y lo ayudaron a alcanzar la popularidad—y notoriedad—que le fuera negada a Charlie Parker. ''Nunca tengo dudas respecto a lo que he de hacer en el escenario'', dice Gillespie, ''porque me inicié con Cab Calloway, Lucky Millinder, Tiny Bradshaw, y ellos demostraban lo que se podía hacer en el escenario''.

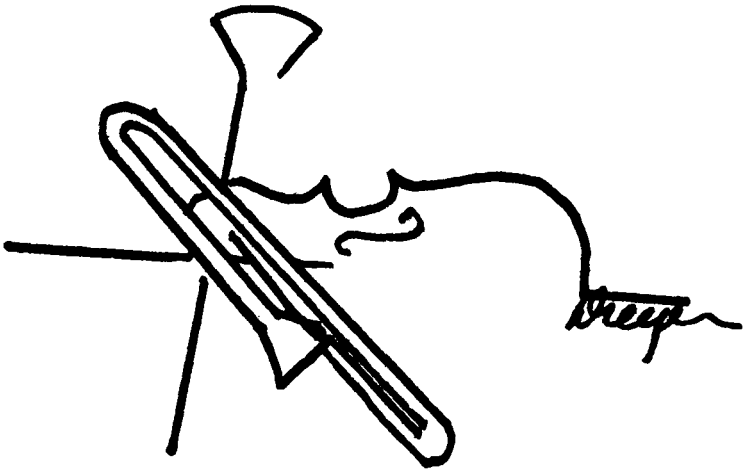
Algunos de los actos cómicos de Gillespie son en efecto bastante antiguos. Durante 20 años por lo menos ha venido diciendo al público: ''Ahora quisiera presentar a los miembros de la banda'', después de lo cual los presenta entre sí. Eso todavía resulta divertido.

El perennemente joven ''turco'' tiene 60 años, pero Dizzy Gillespie no deja de avanzar. ''Sólo ayudé a establecer en nuestra música un estilo determinado; no es gran cosa. Me siento afortunado por alcanzar este lugar. Siento que mi forma de tocar cambia constantemente, pero se intensifica cada vez más. Se podría pensar que tocar trompeta se torna fácil, pero no es así. Mientras más se sabe, más cuenta se da uno de lo que no puede hacer. A cada momento se descubren nuevas cosas, y un buen público nos inspira. También la unión entre los músicos. Uno nunca sabe lo que va a hacer hasta que sube al escenario''.

En una actuación típica, el tono de Gillespie alterna entre la rica fuerza del registro más alto y la discreción aterciopelada del medio; sus frases son largas, veloces y repletas de giros armónicos imposibles de predecir. Gillespie también es un magistral percusionista y cuando no está ejecutando un

solo o dirigiendo al conjunto con sus ágiles caderas, a menudo se sienta ante sus tambores de bongó para crear polirritmos.

Con frecuencia un quinto músico participa en la mayoría de las presentaciones de Gillespie en Nueva York. Jon Faddis, talentoso trompetista de 25 años de edad y oriundo de Oakland, California, resume en cierta forma el renovado interés por la música de Gillespie. Si bien es cierto que la mayoría de los estilistas del jazz para trompeta que han tenido éxito después de Gillespie están directa o indirectamente en deuda con él, Faddis es el primer revolucionario, en años, que ajusta su estilo precisamente al del artista. Gillespie, quien lo llama "mi hijo musical", lo escuchó por primera vez en San Francisco hace 10 años, y se llegaron a conocer cuando Faddis se mudó a Nueva York en 1972. Gillespie encuentra un paralelo entre la relación de los dos y la de King Oliver y su joven protegido Louis Armstrong en la década de 1920: "Jon solía tocar sólo mis obras, pero ahora toca muchas suyas, por lo que está adquiriendo una personalidad más propia. Sí, señor, la música simplemente da vueltas y vueltas, y evoluciona perennemente".



DOS PROFETAS DE NUESTROS TIEMPOS

Por Peter F. Drucker

Un profeta de la era de la administración describe aquí las ideas y personalidades de dos profetas contemporáneos de la tecnología. Buckminster Fuller, creador de la cúpula geodésica, ha sido desde hace tiempo una cornucopia de ideas acerca de diseño, estructuras y energía. Marshall McLuhan se hizo famoso por su aforismo de que "el medio es el mensaje", en el cual resumía sus impresiones respecto al impacto de la tecnología de la comunicación sobre la personalidad humana y su imaginación. Ambos son amigos del autor, quien analiza sus pensamientos originales (a veces escandalosos) con admiración crítica.

Peter F. Drucker es profesor de ciencias sociales en la Escuela de Posgrado Claremont, en California, y un destacado consejero en administración empresarial y gubernamental en los EUA y en el extranjero. Es autor de 15 libros, entre los que se incluyen *Management: Tasks, Responsibilities, Practices* (La administración: tareas, responsabilidades, prácticas), *The Age of Discontinuity* (La era de la discontinuidad) y, últimamente, *Adventures of a Bystander* (Aventuras de un circunstante), publicado por Harper & Row, del cual ha sido extractado este artículo.

Jamás pudieron concebirse en la imaginación dos individuos tan disímiles como Buckminster Fuller y Marshall McLuhan: en apariencia, en estilo, en su modo de ser, en su forma de hablar y, al parecer, en lo que representan. Fuller es bajo de estatura y regordete y habla en poesía épica. McLuhan es alto y anguloso y se expresa en palabras de doble sentido y epigramas. Ambos personajes se convirtieron en héroes al mismo tiempo, en los años 60; y los dos por el mismo motivo: son los bardos y misioneros de la tecnología.

Bucky Fuller y Marshall McLuhan ya eran mis amigos mucho antes que se convirtieran en celebridades; los conocí hacia 1940. Por largos años fui uno de los pocos que los escucharon; sin embargo, llegué a dudar por mucho tiempo que alguna vez sus voces fueran escuchadas y, aún más, que cualquiera de ellos pudiera atraer adeptos. Eran profetas en el desierto y estaban lejos, muy lejos, se antojaba, siquiera de un oasis, no digamos ya de su Tierra Prometida.

Para Bucky Fuller, la tecnología es la armonía de los cielos. El camino a la

Copyright © 1979 por Peter F. Drucker.

perfección humana es una tecnología—una "gran" tecnología "dura"—que impulsa al medio ambiente humano siempre más cerca de la armonía celestial en su diseño "dimaxión", su "geometría sinérgica" y su "tensigridad", términos singulares acuñados por él. Bucky es un trascendentalista, muy consciente de la herencia de su tía abuela, Margaret Fuller, la última trascendentalista de la Nueva Inglaterra del siglo XIX. El mundo de Bucky es panteísta; el ser humano se aproxima a su propia divinidad, en función de su mayor identificación con la tecnología universal.

Marshall McLuhan ve la tecnología como algo humano, no divino. La tecnología es una extensión del hombre. Alfred Russel Wallace, codescubridor con Charles Darwin de la teoría de la evolución hace más de un siglo, dijo que "únicamente el ser humano es capaz de una evolución no orgánica deliberada; él elabora instrumentos". McLuhan jamás había oído hablar de Wallace, pero siempre compartió su opinión. La tecnología para McLuhan es el autoperfeccionamiento del hombre, por medio del cual logra extenderse, se transforma a sí mismo, crece y se realiza. Como el animal que al desarrollar un órgano nuevo y diferente por medio de la evolución natural se convierte en un animal diferente, así también el ser humano que desarrolla un instrumento nuevo y diferente y por ende logra extenderse, se convierte en un hombre diferente.

Héroes Improbables

Mostrar hostilidad y desencanto hacia la tecnología fue la "causa" ostensible en los años 60 y a principios de los 70. No pudieron concebirse, por este motivo, héroes más improbables de la década de la "cruzada ambiental" que estos architecnólogos, Bucky Fuller y Marshall McLuhan, llamados respectivamente el profeta de la "geometría sinérgica" y metafísico de los "medios electrónicos". Pero lo que ocurrió en dicha década solamente parecía "antitecnología". En realidad, ese decenio descubrió la tecnología. Hasta entonces, la tecnología era algo que podría dejarse a los tecnólogos. Los ingenieros construían presas; los "humanistas" leían a James Joyce, escuchaban a Bach o descubrían "leyes de la naturaleza". Los humanistas estaban dispuestos a disfrutar los "frutos de la tecnología" (ya fuera viajar en avión o hacer una llamada telefónica). Sin embargo, su trabajo, su significación, su importancia y su rumbo, no eran afectados por la tecnología, o lo eran sólo en forma marginal, como cuando la pluma de punta acerada hizo innecesario recortar plumas de ganso o cuando la lámpara incandescente les permitió leer hasta altas horas de la noche sin esforzar los ojos.

Repentinamente, en los sesentas, la tecnología fue vista como una actividad humana; anteriormente siempre fue una actividad "técnica" llevada a cabo por sólo Dios sabe quién o qué, acaso por los "duendes de la Selva Negra". La tecnología surgió de entre bastidores del escenario de la historia, donde la habían ubicado siempre los "humanistas" y comenzó a mezclarse libremente con los actores y a veces, hasta a acaparar las candilejas.

La primera reacción al percatarse de un cambio tal es de violento rechazo. Sería mucho más fácil si el cambio pudiera revertirse. ¡Si sólo pudiéramos regresar al delicado mundo "humanista" de escribanos helenistas y eruditos en artes liberales, donde las ideas, los valores, la estética y los conocimientos se disocian de cosas pedestres como la forma en que la gente se gana la vida o produce sus herramientas y, sobre todo, donde es posible estar divorciados y al margen del modo en que trabajan los seres humanos! No obstante, por debajo del rechazo ignorante, existe también durante tal período cierta receptividad a los nuevos enfoques, la búsqueda tácita de una nueva integración.

Así pues, Bucky Fuller y Marshall McLuhan repentinamente se volvieron notorios e importantes. A esa generación que comprendió que la tecnología debía integrarse a la metafísica y a la cultura, la estética y la antropología—que en verdad se encontraba en el núcleo de la antropología y del conocimiento propio del hombre—estos dos profetas le permitieron vislumbrar una nueva realidad. El que su paisaje fuera nebuloso y hablaran como oráculos, acentuaba aún más su atractivo.

Ideas e Inventos

Actualmente, Bucky es un mito mundial. El tiene el currículum más largo en la publicación *Who's Who in America* (Quién es quién en los EUA), con 75 líneas. Tiene más doctorados honoríficos que nadie de quien yo haya tenido conocimiento, 37 en total; más quizá de los que cualquiera pudiera necesitar. Sus libros son éxitos de librería, las multitudes abarrotan sus conferencias y es un héroe de la juventud.

Sin embargo, cuando conocí a Bucky, él era totalmente desconocido, aun cuando ya frisaba los 50 años de edad. El había trabajado obsesivamente durante dos décadas, sacando ideas e inventos. Aun así, por largos años la familia había tenido que subsistir con lo que su esposa ganaba como secretaria. Los nuevos amigos de Bucky—siempre había sido solitario—se enfurecían por su empecinado propósito de cristalizar ideas descabelladas, cuando fácilmente podía ganarse una buena vida, ya que Bucky era merecidamente respetado como pronosticador y analista de tecnología. Tenemos, por ejemplo, su pronóstico de los acontecimientos que habrían de hacer posible el aeroplano del futuro. En 1929, según se dice, Donald Douglas, ya en ese entonces un destacado diseñador joven, acudió a Bucky con un bosquejo rudimentario de su "aeroplano del futuro", para el cual no existía entonces ni una teoría aerodinámica, ni motores ni materiales. Bucky le dijo lo que necesitaría para construir ese aeroplano diseñado por él—la teoría, los motores y los metales—y que todo estaría disponible al cabo de 10 años, en 1939. Diez años más tarde, Douglas construyó el prototipo de lo que sería el bombardero más avanzado de la Segunda Guerra Mundial, la fortaleza volante, de acuerdo con las especificaciones de Bucky.

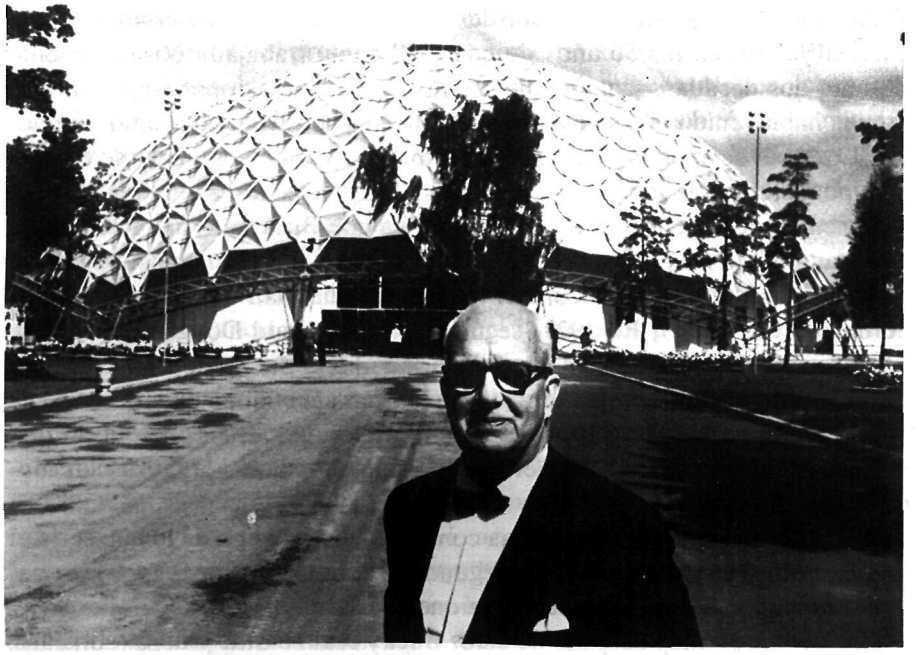
Unos cuantos años después de esto, Bucky realizó otra proeza (con cariz

de brujería para muchos) al predecir con precisión de tiempo, para una de las principales empresas del cobre, el surgimiento de lo que actualmente llamamos la "electrónica". El pudo haber tenido muchos trabajos similares, con buenos honorarios. Sin embargo, únicamente los aceptaba cuando se encontraba desesperado (cuando, por ejemplo, su hija estuvo muy enferma y necesitó dinero para pagar los gastos médicos). De no ser por estas circunstancias, volvía empecinadamente a su manía predilecta que eran los diseños geométricos, a los que daba nombres raros, tales como "dimaxión", "pliodomo", "tetrahélice" o "tensigridad", diseños que aparentemente no servían para propósito alguno, aun cuando funcionaran, lo que ocasionalmente sucedía.

Gráficas y Desarrollo Económico

En ese entonces, Bucky desconcertaba a mucha gente con sus gráficas y su charla, la cual salía en interminable chorro de palabras, mitad poesía lírica, mitad términos de ciencia ficción de su propia cosecha. Confieso que yo tampoco le hubiera prestado atención de no haber sido porque me divertía la presunción de Bucky de que las gráficas en un pedazo de papel determinaban el desarrollo. Estas eran muy raras. En una época en que lo mejor que cualquiera hubiera esperado era una recuperación de la prosperidad reinante antes de la depresión, Bucky proyectaba un crecimiento económico explosivo, tanto para las zonas atrasadas de Latinoamérica, agobiadas por el

Cúpula geodésica: la virtud estructural de las esferas y los triángulos



estancamiento y la crisis económica, como para los EUA y hasta para Europa, que en ese entonces se derrumbaba ante la acometida de Hitler.

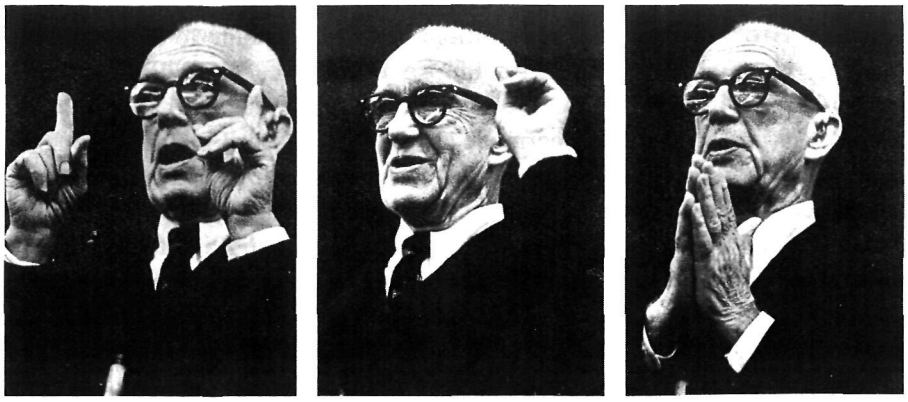
Estos resultados totalmente improbables fueron obtenidos mediante el trazo de las propiedades geométricas de curvas para un solo factor: la energía. Las curvas fueron trazadas bajo el supuesto de que la energía es "orgánica" y, por lo tanto, se expande exponencialmente, lo mismo que una curva de población, hasta llenar completamente su "nicho ecológico" sujeto únicamente a su última—y más remota—limitante, es decir, el término de la emisión de energía mediante la fusión y fisión nucleares en el plasma del interior del Sol. Jamás me convenció la validez de las suposiciones de Bucky. Sin embargo, sus proyecciones para la economía mundial de la posguerra, basadas en geometría pura, resultaron sorprendentemente precisas, aun cuando se basaban enteramente en una visión geométrica, desprovista de análisis o "hechos".

Un "Geómetra" Impráctico

Bucky se autonombra geómetra, pero él puede ver más allá del orden de la Tierra, que es el significado de "geometría". El experimenta el orden y el ritmo del espacio o, con un término antiguo, la "armonía de las esferas".

Hasta los amigos y admiradores de Bucky en esos incipientes años lo consideraban "imprácticos". Bucky siempre negó esto (en realidad, esta acusación era una de las pocas cosas que le causaban indignación). Por lo demás, tenía un carácter singularmente uniforme. Solamente cuando alguien insinuaba que él era "impráctico", su voz se volvía chillona y perdía su compostura. Bucky sentía que la demás gente era la "impráctica" y no él. En realidad, parte de su problema era que se empeñaba demasiado en ser "práctico". Aplicaba sus extraños diseños a objetos comunes y de uso cotidiano, con el propósito de ser práctico: automóviles, casas, mapas de carreteras. No comprendía por qué la gente no estaba dispuesta a adoptar un

Buckminster Fuller: *conferenciante fascinador y locuaz*



automóvil de tres ruedas, al cual se entraba por la capota o a rastras por debajo, a fin de economizar un poco de combustible o tener líneas aerodinámicas "limpias".

La "casa dimaxión"—una semiesfera sobre una losa—combina la máxima área de piso con el mínimo de superficie y, por ende, son mínimos sus requerimientos de calefacción o enfriamiento. Además, combina la rigidez estructural y la estabilidad, aproximándose al máximo teórico, con una construcción en extremo ligera que prácticamente no requiere soportes estructurales. Bucky no podía comprender por qué la gente aún prefería vivir en casas rectangulares, geométricamente imperfectas, con paredes a las cuales se ajustan los muebles.

El "mapa dimaxión" fue el primero en representar sin distorsión porciones de la superficie de un globo, la Tierra por ejemplo, sobre un plano. No obstante, el mapa debía ser una sección cónica con filos redondeados y puntas triangulares en ambos extremos—y Bucky no comprendía por qué la gente estaba dispuesta a aceptar la ligera distorsión de un mapa convencional de superficie, en lugar de usar mapas sin distorsión que parecían muñecas de papel cortado. En realidad, todos estos diseños eran eminentemente "prácticos", pero para usos nuevos y diferentes. El "automóvil dimaxión" ha sido utilizado extensivamente en el diseño espacial. La "casa dimaxión" se convirtió en el prototipo de los "radomos", que son las estaciones detectoras automatizadas del sistema de alarma aérea del Artico, y durante el último cuarto de siglo ha sido utilizada para pabellones, estadios deportivos y salones de exhibición. También cuando los astronautas comenzaron a entrar en órbita y necesitaron mapas sin distorsiones, empezaron a utilizar "mapas dimaxión".

Bucky hablaba frecuentemente a los estudiantes de la Universidad Bennington en Vermont, donde fui profesor casi todo el decenio de 1940, por que lo que Bucky necesitaba sobre todo—más que reconocimiento, más que dinero—era un auditorio. Cuando lo presenté en su primer discurso en Bennington, le dije al auditorio que él hablaría 45 minutos y luego contestaría preguntas. Cuatro horas más tarde, Bucky seguía hablando y cuando traté de interrumpirlo, me hizo a un lado y dijo: "Apenas voy en la introducción". Creo que lo obligamos a callar alrededor de la una de la madrugada. Cometimos un error; debimos dejarlo continuar (posteriormente lo dejamos). No tiene caso fijar un tiempo límite tratándose de un "suceso" de Bucky Fuller. Bucky habla siempre con voz rotunda y monótona, divagando sin principio, ni mitad ni fin. Su auditorio permanece sentado y absorbe. Nadie recuerda jamás un sola *palabra* de lo que Bucky dijo, pero nadie olvida esa *experiencia*. Es como hundirse en un torbellino de agua tibia, relajante y a la vez en constante movimiento y desafío. La experiencia nunca gravita sobre Buckminster Fuller. A decir verdad, la mayoría de la gente que lo ha escuchado no recuerda muy bien cómo es él y mucho menos cómo habla o se mueve o actúa. Lo que experimentan—y lo que todos los auditorios, desde aquellos estudiantes de Bennington hace casi 40 años, han experimentado—es la

visión de Bucky Fuller. Bucky Fuller se autonombra geómetra, pero es en realidad un vidente.

Las Primeras Ideas de McLuhan

Conocí a Marshall McLuhan aproximadamente al mismo tiempo que conocí a Bucky, en una asamblea de cierta sociedad de literatos y en la cual él y yo leímos ponencias. Yo estaba completamente preparado para aburrirme cuando él comenzó a leer con voz monótona, nasal, con acento del Oeste Medio de los EUA y un dejo canadiense. El se iniciaba como un joven e incipiente maestro de gramática inglesa en la Universidad St. Louis de Missouri y, desde luego, era totalmente desconocido. Era de apariencia sumamente común: alto, delgado, flacucho. El título de su ponencia—que algo tenía que ver con el origen del moderno cirrículum universitario—tampoco parecía muy emocionante.

Poco después este maestro de gramática inglesa, de apariencia común, comenzó a decir cosas extrañas. La universidad medieval, explicó, se volvió anticuada con la aparición del libro impreso. Todos asintieron con la cabeza ya que, hasta allí, concordaba con la sabiduría convencional. Sin embargo, prosiguió con la aseveración de que el nacimiento de la universidad moderna en el siglo XVI se había debido a la imprenta, la cual no sólo cambió el método de enseñanza y la forma de la presentación, sino también la naturaleza misma de lo que se enseñaba y lo que la universidad tenía el propósito de enseñar. La nueva enseñanza, parecía decir ese hombre desconocido, tenía muy poca relación con el Renacimiento o con la resurrección del interés por la antigüedad y el redescubrimiento de los escritores clásicos, o aun con la astronomía, los descubrimientos geográficos o la nueva ciencia. Por el contrario, estos grandes acontecimientos de la historia intelectual fueron también resultado de la nueva tecnología de Gutenberg. La tipografía con caracteres móviles fue la creadora de la perspectiva del mundo moderno, no Petrarca, Copérnico o Colón. "¿Entendí bien", preguntó uno de los profesores al terminar McLuhan su lectura, "que usted piensa que la imprenta influyó en los cursos que impartía la universidad y en el papel mismo de ésta?" "No, señor", dijo McLuhan, "no *influyó;* en realidad, la imprenta *determinó* ambas cosas. De hecho, la imprenta determinó lo que en el futuro se consideraría como conocimiento".

McLuhan en ese entonces, hace casi 40 años, no dijo: "El medio es el mensaje"; no pudo haberlo dicho, ya que la palabra "medio" no existía todavía en su actual significación como portador de la comunicación, pero aun entonces ya estaba convencido de que "el medio es el mensaje" o, cuando menos, que el medio determina y da forma al mensaje.

Yo no estaba convencido de la tesis de McLuhan. Yo sabía que la impresión con caracteres móviles no fue "invento" de Gutenberg, ya que había sido usada en China mucho antes que Gutenberg, reinventándola o imitándola, imprimiera la Biblia, y que ninguno de los efectos atribuidos por

McLuhan a la imprenta había ocurrido en China. En realidad, allí el nuevo "medio" no tuvo efecto alguno sobre la cultura, la enseñanza y la percepción. Quedó relegada como una herramienta inferior que ni siquiera hizo anticuado el viejo sistema de reproducción gráfica, no digamos ya los conocimientos tradicionales, los métodos de enseñanza o lo que se aprendía o enseñaba. No obstante, el hombre tenía algo que decir, pensé.

La Tecnología como Instrumento

Yo mismo, a la sazón, me interesaba en la relación entre la tecnología, la sociedad y la cultura. La "línea de montaje", por ejemplo, era un instrumento. Sin embargo, indudablemente tuvo gran impacto sobre la organización de la gente en su trabajo y su relación con el mismo, así como sobre la percepción que la sociedad tuvo de sí misma. Fundamentaba la nueva perspectiva de algo denominado "sociedad industrial" (término que fui uno de los primeros en emplear, sin comprender claramente su significado). La línea de montaje, como comencé a comprender en esos años, no era mera "tecnología"; era sobre todo un concepto altamente teórico y abstracto de la naturaleza del trabajo. Empero, como también comencé a comprender entonces, aunque la línea de montaje resaltaba a la vista y era un símbolo en la mentalidad de la gente ante una nueva y dominante realidad, era en realidad un minúsculo segmento de la industria de transformación, pues sólo la mínima parte de la fuerza de trabajo realizaba "labores de línea de montaje" o tenía probabilidades de hacerlo alguna vez. La tecnología, en otras palabras, no era tan sencilla como lo suponía la perspectiva tradicional tanto de los "humanistas" como de los "tecnólogos". De alguna manera, indicaba a las personas su identidad, o cuando menos la imagen de sí mismas, además de su impacto sobre lo que producían.

Entonces busqué a McLuhan y le pedí que fuera a visitarme. El siempre fue una compañía afable, aunque absorto en sus ideas. Dudo que él haya preguntado alguna vez lo que yo estaba haciendo o haya escuchado lo que yo decía a lo largo de veintitantos años de frecuentarnos. Hablaba de preferencia con retruécanos. McLuhan estaba lleno de rarezas, lleno de presunciones, de observaciones de especial peculiaridad, un sesgo especial, un enfoque insólito que convertía al mundo convencional cotidiano en algo extraño, desconcertante y a veces inquietante (un surrealismo de palabras más que de imágenes, pero en esencia tan surrealista como un Dalí o un dibujo de Steinberg).

McLuhan llegaba de visita casi sin previo aviso o inesperadamente. En una ocasión, en Nueva Jersey, en medio de tremenda tormenta en el mes de julio, sonó el timbre de nuestra puerta alrededor de la una de la madrugada. Esa fue la última vez que McLuhan nos visitó para hablar de sus visiones. En esa noche tormentosa a principios de los años 60, le había llegado la claridad. Fue esa noche cuando él, dando alguna conferencia o visitando amigos, comprendió repentinamente lo que había estado pregonando todo

Marshall McLuhan: *el medio es el mensaje*

ese tiempo y corrió a contármelo. Lo que McLuhan dijo esa noche se convirtió, poco después, en su libro más importante, claro y original, aunque de ninguna manera el más conocido: *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* (La galaxia de Gutenberg: la creación del hombre tipográfico). Su libro *Understanding Media* (Cómo entender los medios de comunicación), que habla de medios "fríos", como la televisión, y de medios "calientes", como la radio y los impresos; acerca de que el mundo se ha "tribalizado" en una "aldea mundial" a causa de la electrónica y de que "el medio es el mensaje", vino dos años más tarde. *Understanding Media* hizo a McLuhan famoso o cuando menos notorio. Para entonces ya había dejado de visitarnos, aunque seguimos siendo amigos. Al surgir de esa tormenta. McLuhan había visto finalmente su tierra prometida. Después de esto, él ya no necesitaba a nadie que lo escuchara.

El Profeta de Televisión

Durante los veintitantos años que nos frecuentamos, Marshall McLuhan fue un vidente sin una visión. El sabía que tenía que ver (y no podía abrir los ojos para verlo). Debió sentirse en todos esos años como todos nos hemos sentido alguna vez cuando tenemos una pesadilla y sabemos que debemos despertar, pero no podemos hacerlo. El tuvo toda su visión claramente desplegada ante sus ojos cuando dijo en aquella asamblea de eruditos que "la imprenta determinó lo que desde entonces se consideraría el conocimiento". Sin embargo, hasta el advenimiento de la televisión, Marshall no supo que se había referido precisamente a eso.

Fue como profeta de la televisión que McLuhan se convirtió en figura del "jet set" intelectual de los sesentas. Esto también explica, creo yo, por qué McLuhan no ha llegado a ser algo más que eso. Indudablemente, la televisión—y los "medios" en conjunto—han transformado *lo* que está siendo comunicado y no solamente *cómo* se comunica. Han cambiado nuestra percepción del mundo exterior, pero también la forma en que nos vemos a nosotros mismos y lo que vemos en nosotros. No obstante, ninguna de las

predicciones específicas de McLuhan se ha cumplido y probablemente ninguna se cumplirá. La imprenta no se ha vuelto anticuada por la televisión. Se publican más libros y revistas hoy en día que antes del advenimiento de la televisión a nuestros hogares, del mismo modo que el drama y la poesía no desaparecieron cuando el "contar relatos" se convirtió en "escritura" y la "escritura" se volvió "letra impresa". A decir verdad, los instrumentos electrónicos probablemente se convertirán en los "medios impresos" del mañana, cuando la "palabra impresa" sea trasmitida, casi seguramente, por una imprenta electrónica conectada a un televisor o teléfono. Además, la copiadora Xerox convierte a todo hombre en un Gutenberg.

La interacción entre el "medio" y el "mensaje" es más profunda que el aforismo de McLuhan; ninguno determina el otro, pero cada uno configura al otro. McLuhan seguramente sabe todo esto. Sin embargo, como su momento de iluminación espiritual le llegó por medio de la televisión, ha llegado a ser conocido—y quizá hasta él mismo se vea así—como el Thoreau de la cultura popular. Esto, no obstante, es bastante injusto tanto para el hombre como para su perspicacia. El descernimiento más importante de McLuhan no es que "el medio sea el mensaje", sino que la tecnología es una extensión del hombre y no "solamente un instrumento". No es la "ama del hombre", pero cambia al hombre y a su personalidad, así como lo que el hombre es—o como se percibe a sí mismo—en la misma medida que cambia lo que éste puede realizar.

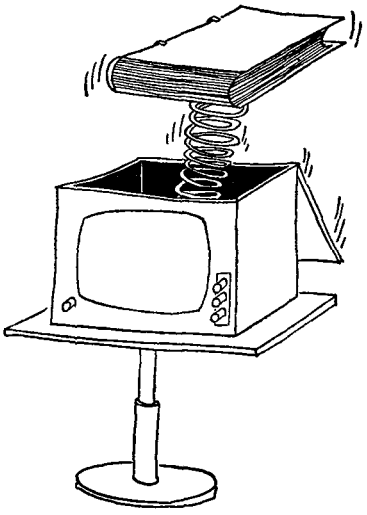
El Trabajo como Vínculo Social

No puedo creer que Bucky Fuller o Marshall McLuhan puedan integrar la tecnología, la cultura y la metafísica. Su visión no relaciona en modo alguno la tecnología con la actividad específicamente humana que es el "trabajo". La tecnología no solamente trata de herramientas, máquinas y artefactos, tal como un ingeniero la define, o como se encuentra definida en la monumental obra en cinco volúmenes *History of Technology* (Historia de la tecnología), publicada entre 1954 y 1958 bajo la dirección del gran letrado británico Charles Singer. Tampoco es como la Sociedad para la Historia de la Tecnología, fundada en 1958, la describe ni como la publicación de esta sociedad, *Technology and Culture,* se refiere a ella. Sin embargo, la tecnología tampoco es solamente "fuerza cósmica" o la "extensión del hombre". No es, como la *History* de Singer la define, el modo "como se hacen o elaboran las cosas". Es la *forma como el hombre hace o elabora.* La tecnología se refiere a la evolución deliberada, artificial y no orgánica, mediante la cual el hombre descarga esa peculiar y exclusiva actividad humana llamada "trabajo". Además, la forma como el hombre hace o elabora, su modo de trabajar, tiene luego profundo impacto sobre cómo vive el hombre, cómo convive con otros de su propia especie y cómo se ve a sí mismo (y finalmente quizá sobre qué y quién es).

Sobre todo el trabajo es el vínculo social específico en la vida humana y en

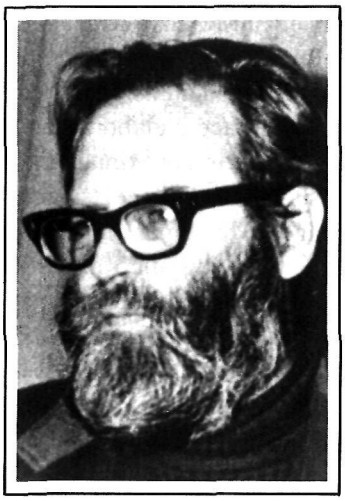
la historia. El vínculo orgánico que se funda en la necesidad de cuidar a los hijos indefensos, el hombre lo comparte con muchos animales superiores. Las elefantas cuidan a sus crías más tiempo que las madres humanas, y posiblemente mejor. Sin embargo, el singular vínculo social que crea el trabajo—con toda su plasticidad, flexibilidad, diversidad y exigencia—resulta ser la dimensión específicamente humana; representa la relación entre la "tecnología" como "instrumento" y la "tecnología" como "cultura" y "personalidad". El trabajo es, además, una actividad social que ni Bucky Fuller ni Marshall McLuhan se dignaron jamás observar.

Pudiera ser demasiado prematuro definir con precisión la "tecnología" como una dimensión específica humana y social y como la forma que el hombre hace o elabora. Lo he tratado de hacer en mis propios estudios, que comenzaron aproximadamente al mismo tiempo—hace 40 años—que Fuller pasó del diseño de "máquinas dimaxión" a la elaboración de teorías y cuando McLuhan empezó a batallar con la relación entre la tecnología del carácter tipográfico móvil de Gutenberg y el curriculum de la universidad medieval. Lo que tengo que decir sobre esta materia puede encontrarse en mi volumen ensayo de 1970, *Technology, Management and Society* (Tecnología, administración y sociedad). Comprendo que no he logrado avanzar mucho más allá de ejemplos específicos y generalidades y, seguramente, sin siquiera acercarme a una "teoría general"; ni tampoco, desde luego, lo han logrado Bucky Fuller y Marshall McLuhan. Pero, cuando menos, ellos han tratado de mostrar nuevas y diferentes vías de acceso hacia la "tecnología", vías que no son "antitecnológicas" sino que quizá son demasiado pro tecnológicas, pero que enfocan la tecnología como algo "humano" y "cultural" y no puramente "técnico". Aun queda por hacerse el trabajo sobre la tecnología y la cultura, pero Bucky Fuller y Marshall McLuhan deberán ser recordados como los precursores, los profetas y videntes.



TENDENCIAS RECIENTES EN EL MOVIMIENTO OBRERO DE LOS EUA

Por Thomas R. Brooks



Tras 40 años de copiosa afiliación e influencia, los sindicatos de los EUA se enfrentan en los setentas a una serie de nuevos problemas. Hay más trabajadores jóvenes y más mujeres en la fuerza laboral; más trabajadores negros en los sindicatos, y más oficinistas profesionales y empleados gubernamentales que tradicionalmente se han resistido a formar parte de los sindicatos. Brooks analiza la forma en que estos cambios afectan la índole de la tendencia de la fuerza laboral, las técnicas de negociación colectiva y el papel político que desempeñan los sindicatos.

Thomas R. Brooks es veterano reportero e historiador del movimiento laboral estadounidense. Ha desempeñado las funciones de organizador de la fuerza laboral y director de publicaciones al respecto; en la actualidad preside la Liga para la Democracia Industrial. Sus libros incluyen *Toil and Trouble* (Trabajo asiduo y disturbios), que es la historia de la fuerza laboral estadounidense, *Walls Come Tumbling* (Las paredes se desploman), que es un informe sobre el movimiento pro derechos civiles, y *Clint* (biografía de Clinton S. Golden, intelectual y organizador de la fuerza laboral).

Durante casi cuatro décadas y media—desde la ley federal de 1935 que garantizó el derecho a la negociación colectiva—los sindicatos estadounidenses han gozado de copiosa afiliación e influencia comparable a la de sus homólogos europeos. Sin embargo, a diferencia de los trabajadores europeos, los norteamericanos no cuentan con un partido laboral o social-demócrata que los represente en el Congreso o en las diversas legislaturas estatales. Los miembros de los sindicatos participan activamente en política, principalmente a través del ala liberal del Partido Demócrata. Una minoría tiene participación activa en el Partido Republicano, pero muy pocos trabajadores pertenecen a organizaciones políticas radicales. La participación de la fuerza laboral estadounidense en la política parece accidental si se le compara con la experiencia europea, latinoamericana, africana o asiática.

No obstante, la fuerza laboral desempeña un importante papel reformista en los Estados Unidos. A través de su influencia con el Congreso y la Casa Blanca, los sindicatos son ampliamente responsables de legislaciones socia-

les, tales como beneficios a la vejez, compensación a los trabajadores por accidentes industriales, disposiciones en materia de salud y seguridad, legislación pro derechos civiles, y seguro de desempleo. Con todo, los trabajadores norteamericanos dependen menos de la legislación que de la negociación directa con los empresarios para obtener ventajas—vacaciones, seguro de salud, pensiones, etcétera—que a menudo son parte de la legislación de previsión social en otros países. La negociación colectiva en los Estados Unidos es más descentralizada, por industrias e incluso por fábricas, que en Europa, donde las normas las fijan las federaciones nacionales de trabajadores. Pero la medida del éxito sigue siendo la misma: el bienestar de hombres y mujeres trabajadores.

La afiliación a los sindicatos ha aumentado de 12.500.000 al finalizar la Segunda Guerra Mundial a casi 21.000.000 en la actualidad, con el consecuente aumento considerable en salarios reales y seguridad en los empleos. Ha habido huelgas, airadas confrontaciones entre empleados y administración, pero pocas que puedan compararse con los enconados levantamientos que marcaron los anteriores 75 años de conflicto industrial.

Los dirigentes sindicales, que una vez fueran despreciados, son ahora adulados en todos los niveles de la vida estadounidense. Los institutos locales de beneficencia solicitan su participación en las campañas para recaudar fondos; el Congreso solicita su testimonio en una variedad cada vez mayor de asuntos económicos y sociales; los presidentes les designan comisiones y consultan a menudo con ellos delicados problemas políticos. En la actualidad, ellos negocian con los industriales del país para fijar salarios, condiciones de trabajo y salud, beneficios en lo relativo al bienestar y las pensiones en las principales industrias, estableciendo así las pautas que otros habrán de seguir.

Problemas de los Setentas

Un éxito de esa índole debía producir confianza, y lo hizo. Hasta recientemente, los críticos conservadores consideraban que los dirigentes sindicales eran arrogantes y los sindicatos todopoderosos, mientras que los críticos liberales o izquierdistas pensaban que el movimiento laboral era complaciente y demasiado cooperativo con la clase dominante, tanto del sector gubernamental como del de los negocios. Hoy en día, sin embargo, existe menos seguridad dentro del movimiento laboral y los observadores, amigables o no, valoran más escépticamente su solidez.

A. H. Raskin, por mucho tiempo corresponsal laboral del *New York Times*, percibió recientemente "un sentimiento de inseguridad que crece rápidamente en las jerarquías más altas de la fuerza laboral". Un sinnúmero de periodistas y comentaristas han adoptado este tema. *Dun's Review*, importante revista comercial, informó de modo característico acerca de un deterioro en la "influencia de la fuerza laboral organizada de la cual alguna vez se vanagloriaron". Esta revista citó como evidencia la derrota que sufriera

en el Congreso en 1978 una disposición laboral de reforma que hubiera ayudado a que los trabajadores recientemente organizados obtuvieran de sus empleadores un más rápido reconocimiento del sindicato de su elección.

Pero las predicciones de la pronta desaparición de la fuerza laboral, e incluso los informes acerca de su repentino debilitamiento son, como observara una vez Mark Twain acerca de su propio fallecimiento anunciado en un obituario prematuro: "Inmensamente exagerados". Con todo, el movimiento laboral de los EUA (al igual que sus homólogos en Europa Occidental) se enfrenta a una serie de nuevos problemas que requieren respuestas y estrategias diferentes de las del pasado. Cuatro tendencias recientes están afectando profundamente al movimiento laboral: la llegada de una nueva generación, el aumento de trabajadores negros en los sindicatos, la creciente proporción de mujeres en la fuerza laboral, y la sindicalización de empleados gubernamentales a nivel nacional, estatal y local.

Es probable que cada una se defina dentro de los próximos 10 años; en conjunto, ejercerán de seguro un impacto importante en el carácter esencial del movimiento laboral, en las técnicas de negociación colectiva y en el papel que desempeña la fuerza laboral organizada en el ámbito político.

Trabajadores más Jóvenes

El mayor conjunto de jóvenes de nuestra historia—unos 44 millones entre las edades de 14 y 24 años—está llegando a la mayoría de edad. En la actualidad la mitad de la fuerza de trabajo de los EUA es menor de 35 años de edad. Puede ser que en promedio los dirigentes sindicales sean algo mayores, aunque no mucho. De cada cuatro *nuevos* miembros de un sindicato, uno es menor de 25 años. Esta tendencia a que los miembros sean más jóvenes tiene ramificaciones más amplias que la simple diferencial de edades. Estos trabajadores están mejor instruidos; en promedio han completado más de 12 años de instrucción, la cifra era 10 años hace poco. Tienen expectativas más ambiciosas e individuales. El padre o abuelo del joven obrero deseaba básicamente un "trabajo fijo" y "buen sueldo". Los sociólogos industriales nos informan que hoy los jóvenes son más variables, están más dispuestos a renunciar y cambiar de trabajo si éste no les conviene. Además, ciertos problemas de negociación específicos tienden a dividir a los trabajadores jóvenes y viejos. Por ejemplo, es más probable que los primeros den preferencia a aumentos salariales inmediatos sobre beneficios diferidos, tales como mejores pensiones. Más aún, los trabajadores jóvenes ingresan a la fuerza laboral cuando los sindicatos ya han ganado la batalla para recibir el reconocimiento, y por lo tanto tienden a dar por hecho el poder del sindicato. Es menos probable que estos asistan a las reuniones o lean las publicaciones de éste, como lo hacen los trabajadores de más edad.

Hace varios años, Agis Salpukas, reportero del *New York Times* encontró que los trabajadores más jóvenes desean "ser tratados como individuos por sus jefes; no quieren desempeñar tareas que en su opinión afectan su salud o

seguridad, aun cuando los trabajadores antiguos las hayan realizado durante años; ansían cambios rápidos y a veces pasan por alto a sus propios dirigentes sindicales e inician huelgas no autorizadas''. En conversaciones recientes con trabajadores jóvenes he encontrado que la recesión económica de 1978-79—y la alta tasa de desempleo juvenil—ha tenido un efecto grave. Existe mayor preocupación respecto a posibles despidos y futuras oportunidades de trabajo que cuando el reportero Salpukas recorrió las fábricas automotrices y de acero entrevistando a trabajadores nuevos. Sin embargo, persisten la disposición a desafiar a la administración, y la insatisfacción respecto a lo que los trabajadores más jóvenes consideran excesiva cautela de los actuales dirigentes sindicales.

Creciente Afiliación de Negros

Los trabajadores negros o del sexo femenino suelen compartir muchas de las actitudes de los jóvenes, en gran parte porque son, de ordinario, más jóvenes que sus compañeros blancos o del sexo masculino y porque a menudo son nuevos en el trabajo. Los negros—que constituyen el 11 por ciento del total de la población de los EUA—han ingresado a los sindicatos en una tasa cada vez mayor, lo que refleja un mayor flujo de negros que salen del Sur rural, donde el 75 por ciento de ellos residían antes de la Segunda Guerra Mundial, para ir a las ciudades tanto del Norte como del Sur. (En la actualidad, 80 por ciento de los negros habitan áreas rurales.) Hace 10 años, uno de cada tres nuevos sindicalizados eran negros; hoy, el 50 por ciento de los nuevos miembros son de esta raza.

No obstante, debemos tener presente que a pesar de pasadas discriminaciones, en este país los trabajadores negros han pertenecido a sindicatos desde el comienzo del movimiento laboral. Los negros mineros de la hulla, por ejemplo, fueron el núcleo del grupo Mineros Unidos, racialmente integrado, formado en Alabama a principios de siglo. Los albañiles y carpinteros negros se sindicalizaron pronto en el Sur, aunque se reconoce que eran sindicatos locales segregados. Durante los treintas, los negros desempeñaron un papel activo en la fundación de sindicatos en las industrias automotriz, del acero, del transporte y de la electricidad.

En algunos sindicatos sigue existiendo discriminación racial. Los trabajadores negros han experimentado sus mayores dificultades cuando solicitan empleos especializados, tanto en las industrias de la construcción como en las fabriles. Con todo, ha habido adelantos notables, en parte como resultado de la agitación pro derechos civiles ocurrida en los sesentas. Los jóvenes miembros de minorías ingresan cada vez en mayor número a ocupaciones de altos salarios: cerca del 20 por ciento de los nuevos aprendices en las industrias de la construcción no pertenecen a la raza blanca. Las minorías han registrado adelantos aún mayores como aprendices de trabajadores del hierro estructural (20 por ciento), montadores de calderas y tuberías (36 por ciento), constructores de láminas metálicas (18 por ciento) e ingenieros

activos (33 por ciento). La mayoría de estas ocupaciones bien remuneradas eran únicamente para blancos hace 10 años o más. Una importante decisión adoptada en junio de 1979 por la Corte Suprema de los Estados Unidos acerca de un programa de entrenamiento para trabajos especializados en el sector privado, exigió que se reservara la mitad de las vacantes para trabajadores negros a fin de asegurar una representación más justa en los oficios mejor remunerados.

Según un estudio realizado en 1970 por la Secretaría del Trabajo, los negros representaban más de 12 por ciento de los miembros de sindicatos, "proporción algo mayor que su representación en el total de la fuerza de trabajo remunerado, que es de aproximadamente 11 por ciento". Un estudio anterior, dirigido por la Liga Urbana de Chicago en 1968, encontró que los sindicatos tenían mayor porcentaje—13 por ciento—de funcionarios o "autores de políticas" negros que cualquier otra institución no gubernamental. Por lo menos 10 sindicatos importantes—incluso el de la industria automotriz, del acero y de los maestros—tienen más del 20 por ciento de negros. Entre los sindicatos locales que cuentan con gran número de negros, la proporción de éstos que son elegidos como funcionarios es en efecto muy alta. Hay menos representación de negros en los sindicatos nacionales, aunque esto está cambiando rápidamente. Dos negros, Frederick O'Neal y C.L. Dellums, forman parte del consejo ejecutivo de la Federación Norteamericana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) y un número creciente de sindicatos nacionales—del acero, de empleados de tiendas, de trabajadores del transporte, del gremio periodístico, de los maestros, de la industria automotriz y otros—tienen vicepresidentes y otros altos funcionarios negros.

La Mujer en los Sindicatos

Las mujeres, al igual que los negros, han ingresado en la fuerza laboral en número cada vez mayor desde la Segunda Guerra Mundial. En total, la proporción de mujeres en la fuerza de trabajo ha aumentado, de 28 por ciento en 1947, a 42 por ciento en 1979. Uno de cada cinco miembros de sindicatos es mujer y éstas suman ahora 4.300.000, un aumento de 1.000.000 desde 1956. Las mujeres representaron más de la mitad del crecimiento total de la afiliación a sindicatos entre 1966 y 1976. Pero debido a que las mujeres están aún empleadas en gran proporción en trabajos de oficina y de ventas, los cuales suelen ser menos sindicalizados, su proporción en los sindicatos ha sido mucho menor que la de los hombres.

Sin embargo, vale la pena recordar que las mujeres han participado en los sindicatos desde que empezaron a cobrar sueldos en las fábricas de tejidos de Nueva Inglaterra a principios del siglo XIX. Los sindicatos de la aguja—Sindicato Internacional de Trabajadores del Vestuario Femenino (SITVF), el Sindicato Unido de Trabajadores del Vestido, los Trabajadores Sombrereros y de Bonetería—han organizado a las trabajadoras durante casi

tres cuartos de siglo. Los Trabajadores de Comunicaciones de los Estados Unidos (TCEU) han organizado a mujeres, en su mayoría telefonistas, desde su inicio a fines de los treintas. No obstante, fuera de estas industrias sólo recientemente se ha sentido el creciente número de trabajadoras en el movimiento laboral. Estas exigen que se preste mayor atención a los asuntos que conciernen a la mujer, tales como horario flexible de trabajo y prestaciones para trabajadoras de medio tiempo, a fin de ayudar a las mujeres que deben también cuidar a los niños en el hogar. Otros asuntos de interés primordial para las mujeres son: mejores salarios para los tradicionales "empleos de mujer", mejores beneficios de maternidad, más tiempo para vacaciones personales, igualdad en las pensiones, y programas de entrenamiento para promover a las oficinistas que no tienen oportunidad de progresar en su empresa.

"Cuando recorro el país para dialogar", informa Cynthia McCaughan, coordinadora de actividades femeninas de la AFL-CIO, "cada vez más mujeres me dicen: 'Soy dirigente obrero. Soy presidenta de la junta local de mi sindicato. Soy parte del comité de negociación. O, soy organizadora' ". Aun cuando ninguna mujer ha estado entre los 35 miembros del consejo ejecutivo de la AFL-CIO, cuatro de ellas presiden sindicatos nacionales y un número creciente presta sus servicios en los consejos ejecutivos de sindicatos importantes, como el SITVF; el de Carniceros Unidos; el TCEU; y la Federación Norteamericana de Empleados Estatales, Municipales y de Condados (FNEEMC). La recién organizada Coalición de Trabajadoras Sindicalizadas, dirigida por Joyce Miller, vicepresidenta del Sindicato Unido de Trabajadores de la Industria Textil y del Vestido, cuenta con más de 7.000 miembros sumamente activos y entusiastas.

Organización de los Oficinistas

Si bien aumenta el número de mujeres en los sindicatos, su mayor impacto puede estar en el futuro crecimiento del movimiento laboral. Ya que en los EUA el empleo en el sector de la manufactura se contrae y la fuerza de trabajo se expande en conjunto, la proporción de trabajadores sindicalizados en el total de la fuerza laboral está disminuyendo. En la actualidad, uno de cada cinco trabajadores estadounidenses posee tarjeta de afiliación sindical; en 1970, la proporción era de más de uno de cada cuatro. Las industrias que cuentan con oficinistas—finanzas, ventas al por menor, educación y otros servicios—se expanden rápidamente, y son las que emplean a la abrumadora mayoría de las trabajadoras. Ciertamente ésta es una área de futuro crecimiento para los sindicatos, y algunos de ellos exploran enérgicamente su potencial. Por ejemplo, el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios, que tiene 600.000 miembros, empezó recientemente una campaña para organizar a profesionales y oficinistas empleados del gobierno, hospitales, universidades, bancos y compañías de seguros. Para llevar a cabo la tarea, el sindicato emplea ahora a 300 mujeres en su personal organizativo de 750

miembros locales y nacionales, mientras que aquéllas eran 70 de 650 hace una década.

No obstante, los sindicatos no han logrado conseguir adelantos significativos en lo que se refiere a organizar a los oficinistas, salvo en el gobierno. En parte, esto puede deberse a que muchas mujeres consideraban sus empleos como "segunda ocupación" o intervalos temporales antes de contraer matrimonio o empezar una familia. Además, el empleo de oficinista siempre fue considerado como algo especial, y los patronos solían tratar a las empleadas en forma paternal. Pero puede ser que todo eso esté cambiando. Por la expansión misma, las labores de oficina se asemejan más al trabajo de "fábrica", y los jefes se han vuelto más distantes. Los organizadores sindicales ven en estos cambios nuevas oportunidades para llevar a cabo la organización.

Los éxitos logrados por los trabajadores organizados entre los empleados públicos han alentado nuevos esfuerzos de quienes pertenecen a organizaciones de oficinistas y profesionales. Si es posible sindicalizar a los profesores, ¿por qué no a las enfermeras de hospitales particulares? Si es posible hacerlo con los profesionales y oficinistas del sector público, ¿por qué no con los que prestan sus servicios en empresas particulares? En efecto, el aumento en la sindicalización de los empleados públicos, hasta hace poco, compensó la disminución de afiliaciones entre los obreros fabriles. El número de miembros de la FNEEMC, en la actualidad el principal afiliado de la AFL-CIO, aumentó de 350.000 a más de 1.000.000 en sólo 10 años. Los empleados federales están bien organizados pues 1.400.000—aproximadamente el 50 por ciento—de sus miembros están inscritos en diversos sindicatos o asociaciones de empleados.

Situación Ambigua

Sin embargo, ha habido una dilación en el crecimiento de los sindicatos, tanto en el sector privado como en el público. Unos 10.000.000 de empleados públicos no están aún sindicalizados, según cálculos de la AFL-CIO. La situación es análoga a la que existe en el sector privado, donde la base de los sindicatos es comparativamente estable, pero grandes cantidades de trabajadores no están sindicalizados. En 1974, último año para el cual existen cifras gubernamentales, el 44 por ciento de los miembros de sindicatos pertenecían al sector de la manufactura; 14,5 por ciento a industrias ajenas a la manufactura; 13,5 por ciento al gobierno (nacional, estatal y municipal). El resto estaba distribuido entre ocupaciones de servicios, oficios, instituciones de educación particular y trabajos agrícolas. Las industrias básicas, como la del acero y la automotriz, están bien organizadas. Los sindicatos son fuertes en el ramo del transporte por ferrocarril y camión, en las industrias de la construcción y en las comunicaciones. Empero, el 80 por ciento de los miembros de sindicatos están en 12 estados, principalmente en el cinturón industrial que abarca el Oeste Medio y Nueva York. Los sindicatos

son también poderosos en California. Son más débiles en los 20 estados sureños y en los de las llanuras centrales, donde las llamadas leyes del "derecho a trabajar" prohíben a patronos y sindicatos firmar contratos en que se obligue a los trabajadores a ingresar a un sindicato para conservar su empleo. En Carolina del Sur, por ejemplo, sólo ocho por ciento de los empleados ajenos al sector agrícola forman parte de sindicatos, comparado con el 38 por ciento en Nueva York.

La última década ha sido testigo de un cambio notable en la composición de la fuerza laboral en la sociedad "postindustrial", la cual ha pasado del sector de las manufacturas, tradicionalmente sindicalizado, a las ocupaciones de servicio, comercio, educación y otras tareas de oficina. En ese período, los Estados Unidos han obtenido 5.300.000 nuevos empleos en las últimas ocupaciones mencionadas, mientras que el número de trabajos en el sector de la manufactura ha permanecido estático. La competencia de las importaciones—especialmente en la manufactura de prendas de vestir y aparatos electrónicos—ha contribuido también a la falta de crecimiento en el empleo de obreros. Como resultado de estos y otros factores, la sindicalización no se ha mantenido a la par con la expansión de la fuerza de trabajo con empleo, aumento éste de 74.000.000 en 1967 a más de 90.000.000 en 1978. Incluyendo el 23 por ciento de la fuerza laboral de hace una década, los sindicatos han declinado a menos de 20 por ciento.

Epocas Nuevas, Problemas Nuevos

Los veteranos y los radicales románticos se lamentan por la pérdida de lo que ellos perciben como el espíritu de cruzado, el sentimiento de solidaridad que se deriva del esfuerzo, asociado con el aumento espectacular de los grandes sindicatos industriales a fines de los treintas. Sin embargo, los actuales organizadores sindicales se ven forzados a luchar con tendencias que ni siquiera imaginaron sus homólogos en el pasado, quienes apelaban con éxito al sentimiento de que los trabajadores eran explotados por sus patronos. ¿Cómo se puede fomentar un sentimiento de cruzado cuando las principales empresas no sindicalizadas, como la DuPont y la IBM, pagan salarios decentes y brindan buenas condiciones de trabajo?

Los mineros, tal vez más que cualquier otro grupo de trabajadores en este país, poseen un sentido de solidaridad altamente desarrollado. Aun así, en Virginia Occidental, centro del distrito de sindicatos mineros, existe una mina no sindicalizada que emplea a 150 mineros, algunos de los cuales son ex miembros de sindicatos y ganan un promedio de 25.000 dólares al año, salario enriquecido por medio de bonificaciones de incentivo y pagos por tiempo suplementario. Los sindicalistas tratan de organizar la mina, aprovechando la falta de un plan de pensión y las medidas de seguridad que resultan inadecuadas, pero hasta ahora han tenido poco éxito. En el pasado, las minas no sindicalizadas eran negocios manejados por familias, y era preciso sobrevivir explotando las inaccesibles vetas de hulla. Además, ésta fue una

industria en crisis hasta que el severo aumento en los precios del petróleo impuesto por la OPEP cambió la situación. Por lo general el restablecimiento del mercado de la hulla estimula el restablecimiento de sindicatos. Sin embargo, en la actualidad grandes compañías, administradas por profesionales, están abriendo minas no sindicalizadas a lo largo de las Apalaches y en el Oeste Medio. Estas minas pagan bien, son fructíferas, y la que está ubicada en Virginia Occidental no sólo posee la maquinaria más moderna, sino que tiene proyectada la construcción de una piscina y canchas de tenis para los empleados.

El sur de los Estados Unidos ya no es la región de depresión descrita en la novela *Tobacco Road* (Camino del tabaco) de Erskine Caldwell. Muchos de los que huyeron hacia el norte en pos de trabajos de altos salarios en la industria automotriz regresan ahora a un sur cada vez más próspero. Los antiguos índices diferenciales en sueldos y beneficios se están reduciendo, especialmente en las principales industrias. Incluso las manufacturas inferiores están mejor pagadas que los trabajos de aparcero u otras ocupaciones arriesgadas en una región que había sido de subsistencia y empleo marginal. Aunque el sentimiento de bienestar recién adquirido por los trabajadores sureños puede desgastarse con el tiempo, en la actualidad es un factor que dificulta la sindicalización.

La oposición a la sindicalización también está arraigada en las tradiciones sureñas de individualismo, en actitudes recelosas nacidas de la agricultura autosuficiente y del paternalismo imperante en las plantaciones, y está a menudo alimentada por un resentimiento hacia los organizadores del Norte. Además, los trabajadores blancos han temido la competencia de los negros en los empleos, aunque existen claros indicios de que esta actitud está cambiando. Un ejemplo de este cambio es muy visible entre los trabajadores sureños de la industria textil, cuyo apoyo interracial a un sindicato, a pesar de la continua resistencia de la J.P. Stevens Company, fue escenificado eficazmente en el popular filme *Norma Rae,* estrenado hace poco.

Problemas de Dirección

Por lo general los trabajadores ingresan a sindicatos porque los salarios son bajos, las condiciones laborales inadecuadas, el capataz o jefe hostil. Empero, creo que lo hacen cada vez más debido a la habilidad del organizador y por los logros del sindicato, según lo han demostrado los contratos y la historia de éstos. La dirección, por lo tanto, será un factor crucial en el desarrollo futuro del movimiento laboral.

La dirección laboral ya ha experimentado un cambio en su nivel más alto. De los 35 miembros del consejo ejecutivo de la AFL-CIO, sólo quedan dos—su presidente George Meany y Paul Hall del Sindicato de Marinos—de la fusión de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL) y el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO), llevada a cabo en 1955. Catorce miembros tienen 50 años de edad o menos; 13 están en los cincuentas; la

edad promedio es 61 años. Los 35 que encabezan sindicatos constituidos hace mucho tiempo, han ascendido, siguiendo en su mayoría el proceso normal de sucesión, y en términos ideológicos son algo más militantes en materia de conceptos si se los compara con los miembros ordinarios de sus respectivos sindicatos.

Históricamente, la dirección de más alto nivel en los sindicatos ha sido notablemente estable. Por ejemplo, Walter P. Reuther dirigió el Sindicato de Trabajadores de la Industria Automotriz (STIA) de 1946 hasta su muerte en 1970. El número de sindicatos con jubilación obligatoria, por lo general a los 65 años de edad, ha aumentado, lo que explica en parte la reciente rotación en el más alto nivel jerárquico. Pero existe creciente reconocimiento de que el liderazgo a nivel local—entre dirigentes obreros y personal, incluyendo los organizadores—puede ser decisivo. Los sindicatos dedican buena cantidad de esfuerzo a capacitar a quienes se ocuparán del liderazgo secundario. La AFL-CIO tiene ahora una "escuela superior para el personal" cerca de su sede nacional en Washington, D.C. Los afiliados imparten seminarios y cursos de verano y los sindicatos más grandes pueden contar con una "escuela superior" propia. El Sindicato Unido de Trabajadores de la Industria Siderúrgica, por ejemplo, tiene un centro de capacitación en las afueras de Pittsburgh donde se espera que los funcionarios del sindicato presenten algún "trabajo de graduados". El Centro Walter P. Reuther de la STIA, ubicado en Black Lake, Michigan, tiene renombre internacional y ofrece adiestramiento intensivo para quienes organizan a los trabajadores de la industria automotriz, sus líderes y personal.

Riqueza y Sindicatos

Automóvil, casa y pensión son ahora las nuevas posesiones habituales de los trabajadores estadounidenses y simbolizan los cambios originados por la negociación colectiva; de igual manera, el seguro de desempleo, la compensación para el trabajador y la regulación sobre salud y seguridad dan testimonio de los logros legislativos alcanzados por la fuerza laboral. Paradójicamente, estos signos visibles de bienestar ponen de relieve las presentes dificultades que afronta la clase obrera. Los altos salarios no sólo permiten que los trabajadores tengan casa propia y uno o más automóviles, sino que a menudo les da la posibilidad de adquirir casas remolque, un bote a motor y, desde luego, televisores y un conjunto asombroso de artefactos para el hogar. Un número aún más grande de trabajadores norteamericanos ve con naturalidad muchos de estos artículos e incluso los considera esenciales para el bienestar; sin embargo, éstos aumentan el costo de la vida y hacen que la clase trabajadora esté más consciente de los embates de la inflación. Este aumento en las expectativas del consumidor impone cargas adicionales a la negociación colectiva al alentar las demandas de "más", no sólo en cuanto a dinero sino también en lo referente a tiempo libre y beneficios, sobre la mesa de negociación. Esta es ciertamente más complicada en la actualidad de lo

que fuera cuando un representante sindical simplemente golpeaba la mesa y gritaba; "¡Queremos 25 centavos más por hora y se acabó!".

Cuando consideramos la magnitud del problema que confronta el movimiento laboral, lo sorprendente es que esté dando buenos resultados. En parte, esto puede deberse a las innovaciones en la negociación, que van desde idear nuevos días de asueto hasta obtener nuevos acuerdos que aseguran el empleo vitalicio. Por ejemplo, en la industria siderúrgica, el sindicato y 10 productores principales elaboraron recientemente un sistema de jubilación temprana que garantiza ya sea una pensión considerable—600 dólares mensuales hasta los 62 años, que es cuando el seguro social y las pensiones normales asumen la responsabilidad—o bien el "empleo adecuado a largo plazo" adoptado en otra empresa para trabajadores con 20 años de labores cuya edad y servicio sumen 65 años. A los estibadores se les garantiza un sueldo vitalicio a medida que la automatización elimina gradualmente sus puestos.

Nuevas Direcciones

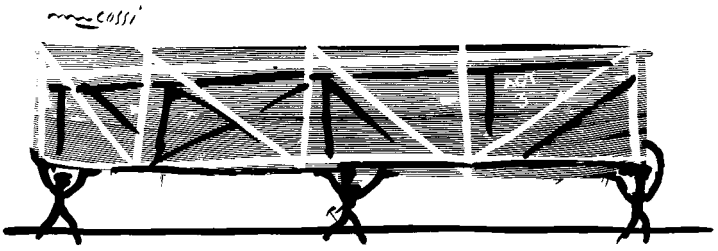
A pesar de que existe cierta resistencia, hay más espíritu de cooperación en las relaciones entre la clase obrera y la administración, un reconocimiento de que al final ambas partes comparten muchas metas. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, la Asociación Nacional de Planificación emprendió un estudio de "las causas de la paz industrial". Un prestigiado grupo de hombres de negocios y dirigentes laborales convinieron en que un sindicato firme y seguro puede ser una ventaja para la administración ya que fomenta la producción ininterrumpida y eficiente. Durante los años intermedios, dicho precepto ganó aceptación y fue ampliado.

Por ejemplo, en los últimos años se han organizado muchos comités conjuntos de líneas industriales, en que patronos y miembros de sindicatos han colaborado en proyectos que abarcan desde política energética hasta rehabilitación de la comunidad. En el sector del acero básico, un acuerdo entre el sindicato y la administración encaminado a impedir las huelgas incapacitantes, sometiendo a arbitraje los problemas no resueltos en el momento de la negociación, ha dado resultados notables. En el nivel local, un grupo conjunto de obreros, administradores y miembros de la comunidad, reunido en Jamestown, Nueva York, ha logrado incrementar la productividad y atraer a la región nuevas industrias que habían sido arruinadas por huelgas y estaban amenazadas económicamente debido a las graves pérdidas de trabajo. El experimento de Jamestown atrajo la atención nacional e instó al Congreso a realizar esfuerzos para promover este enfoque en todo el país.

No obstante, en el área de enriquecimiento del empleo o de participación del trabajador, la empresa norteamericana ha mostrado mayor interés que la fuerza laboral organizada. En este aspecto, los Estados Unidos están bastante atrasados en comparación con los países escandinavos, en parte porque los trabajadores estadounidenses tienden a considerar escépticamente

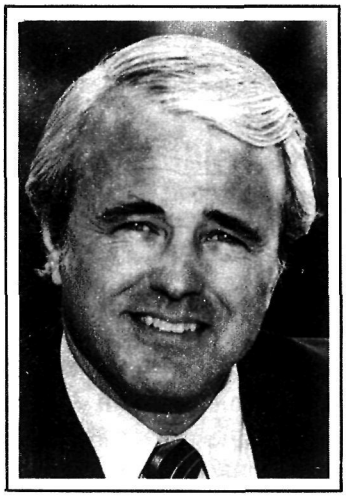
las intenciones de los administradores de la compañía. En una encuesta llevada a cabo en 1977, encaminada a calcular la "calidad del empleo" (dirigida por un grupo de investigación en la Universidad de Michigan), los trabajadores dieron poca importancia en su lista de prioridades a "conocer más acerca de cómo realizar sus labores" y a "conocer más acerca del funcionamiento del negocio" para una sindicalización efectiva. Las principales prioridades fueron salarios, prestaciones suplementarias, estabilidad en el empleo, seguridad y salud, y democracia en el sindicato. Sin embargo, algunos sindicatos se han unido a la administración en comités para lograr que los empleos sean más diversos e interesantes. El STIA ha prestado especial atención a este aspecto del trabajo, como un medio de compensar el monótono sistema de la línea de ensamblaje, tan importante en la producción de automóviles. En la mayoría de las industrias de manufacturas, los trabajadores parecen creer que su interés por mejorar las condiciones de trabajo puede recibir mejor atención a través de las negociaciones sindicales ordinarias que en comités conjuntos obrero-patronales.

La negociación colectiva tradicional todavía da resultados, y bastante buenos; aproximadamente 98 de cada 100 acuerdos son negociados sin perder tiempo de trabajo con huelgas o paros. Se alienta la negociación colectiva por ser un asunto de política pública nacional incluido en la ley. Más aún, hoy más de 60.000.000 de estadounidenses son miembros sindicales activos o jubilados, o bien cónyuges o hijos de éstos. Cuando se combina un grupo de votantes de esa magnitud con el reconocimiento público de que los sindicatos son esenciales para una sociedad democrática y decente, parece asegurada la continua influencia de un movimiento laboral vigoroso.



HACIA UNA SOCIEDAD CON PLANIFICACION

Por Otis L. Graham hijo



El concepto de la planificación económica y social puede estar más difundido entre los empresarios norteamericanos que entre el público en general, el cual suele asociar esta noción con un gobierno coercitivo. No obstante, el profesor Graham observa que hay una creciente aceptación de la planificación nacional entre los líderes políticos, tanto del partido Demócrata como del Republicano. Aquí, sigue la pista de los cambios en la práctica y la filosofía de la planificación desde el Nuevo Trato de Roosevelt hasta la actual Administración Carter y analiza la relación de la planificación nacional con la libertad política.

Otis L. Graham hijo es profesor de historia en la Universidad de California en Santa Bárbara y de 1976 a 1978 también fue director de programas del Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas. Ha escrito y compilado varios libros sobre la historia de los EUA en el siglo XX, entre otros *Toward A Planned Society* (Hacia una Sociedad Planificada), publicado por la Oxford University Press, en el cual desarrolla los conceptos vertidos en el siguiente artículo.

Fuera de las fronteras de los Estados Unidos es común la idea errónea de que dicho país siente antipatía por la planificación nacional y que, por lo mismo, no tiene antecedentes al respecto. Esta interpretación de la historia estadounidense quizá encaje bastante bien en el período comprendido desde 1776 hasta la Primera Guerra Mundial. Cierto es que esta nación surgió de una revolución contra la autoridad central despótica, con asiento en Inglaterra, y que la Constitución de los Estados Unidos se redactó con una profunda desconfianza en el poder gubernamental. También es verdad que, desde el principio, la influencia dominante en la vida norteamericana se deriva del mundo mercantil donde los individuos y las empresas persiguen utilidades. Estos esfuerzos de carácter privado, no las concepciones y órdenes gubernamentales, transformaron una sociedad agraria en un gigante industrial.

La economía estadounidense nunca fue, sin embargo, un sistema de laissez-faire. Desde los inicios, los federalistas, bajo el mandato de George Washington y el Secretario de Hacienda Alexander Hamilton, impulsaron

el comercio y la fabricación, pusieron en vigor un arancel para proteger las industrias "jóvenes" y no objetaron que los gobiernos estatales regularan muchos aspectos de la vida económica. Pero, a pesar de estas influencias públicas sobre el desarrollo nacional, los Estados Unidos de los siglos XVIII y XIX formaban una sociedad donde a la empresa privada se le daba un amplio alcance y las funciones dirigentes del gobierno nacional tenían una grave limitación. De hecho, la ausencia de gobierno se transformó en una filosofía agresiva a finales del siglo XIX, conforme los pensadores del "darwinismo social", al tratar de aplicar las ciencias biológicas a la sociedad, elevaron el concepto de un gobierno que no interfiere a la categoría de principio rector del progreso. Los que fuesen adaptables y prósperos sobrevivirían, mientras que los débiles quedarían a la orilla del camino.

Primeros Enfoques a la Planificación

Esta profunda desconfianza en el poder gubernamental comenzó a dar cabida a conceptos más activos aun antes del siglo XX. El uso positivo del gobierno para lograr fines sociales que, evidentemente, no podría conseguir el mundo mercantil fue la idea central del movimiento populista en las regiones del Sur y el Oeste Medio, y después, del gran movimiento "progresivo" que abarcó las ciudades y estados y se generalizó a toda la nación entre el decenio de 1890 y la Primera Guerra Mundial. Ese movimiento produjo gobiernos más activos en todos los niveles. Hacia 1916, el gobierno de Washington tenía una gama más amplia de facultades reguladoras: sobre las tarifas ferroviarias, alimentos y fármacos, seguridad en las minas, la banca, el trabajo de los menores, las prácticas comerciales monopolizadoras, etc. Detrás de la regulación a las empresas se verían con claridad los remordimientos de un estado de previsión social.

Luego vino la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. La repentina necesidad de la movilización en 1917 se satisfizo con la vasta expansión de la autoridad gubernamental, en cuyo clímax la Junta de Industrias Bélicas en realidad se convirtió en un consejo de planificación económica. Esto habría de durar 18 meses, desmantelándose después por completo los controles del tiempo de guerra. En parte como reacción contra la austeridad del tiempo de guerra y en parte como respuesta a la prosperidad de posguerra, los años 20 trajeron consigo el abandono del gobierno del rango de controles que asumió en las dos décadas anteriores. Sin embargo, la movilización para la guerra había tenido gran éxito en una época de crisis y esa generación recordaría los logros de la planificación nacional cuando se presentara otra emergencia de magnitud semejante.

Dicha emergencia surgió en 1929 en la forma de una Gran Depresión, y como resultado, la historia de la planificación nacional en los Estados Unidos entró en una corriente profundizadora, desde los años 30, que continúa hasta la fecha. El concepto de la planificación apareció en los comienzos de la depresión, impuesto por una coalición no muy firme de hombres de

negocios, escritores liberales y figuras públicas que rememoraban con entusiasmo los éxitos de la planificación en época de guerra. Sus fuentes se hallaban tanto en la derecha como en la izquierda, pero no incluían al movimiento laboral, el cual se mostraba receloso de las intenciones del Estado. Aun los defensores de la planificación no sabían con exactitud cómo utilizarla como remedio para la depresión, y las discusiones contenían más esperanzas vagas que detalles administrativos. A la experiencia soviética se le consideraba un modelo interesante aunque inaplicable. En los EUA, la planificación sería capitalista o socialdemócrata, según a quién se consultase. Pero, de cualquier forma, muchos la veían como el vehículo para crear la acción concertada para la recuperación, que no podrían alcanzar los esfuerzos individuales.

El "Nuevo Trato" de Roosevelt

Para su fortuna, el nuevo Presidente en 1933, Franklin D. Roosevelt, era planificador por instinto y convicción. Roosevelt y su "grupo de expertos", compuesto de académicos y otros consejeros, formularon los supuestos básicos de la planificación en los siguientes términos: la sociedad industrial moderna requería la intervención pública para alcanzar un desarrollo estable; dicha intervención debía influir en todos los acontecimientos sociales importantes; la intervención y la administración debían encaminarse a metas definidas con claridad, coordinarse desde el centro, tener componentes estatales y municipales y ser previsoras en vez de sólo reactivas. Al imaginarse a la vanguardia de un vasto movimiento popular, no concebían la planificación como la autocracia de los expertos, sino como la ruta democrática hacia una mayor libertad. En un informe de 1934, el consejo de planificación de Roosevelt apuntó:

> La planificación. . . no implica la preparación de un amplio programa detallado de la actividad humana, que deba imponerse como armazón de acero en la carne blanda de la comunidad. . . La planificación no es un fin, sino un medio; el medio para hacer mejor uso de lo que tenemos, para la emancipación de millones de personalidades ahora sujetas a trabas, para el enriquecimiento de la vida humana en formas dóciles a los intereses o incluso los caprichos individuales. En realidad, podemos planificar para gozar de una libertad más plena.

Los forjadores del Nuevo Trato nunca encontraron formas satisfactorias que incorporaran sus anhelos de planificación (de hecho, no todos eran planificadores). El Congreso se oponía a cada adelanto en esa dirección y los conservadores del país rechazaron la planificación cuando ésta apareció. Hacia fines de la década de 1930, Roosevelt se vio forzado a renunciar a la planificación global y aceptar el sistema de intervenciones múltiples y no coordinadas que perdura hasta nuestros días. Los experimentos de planificación del Nuevo Trato produjeron un gran esclarecimiento. Una sociedad

con planificación se caracterizaría por dos elementos principales que Roosevelt no encontró cuando llegó a la Casa Blanca en 1933: primero, el contacto de políticas efectivas con todas las fuentes importantes del cambio social, como la industria, la banca, la agricultura y el sector laboral; segundo, un conjunto de aptitudes para la planificación en el centro del gobierno, entretejidas en un proceso capaz de dirigir ese cambio.

La nueva Administración Roosevelt determinó que las facultades gubernamentales no eran las adecuadas y las amplió. Quedó reforzada la autoridad federal en áreas tradicionales, dando lugar a una reglamentación más estricta de la banca, las bolsas de valores y los transportes, así como una expansión de las actividades en la administración de recursos naturales o el crédito agrícola. Además, el Nuevo Trato participaba en las decisiones de precios y salarios (aunque no por control o regulación directos), área hoy llamada política de ingresos. Había una nueva dependencia que prestaba dinero a los bancos e industrias amenazados, y los programas de seguros hipotecarios canalizaban las inversiones a la vivienda. Junto con las facultades fiscales y monetarias adquiridas por el gobierno federal desde 1913 o antes, estas medidas dieron a la administración todas las herramientas para administrar una economía moderna.

Pronto resultó obvio que la planificación incluía más que simples cuestiones económicas. Antes que finalizaran los años 30, el Nuevo Trato amplió la política social para que influyera en la distribución de la población, el uso de la tierra, las ciencias, la tecnología y hasta las artes. La planificación económica condujo inexorablemente hacia la planificación social.

El segundo requisito para la planificación consistía en una serie de aptitudes institucionalizadas en el centro del gobierno. Cuando Franklin D. Roosevelt llegó a Washington en 1933, la presidencia apenas rebasaba su personal particular: secretarias, cocineros, un médico, dos ayudantes. El no podía llamar a economistas, abogados, científicos o redactores de discursos. Intentó remediar esta debilidad estableciendo un consejo de planificación nacional (originalmente el Consejo para la Planificación de los Recursos Nacionales, que funcionó de 1933 a 1943 con diversos nombres), y asignándole sus deberes en pronósticos, evaluación de la tecnología y coordinación de políticas. El consejo publicó estudios de tendencias futuras e información social, y estableció órganos de planificación estatal. En gran medida sus esfuerzos quedaron en el anonimato, igual que sus inútiles intentos de coordinar las políticas en áreas como obras públicas, ayuda urbana o vivienda.

El "Estado Corredor"

De este modo, en lugar de un amplio enfoque a la planificación, la Administración Roosevelt tuvo que aceptar expansiones fortuitas y faltas de coordinación en las facultades reguladoras y fiscales conocidas. Si bien los cinco años de la legislación del Nuevo Trato (1933-1938) parecían revolucionarios en su época, la innovación se registró en el ritmo, escala y estilo, no

en la estructura. En la economía política ulterior al Nuevo Trato, el rasgo principal de la toma de decisiones nacional era de conciliación entre los grupos de interés que buscaban subsidios o protección de las fuerzas del mercado. El Estado liberal era amplio, pero débil en la dirección central. Parecía guiarse por los cálculos inmediatos de lo que satisfaría a los grupos de interés; por tanto, se le llama "Estado corredor" para enfatizar su estilo de mediación y reacción. Los grupos organizados pudieron captar la atención del Estado, no así los que no lo estaban, a saber, agricultores pobres, consumidores y trabajadores no representandos por fuertes sindicatos.

Empero, en la medida que el sistema pareció funcionar y el desarrollo económico continuó año tras año, el público norteamericano respaldó en el momento de las elecciones al sistema liberal del corredor. Después de todo, ¿cuáles eran las alternativas? En los años de posguerra, muchos estadounidenses pensaban que planificación era sinónimo de economía comunista. Por otra parte, sólo una pequeña minoría, aun entre los republicanos, deseaba en realidad volver al sistema de laissez-faire que se derrumbó en 1929. El crecimiento económico de posguerra suavizaba todas las coyunturas defectuosas del liberalismo del corredor, ocultando sus imperfecciones. Sus amigos elogiaban la flexibilidad e imparcialidad de la dispersa toma de decisiones en el sistema del corredor, y llamaban a éste la invención única del pragmatismo norteamericano en un mundo que se debatía entre ideologías de izquierda y derecha.

Resurgimiento de la Idea de Planificación

Ya transcurrieron 40 años y la situación sufrió un cambio fundamental. Ahora se considera que el Estado corredor tiene un sesgo inflacionario porque funciona con recompensas para todos los grupos organizados sin disciplinar a ninguno. Carece de normas directrices, de un fuerte sentido del interés nacional y del hábito de prever a largo plazo. En un período de escasez de recursos e intensa competencia económica internacional, el sistema norteamericano tiene para muchos una alarmante indisciplina y es incapaz de seleccionar y perseguir objetivos nacionales a largo plazo. En este escenario, se ha vuelto a presentar el concepto de planificación, aunque en forma tan gradual que a menudo no se le identifica como lo que es.

Elemento central de la planificación del Nuevo Trato era la idea de que, para manejar el cambio social, el gobierno debía tener contacto político con todas las fuentes principales del desarrollo social. Se dieron muchos pasos en esta dirección en la década pasada. Reducida sin contemplaciones, la lista incluiría: la ley de política ambiental de 1969 y las subsecuentes relativas al agua, el aire, los desechos sólidos y el uso de la tierra que dan profunda proyección a la influencia nacional en el uso de la tierra y el desarrollo; la creación de una política de distribución demográfica, incluyendo programas de desarrollo rural y urbano; y el replanteamiento de la política oceánica. En la actualidad, el gobierno nacional parece intervenir en las principales

áreas de actividad social. Para emprender la planificación, no necesitaría nuevos poderes sobre la vida privada o el desarrollo nacional. Cuenta con las facultades requeridas, que se le otorgaron gradualmente durante años. El paso hacia la planificación no requeriría más autoridad en el gobierno, sino una nueva organización operativa dentro del mismo.

En este sentido, los acontecimientos también se han sucedido con rapidez en 10 años y con motivación bipartidista. En 1971, el Presidente Nixon estableció el Consejo Interno para emprender estudios a largo plazo a fin de coordinar políticas de diferentes secretarías y agencias. Hay que reconocer que el Consejo Interno no llegó a ser la agencia de planificación central que al parecer deseaba Nixon, pero casi se tornó el equivalente nacional del consejo de planificación para asuntos extranjeros (el Consejo de Seguridad Nacional). El Congreso Demócrata de los años setentas estableció una Oficina del Presupuesto para centralizar *sus* decisiones fiscales y agregó una Oficina de Evaluación Tecnológica para prever mejor el impacto de los cambios tecnológicos.

Un Consenso en Aumento

Estos acontecimientos federales son algunos de los que analizo en mi libro *Toward A Planned Society,* título que cambiaría por *Toward A Planning Society* (Hacia una sociedad con planificación), para evitar el sentido rígido del término "planificada" y enfatizar la actitud crucial, pragmática y experimental, hacia la planificación democrática. Por debajo de ese nivel, la planificación floreció y tuvo una expansión geométrica a nivel estatal y local, alentada por las subvenciones federales para planificación. Fuera del gobierno, el tema flotaba en el aire a principios y mediados de la década de 1970. Empresarios como Henry Ford II, Thornton Bradshaw de Atlantic Richfield, Michael Blumenthal de Bendix y muchos otros apoyaron la planificación nacional en una u otra forma. En 1975, un grupo de intelectuales y líderes comerciales y laborales formó un Comité de Iniciativas para la Planificación Económica Nacional. Cuando el gobierno incluyó ciudadanos distinguidos en el Comité Asesor en Procesos de Políticas para el Desarrollo Nacional en 1976, y en la Conferencia de la Casa Blanca sobre Crecimiento Económico Equilibrado en 1978, escuchó peticiones razonadas de un proceso de planificación.

Los líderes políticos reflexionaron y respondieron a esta corriente de pensamiento. En 1974, los líderes de la mayoría y la minoría en el Senado, alarmados por la gravedad de la imprevista escasez de petróleo y trigo, pidieron "una auditoría adelantada, un mecanismo para analizar el problema total". En 1975, el Senador Hubert Humphrey, quien era entonces un candidato viable a la presidencia en 1976, presentó los proyectos de ley Humphrey-Javits para la Planificación Económica y el Desarrollo Equilibrado, y Humphrey-Hawkins para el Pleno Empleo. Desde 1935 la legislatura nacional no ha estudiado legislación alguna con la etiqueta de plani-

ficación. Era comprensible que, en 1976, el afamado economista Robert Heilbroner escribiera: "El capitalismo va a la deriva en la planificación. ¿Alguien negaría el hecho? El problema consiste en interpretarlo".

Las fuentes de este resurgimiento de la planificación parecen bastante claras aun a corta distancia. En los años 70 surgió una compleja crisis económica y sus inmediatas manifestaciones fueron la combinación de alto desempleo e inflación, escasez de energía y materiales, tasas de productividad decrecientes, desequilibrio en el comercio, debilidad del dólar en el extranjero. El liderazgo del país, público y privado, temió que el sistema mismo hubiera fracasado y el concepto de planificación pareció a algunos el único sistema optativo dentro del marco capitalista. En 1976 pareció culminar el movimiento de planificación descrito. Ese año, la mayoría de los candidatos demócratas a la presidencia, incluso el ganador, Jimmy Carter, respaldaron la planificación. Por ejemplo, Carter expresó: "Creo en una planificación a largo plazo en que gobierno, empresas, trabajadores y otras entidades de nuestra sociedad puedan trabajar juntos si concuerdan con las metas fijadas".

La Corriente Antigubernamental

Empero, la ola de la opinión pública ya recelaba del activismo gubernamental, lo cual produjo las revueltas contra los impuestos y la disposición antiburocrática a fines de los años 70. Al detectar este cambio, el Presidente Carter convino en el proyecto de ley Humphrey-Hawkins para la planificación del pleno empleo, en 1977, una vez que sus características de planificación se tornaron opcionales y no obligatorias. La legislación nacional para el uso de la tierra quedó postergada por tiempo indefinido y los defensores de la política de desarrollo nacional fracasaron en su empeño de crear una oficina federal de crecimiento y desarrollo. Los intelectuales se unieron al público en la denuncia de políticos, burócratas y todo tipo de activismo gubernamental. Los neoconservadores como Edward Banfield, Daniel P. Moynihan, Irving Kristol, Robert Nisbet y otros que alguna vez fueran liberales izquierdistas señalan lo poco que el gobierno puede hacer para mejorar la sociedad, y que siempre yerra el tiro. Este es un período de matiz privado; se exaltan las virtudes de las pequeñas comunidades, la autonomía individual y el mercado libre.

Pero persiste la idea de la planificación. La apoyan líderes empresariales (un estudio de 1976 muestra que el 10 por ciento de los ejecutivos entrevistados preferían la planificación y cerca de la mitad simpatizaban cautelosamente con la idea), ambientalistas, líderes laborales, editorialistas y hasta académicos que eran sus más declarados oponentes. Entre los últimos cabe mencionar a Charles Lindblom, quien en *Politics and Markets* (Políticas y mercados) de 1977, dio marcha atrás a su larga oposición a la planificación, y Walt Rostow, que apoyó una forma de planificación en *Getting From Here to There* (Para llegar allá) de 1978. La planificación es una opción muy

viable para los Estados Unidos en los años 80, principalmente porque la idea fue digerida y aceptada sin que casi nadie lo notara.

En parte esto fue resultado de los esfuerzos de Franklin D. Roosevelt, Hubert Humphrey y otros liberales que respaldaron la idea de la planificación en distintas épocas y analizaron cómo podría institucionalizarse. Por lo menos la misma importancia tuvo la aparición, en el período del Presidente Richard Nixon, de una forma conservadora de planificación norteamericana. Impresionado con las frecuentes alusiones de Nixon a la planificación y el impulso de sus innovaciones administrativas, el respetado escritor de temas políticos David Broder observó en 1971:

> Se puede demostrar que ha habido más planificación seria a largo plazo en los altos niveles del gobierno. . . en la Administración Nixon que en cualquiera de sus predecesoras demócratas.

Planificación "Indicativa" y "Por Mandato"

Los estudiantes de política comprendieron, hace mucho, que la planificación podría provenir de la derecha o la izquierda, aun cuando la historia parecía demostrar—al menos de los años 30 a los 50—que en cualquier caso se trata de una técnica de radicales extremos. Como los comunistas y algunos socialistas planificaban, y los fascistas también, hace mucho que la idea de la planificación alarma a los norteamericanos moderados. Pero lo que los franceses denominan planificación "indicativa" surgió en los medios capitalistas de Francia, Gran Bretaña, Escandinavia, el Japón y otras partes durante los años 50 y 60. Esta es una planificación más benigna que la del bloque socialista, "por mandato"; establece objetivos de asesoría y obliga sólo a las agencias gubernamentales y burócratas que prometen acatarla. Parece merecer crédito por la notable expansión de las economías francesa y japonesa en especial. John Kennedy expresó admiración por la planificación francesa y pidió al presidente liberal de su Consejo de Asesores Económicos un informe al respecto. Diez años más tarde, el presidente conservador del consejo de Nixon alabó las virtudes de la planificación indicativa japonesa y recomendó emularla.

Ambos partidos de la política centrista norteamericana tenían su modelo de planificación. A juzgar por el pasado, la planificación liberal se inclinaría más por la regulación y los programas federales que por las soluciones de mercado, aceptaría la nacionalización de las industrias vitales con más facilidad, mostraría más preocupación por los empleos que por las utilidades, se inclinaría un poco más hacia los consumidores que hacia los productores. Conforme a los dos primeros años de Nixon y a sus ideas de la comunidad comercial, donde se asienta la planificación conservadora, la de una administración republicana tendería a invertir estas prioridades: preferiría soluciones de mercado, cuando sea posible, aunque no en forma dogmática; tendría mayor preocupación por las utilidades e inversiones que por mante-

ner los empleos; se inclinaría más hacia los productores que hacia los consumidores. Pero en la práctica, estas diferencias tal vez no serían muy grandes. Los senadores Humphrey y Javits, de partidos opuestos, se unieron en 1975 para patrocinar un proyecto de ley para la Planificación Económica y el Desarrollo Equilibrado. Parece que los Estados Unidos están preparados en muchas formas para emprender la planificación indicativa con cualquiera de los partidos importantes. De hecho, un republicano de orientación empresarial encontraría más fácil introducir la planificación que un demócrata, quien se sentiría vulnerable a ser tildado de socialista.

Un Debate Continuo

El debate respecto a la planificación en los Estados Unidos lleva 50 años y se han planteado ya las posiciones básicas. Los opositores sostienen que la planificación restringe la libertad; que el gobierno ha demostrado de sobra que no sabe administrar a la sociedad o traducir sus promesas en realidad social; que deberíamos descentralizar el poder, no centralizarlo; que la planificación sustraería el poder a las personas ordinarias y lo daría a los expertos técnicos y a los más dotados para la manipulación política.

Los defensores de la planificación responden que la de tipo indicativo no es coercitiva y que se pierde más libertad cuando la caprichosa economía de "mercado con manipulación de precios" se tambalea de una crisis a otra; que el gobierno participa inevitablemente en todos los aspectos de la vida, de modo que la cuestión no es si debe intervenir, sino sólo si debe hacerlo con coherencia y perspectivas a largo plazo; que la planificación puede y debe combinarse con la descentralización de muchas decisiones que ahora se toman a nivel nacional; que la planificación puede hacerse participativa, incluso más que la actual elaboración de políticas.

En cuanto a la inclusión de sectores más amplios de la población, los proyectos de ley de planificación y el pensamiento del finado Senador Hubert H. Humphrey son notablemente creativos. El insistió en un ciclo de consultas en la elaboración de planes que llegó a los niveles inferiores del gobierno y abarcó potencialmente a todos los ciudadanos. Instó a que se formara una red intergubernamental con reformas radicales en los Estados Unidos, y a que se consolidaran gobiernos regionales vitales mediante la fusión de muchas unidades redundantes e ineficaces.

La Presión de los Acontecimientos

Si bien es importante continuar y agudizar este debate, las discusiones no implantarán la planificación ni asegurarán su rechazo. Los acontecimientos tienen la clave y muestran una dirección que conlleva la probabilidad de la planificación. En los Estados Unidos, la planificación siempre surge en una crisis nacional o cuando determinadas metas revisten una urgencia avasalladora. Por lo tanto, los Estados Unidos tuvieron una vigorosa planificación

durante las dos guerras mundiales y planificaron un esfuerzo venturoso para llevar al hombre a la Luna. En la década de 1970, dos poderosas coaliciones políticas casi impusieron la planificación en el sistema al perseguir las metas obligatorias: pleno empleo y el rescate de las ciudades y regiones declinantes. La coalición que apoyaba el proyecto de ley Humphrey-Hawkins para el pleno empleo casi lo logró, pero al ser promulgado en ley, en 1978, fue despojado de sus características de planificación obligatoria. El impulso de crear un programa urbano a largo plazo casi unió a las diversas fuerzas políticas en respaldo a un plan de desarrollo nacional que habría equivalido a la planificación del desarrollo económico. Al final, este movimiento tuvo que conformarse con una modesta política urbana que quizá sólo introduzca cambios leves en las pautas demográficas.

Estos ejemplos son instructivos. La planificación adelanta con las crisis. Ahora los EUA reconocen la llegada de una crisis energética a largo plazo. Las primeras etapas de la planificación energética pusieron de manifiesto la necesidad de una agencia de planificación central para estimular la inversión necesaria y ubicar convenientemente las instalaciones. Tal vez esto conduzca a reconocer la necesidad de un amplio proceso de planificación, enlazando la energía con otras áreas de políticas.

De aceptarse, la planificación estadounidense se enfrentaría a los conocidos y duros interrogantes: ¿cómo dar con la combinación correcta de respeto a los hechos en relación con los valores? ¿Cómo combinar mejor a los expertos con la participación de un público relativamente carente de información? ¿Cómo crear una estructura en la cual los planificadores ejerzan influencia, pero a suficiente distancia de la administración en funciones para permitir la objetividad y la eventual comunicación de malas noticias?

Se Busca una Filosofía Integradora

Las disposiciones institucionales en sí no garantizan una buena planificación. Lo que se requerirá para animar cualquier mecanismo de planificación es una filosofía integradora bien arraigada, que admita la verdad contenida en la observación de John Muir acerca de que a cualquier porción de la naturaleza va ligado el resto del universo. Desde este punto de vista, nuestro tradicional individualismo requiere una urgente modificación, un viraje de nuestros valores culturales que dará mayor importancia a los intereses comunes y nacionales. Debe surgir una dedicación más estable a la acción colectiva encaminada a la superación del todo, en lugar de nuestra confianza de que el progreso social general se produce en forma automática cuando los más emprendedores logran progresar. Debemos imaginarnos como habitantes de sistemas, con la responsabilidad de manejarlos.

Sería extraordinario que nuestra evolución en esta dirección no fuera lenta, accidentada, malinterpretada y llena de riesgos. El período de transición es siempre prolongado y arduo. El sistema de 1929, con las reparaciones del Nuevo Trato, se convirtió en el Estado corredor que duró 50 años.

Hoy nos encontramos en la crisis de ese sistema, en una cuestión tanto de valores como de instituciones imperfectas. Muchos comentaristas sociales han propuesto una tarea desafiante para el tercer siglo de los EUA: trabajar hacia un Estado estable, como lo llamó Herman Daly, una sociedad que mantenga su desarrollo físico en equilibrio con su capacidad de sostenimiento sin perder su dinamismo y apertura al cambio. Más que un crecimiento interminable per se, esta es ahora la tarea norteamericana. Se dificulta percibir cómo puede hacerse esto sin una economía política de planificación y un sesgo más colectivo en los valores estadounidenses.

El Problema de la Libertad Política

Por supuesto, debe reconocerse que la planificación, por cuanto pone mayor poder en manos del gobierno, ofrece la tentación de restringir las libertades personales y políticas junto con las libertades económicas. Pero si quienes se preocupan por la democracia política revisan los anales de la historia, verán que cuando las sociedades democráticas sucumben al totalitarismo, se debe al desorden social y a la incapacidad de gobiernos débiles y del sistema económico para garantizar la seguridad económica y nacional.

Quienes crearon la actual economía política de los EUA, ya sea que se le llame sociedad reguladora o Estado benefactor, suponen que aquellos que detentan el poder público son los responsables fundamentales ante el pueblo. Su poder radica no sólo en una Constitución escrita (con sus mecanismos de control entre el poder ejecutivo, legislativo y judicial), sino también en un sistema social y una serie de características nacionales cuya evolución abarca dos siglos. Estas incluirían una ciudadanía muy independiente y una red de grupos de interés distintos, personas preocupadas por proteger sus propios intereses y prontas a participar plena y vigorosamente en las decisiones de tipo político. En una democracia, los ciudadanos deben tener constantes debates en torno a las alternativas para la planificación y no sólo harán responsable al gobierno, sino que ellos mismos ayudarán a fijar las metas de planificación. Cualquier plan debe pasar la prueba de la discusión pública, de modo que los ciudadanos puedan comprender las opciones ofrecidas y manifestar sus opiniones *antes* que se tomen las decisiones legislativas o del poder ejecutivo.

LA MUERTE DE UNA HIJA

Por Victor y Rosemary Zorza

Cuando *The Washington Post* publicó en 1978 el siguiente artículo sobre una mujer de 25 años que murió "felizmente"—según sus propias palabras—en un *hospicio,* pocos lectores sabían lo que significaba esa palabra. Pero el artículo fue reproducido por muchos periódicos de los Estados Unidos, los autores recibieron más de 10.000 cartas, y cientos de grupos comunitarios trabajan actualmente para establecer estos hospicios en sus propias comunidades. La respuesta que tuvo el artículo hizo que los autores, padres de Jane Zorza, formaran un Comité de Acción pro Hospicios, que se fusionó con la Organización Nacional de Hospicios. Entre los partidarios del movimiento se hallan destacados personajes de la política, el sector obrero, la industria privada y las artes. El Senador Edward Kennedy escribió: "Este artículo ha llevado tanta esperanza a tanta gente—entre ellos, yo—que creo debe ser leído por cualquiera que haya perdido o tema perder a un ser querido a causa del cáncer o cualquier padecimiento similar. También. . . dará apoyo moral y una fuerza especial a aquellos—y seguramente somos todos—para quienes es difícil aceptar la idea de la muerte; la propia o la de alguien muy cercano".

El hospicio es un programa médico especializado que hace hincapié en el alivio del dolor y de otros síntomas relacionados con las enfermedades incurables, y que presta atención tanto a la familia como al paciente. El equipo del hospicio comprende médicos, enfermeras, siquiatras, trabajadores sociales, clérigos y voluntarios capacitados, que satisfacen las necesidades de la familia antes y después del deceso.

Victor Zorza tiene una columna sobre asuntos internacionales en *The Washington Post.* Rosemary Zorza es ceramista y escritora. Ambos desempeñan las funciones de vicepresidente del consejo consultor de la Organización Nacional de Hospicios, y actualmente terminan un libro (que será publicado por Knopf en 1980) en que se examinan con mayor profundidad los temas planteados en este artículo.

Algunas veces, las cosas que más tememos resultan ser totalmente diferentes de lo que habíamos previsto. La forma especialmente dolorosa en que se desarrolló el cáncer de nuestra hija Jane parecía presagiar un período de sufrimiento y tormento tan grandes que nos descorazonábamos ante esa perspectiva. En realidad, el período de mayor sufrimiento fue cuando los médicos se negaban a decirle qué posibilidades de vida tenía. Cuando se le dijo, después de varios meses de incertidumbre, que le quedaba poco tiempo de vida, lloró un poco y después sonrió en medio de sus lágrimas. No hubo grandes sollozos angustiados sino un suspiro triste y resignado, casi de alivio, y algunas lágrimas.

"Ahora que lo sé", dijo, "quiero disfrutar cada día que me queda. Quiero ser feliz, y quiero que ustedes me ayuden a serlo". Lentamente se arrastró por el jardín con ayuda de un bastón (había salido del hospital entre trata-

© 1978 por Victor Zorza. Este artículo no puede ser reproducido sin permiso de los autores.

La finada Jane Zorza

mientos para pasar el fin de semana con nosotros). Sería la última vez que caminara bajo los árboles, la última vez que observara las tranquilas aguas del estanque y oyera el murmullo del arroyo que desemboca en él. Sonrió al escuchar el sonido. "Quisiera que me cortaras el pelo", dijo a una amiga que estaba de visita. "Me creció demasiado durante mi estancia en el hospital". Y dirigiéndose a nosotros, dijo: "Cada nuevo día es un obsequio".

Le prometimos que moriría en casa, pero primero había que informar al hospital. Antes, cuando los médicos se habían negado a decirle que estaba muriendo, nos ofrecimos a hacerlo nosotros pero ellos no estuvieron de acuerdo. "No es posible decirle a una joven de 25 años que va a morir, y hacer de sus últimos días un infierno", dijeron. "No sabemos si le quedan semanas, meses o años. Ha habido casos de curación espontánea. . ." Los médicos nos lavaron el cerebro tan completamente —"Sabemos cómo manejar esto; hemos tenido tantos casos similares"— que cuando el hermano de Jane nos bombardeó con llamadas telefónicas desde los Estados Unidos, insistiendo en que él sabía que ella querría estar informada, sólo pudimos replicar débilmente que los médicos sabían lo que hacían. "Se trata de su propia vida", seguía diciendo Richard. "Déjenla decidir lo que ha de hacer con lo que queda de ella".

Los médicos querían someterla a un nuevo tratamiento de radiación, darle más quimioterapia y adaptarle un armazón rígido para mitigar el dolor del cuello; todo ello significaba que tendría que permanecer en el hospital. Ellos habían estudiado para salvar vidas, y todas sus acciones y emociones—porque, a su manera, se mostraban tan emotivos con respecto a Jane como los amigos y parientes—se orientaban a prolongarle la vida, aun cuando sabían que las probabilidades de lograrlo eran infinitesimales. "No debemos darnos por vencidos", insistía el joven médico. "Es demasiado joven para morir". El, que se había enfrentado a la muerte tantas veces, aún no la aceptaba.

Poco después Jane fue trasladada al rincón más remoto de la sala, por donde las enfermeras pasaban sólo de vez en cuando. Acudían únicamente para administrarle los analgésicos, después de haber atendido a todos los demás pacientes, aunque Jane necesitara el medicamento con urgencia desde mucho antes. Tenían órdenes estrictas de llevarle las píldoras cada

dos o tres horas; de este modo, para no correr riesgos, lo hacían a intervalos de tres horas. Ellas, que habían llegado a querer a Jane, a bromear y pasar ratos con ella, no se atrevían ahora a acercársele y acompañarla un momento. Estaban demasiado ocupadas con los demás pacientes, por quienes aún podían hacer algo.

Un Hogar en el Campo

Al final, el médico general de nuestra localidad, el que había conocido a Jane desde que era niña, le dijo la verdad. Cuando el personal del hospital se enteró, apresuró los diversos tratamientos para poder darla de alta.

La trajimos del hospital de Londres a la tranquila campiña inglesa, a Dairy Cottage en Buckinghamshire, donde podía observar, desde su cama junto a la ventana, a las ardillas que comían en el jardín. Una o dos veces salió a la terraza, pero no más allá, para observar el paisaje, el empinado terreno que desciende hasta el estanque en el fondo del jardín, y la colina que se yergue desde allí hasta encontrarse con el cielo, de manera que estaba rodeada de su propio universo pequeño sin más casas a la vista.

Pero había mucha vida en torno suyo, y esto le gustaba. Algunas veces las vacas que pacían en la ladera de la colina corrían hacia abajo en furiosa estampida, y ella alzaba la vista con interés. La sensación de eternidad que ofrecía el jardín le daba consuelo, ya que la vieja avenida de altos tejos le recordaba, según decía, toda la belleza que existía antes de ella y que quedaría después que se hubiera ido.

Confíabamos en poder atenderla en casa. Nuestro médico familiar—habíamos pasado a ser sus pacientes, de acuerdo con las disposiciones del Servicio Nacional de Salud, cuando llegamos a vivir allí a principios de los años 60—nos aseguró que acudiría a cualquier hora del día o de la noche si Jane lo necesitara. Las "enfermeras de distrito"—que también formaban parte del servicio de salud—se habían organizado para visitarnos varias veces al día. La "visitante de sanidad del distrito" venía todos los días para ver si podía ayudar con cualesquiera problemas que no fueran estrictamente médicos, nos hablaba autorizadamente del cuidado de los moribundos, de otras familias que se hallaban en el mismo caso, de cómo podíamos adaptarnos a la situación; y después entró a conocer a Jane. Salió llorando. Hasta que la vio, no sabía que ya la conocía, cuando Jane trabajaba como maestra en una escuela de la localidad y la visitante de sanidad había ido a verla para ayudarle a resolver un problema de salud de uno de los niños. "Siempre es más difícil cuando se trata de alguien a quien se conoce", dijo, a manera de disculpa, la visitante de sanidad.

Jane se sentía más cómoda que en el hospital. El dolor había cedido un poco. Antes había dicho que quería morir en casa, pero al mismo tiempo se sentía inquieta por ello. "Seré una gran molestia", dijo. Se sintió más tranquila cuando vio toda la ayuda que estábamos recibiendo del Servicio Nacional de Salud.

Sus amigos acudieron desde Londres, se sentaron junto a su cama, hablaron de los viejos tiempos, sostuvieron su mano, cocinaron sus platillos vegetarianos favoritos. Su hermano vino de los Estados Unidos. Colocamos una mesa con comida para los pájaros del otro lado de la ventana que estaba junto a su cama. Todo el día iban y venían pájaros y ardillas. Asaltamos la despensa y sacamos pasas, trigo, nueces y todas las sobras. Cada día acudían más pájaros, y Jane solía decir con alegría: "Un verdezuelo. . . un gorrión. . ." Se divertía, olvidando todos los meses claustrofóbicos pasados en los hospitales, diciéndonos qué amigos escogía para que llegaran a quedarse y despedirse (cuando el cáncer empezó a avanzar, cada día con mayor rapidez). El dolor físico aumentó a tal grado que no podía tolerar que la tocáramos y mucho menos que la cargáramos o la laváramos. Necesitaba un cuidado experto de día y de noche, pero lo que más falta le hacía era un alivio a su dolor. Nuestro médico le dio todo lo que conocía, pero el alivio nunca duraba mucho. Una vez más nos sentíamos desesperados, retorciéndonos con un dolor interno cada vez que ella se encogía, cada vez que ahogaba una queja.

Camino del Hospicio

Jane sabía de los hospicios para moribundos, varios de los cuales se habían abierto recientemente bajo los auspicios del Servicio Nacional de Salud, y había manifestado un leve interés en ellos una o dos veces cuando le preocupaba "ser una molestia". Pero, después de haberle prometido que moriría en casa, ¿cómo podíamos decirle ahora que quizás estaría mejor en un hospicio?

Ella misma resolvió el problema. ¿Realmente podrían controlar el dolor? Esto era todo lo que le importaba, ya que el dolor empeoraba no sólo de día en día, sino hora tras hora. Tenía que ser movida, pero no nos atrevíamos a hacerlo por temor a causarle más dolor. Llegaron las enfermeras e hicieron lo necesario, pero el menor movimiento aún la hacía contorsionarse de dolor (sin embargo, sólo gritó una vez). Cuando los ambulantes la sacaron con cuidado de la casa, envuelta en un cobertor rojo, y subieron por el empinado camino—el más joven de los hombres hacía torpes esfuerzos por desempeñar bien un trabajo que obviamente era nuevo para él—los pájaros cantaban pero ella no dio señales de escucharlos.

¿Qué piensa un padre cuando su hija de 25 años es llevada a un hogar para moribundos? Este padre pensó, estremeciéndose, que ella jamás volvería a ver su casa, que estaría mucho mejor en el hospital. ¿Qué piensa una madre? Esta madre pensó que había llegado el momento más terrible de todos, y se sintió abrumada por un sentimiento de fracaso; el sentimiento de no haber podido conservar a una hija a la que había dado la vida y a quien había cuidado durante tantos años.

El viaje en ambulancia fue una pesadilla. Con cada sacudida, con cada mueca de dolor, era como si un cuchillo se clavara en Jane, cada vez más

profundamente. El hombre joven iba al volante y conducía con mucha lentitud, con mucho cuidado. El mayor iba de pie en la parte trasera, con nosotros, observando el rostro de Jane, diciendo a cada momento al conductor que fuera más despacio, tratando de distraerla con su conversación, mientras los ojos de la enferma reflejaban el dolor y la desesperación que se comunicaban de ella a él en cada sacudida. Al final, le pidió al conductor que acelerara la marcha (la inyección que el médico le había dado a Jane al principio estaba dejando de hacer efecto, y el ambulante decidió que era necesario llegar pronto al hospicio). Pero el dolor era ya tan intenso que la decisión, obviamente, se había tomado demasiado tarde. Era bueno que alguien más tomara la decisión.

La Mitigación del Dolor

Cuando Jane fue llevada a la habitación individual que se le había preparado en el hospicio, el dolor, que ya era insoportable cuando salió de casa, había aumentado al doble. ¿Cómo puede empeorar un dolor que ya es intolerable? Como nos dijeron más tarde los médicos del hospicio, la ansiedad y la expectativa de dolor pueden elevar inmensamente el nivel de éste. Ahora, pese a todos los analgésicos que Jane había tomado antes y después de llegar al hospicio, el dolor estaba empeorando. El primer aumento de dolor había generado el temor y la expectativa de más dolor. En vez del alivio que habíamos prometido a Jane, el hospicio estaba resultando un desastre. ¿No habría sido mejor dejarla morir en casa, entre las cosas que amaba y las caras que conocía?

Lo que sucedió después no fue un milagro, sino la lenta y cuidadosa aplicación de conocimientos médicos y cuidado amoroso por parte de las enfermeras a otro paciente canceroso más (y a la familia de éste). Los médicos preguntaron a Jane qué quería. Ella deseaba que uno de nosotros, su padre o su madre, estuviera con ella siempre, hasta su muerte. Eso era fácil. Las enfermeras colocaron otra cama en la habitación de Jane; y desde entonces uno de nosotros estaba con ella noche y día, salvo en una o dos ocasiones, cuando hablábamos con el médico. Entonces una enfermera acudía a tomarle la mano y hablar con ella (una vez, cuando las enfermeras se hallaban demasiado ocupadas, el conserje del hospicio fue el que desempeñó esta función).

Nos preguntaron si queríamos turnarnos para ir a casa a descansar, o si preferíamos quedarnos en el hospicio. No queríamos ir a casa. Donde estuviera Jane, allí era nuestra casa. Así que nos dieron una habitación con dos camas. Antes, cuando se había informado a mi hija que quizás no le quedaba mucho tiempo de vida, yo (Victor) le dije que dejaría de escribir mi columna todo el tiempo que durara su enfermedad para poder dedicarme por completo a ella. La respuesta de Jane fue un grito de horror fingido. "¡Socorro!", exclamó, y me hizo prometer que, pasara lo que pasara, seguiría con la columna. Con una sonrisa me dijo que no quería que me dedicara "com-

pletamente'' a ella, o habría problemas. Ahora, en el hospicio, me dieron la otra habitación vacía que reservaban para los visitantes, y yo la usé como estudio. Como nos explicaron después, era importante que el paciente estuviera cómodo, pero no era menos importante que supiera que sus seres queridos no pasaban incomodidades o molestias por su causa. Ayudar a la familia era tan vital como ayudar al paciente. Nos explicaron que Jane se adaptaría mucho mejor al hospicio si sabía que estábamos contentos.

Una Discusión Dialéctica

¿Contentos? ¡Vaya palabra rara dadas las circunstancias! Y sin embargo, esa fue la palabra que Jane misma usó muchas veces, después que su dolor fue mitigado. La usaba para describir su propio estado emocional (y me instaba a compartirlo con ella). Yo fingía hacerlo; naturalmente, hacía cualquier cosa para complacerla. Si ella estaba contenta, yo también lo estaba (por lo menos, eso decía yo automáticamente, pues la palabra nada significaba para mí). Jane me miró pensativa y esbozó una pequeña sonrisa. ''Papá, sólo lo dices. Eso no sirve. Sólo conozco una manera de que lo aceptes: por medio de una discusión dialéctica''.

Y nos enfrascamos en una discusión dialéctica—para complacerla—de aquí para allá, de atrás para adelante, sesión tras sesión. Nunca antes habíamos hablado de mi actitud frente a la muerte. Ahora Jane me decía algo que yo nunca había razonado a fondo conmigo mismo. Me decía que yo tenía miedo de morir, y que mientras temiera por mí mismo, temería por ella. Me dijo que ella podría conservar su estado de felicidad con respecto a su propia muerte sólo si lograba que yo lo compartiera. Añadió que se sentiría feliz si pudiera hacernos felices también a nosotros.

Jane se mostró abiertamente calculadora al respecto. Trataba de persuadir a los amigos que venían a verla, como lo había hecho antes conmigo. Si sólo pudiera dejarnos eso, decía, si sólo pudiera hacerme aceptar el pensamiento que yo siempre había alejado, si pudiera mostrarnos que era posible morir en paz y con dignidad cuando llegara la hora; eso, decía mi hija, sería una gran herencia. Sería el mayor regalo que pudiera hacernos. Y en el mismo acto de aceptar el regalo, se lo corresponderíamos y facilitaríamos su propia muerte. Y así fue.

La Idea del Hospicio: Dolor y Verdad

De todos los amigos de Jane, sólo una, su amiga desde que tenía cinco años, no pudo reconciliarse con la idea de que Jane moriría. (''No la dejen conducir sola hasta su casa'', pidió Jane después que su amiga fue a decirle su último adiós. ''Está demasiado alterada''.) Mi hija dio al resto de nosotros algo que siempre tendremos, algo que podremos trasmitir a otros; en realidad, nos pidió que lo hiciéramos. Nos arrancó la promesa de que escribiríamos sobre ello. Quizá esto haría que los hospicios se conocieran más am-

pliamente en Inglaterra y en otros lugares, dijo Jane. El Servicio Nacional de Salud tiene sólo unos seis hospicios. El que albergó a Jane tiene sólo 25 camas (13 están desocupadas debido a la escasez de fondos). En los Estados Unidos, 300.000 personas mueren de cáncer cada año, así que casi no hay familia que no resulte afectada. Hay tantas personas que podrían ser ayudadas si conocieran la existencia de los hospicios, decía Jane.

Una chica de aproximadamente la misma edad de Jane, que se quedó en el hospital de Londres después que esta última salió, murió atormentada e infeliz, en medio de grandes dolores y angustias, sin que se le hubiera dicho que estaba muriendo, pero sospechándolo y temiéndolo. No era necesario que pasara por todo esto, si se le hubiera trasladado a un hospicio. A esta chica se le administraron todos los analgésicos convencionales, pero eso no le ayudó. En el hospital, Jane tenía que suplicar que se los dieran, pero sólo se los administraban según la prescripción médica, a intervalos regulares. En el hospicio, los médicos habían estudiado cuidadosamente las fuentes y los canales del dolor que le atravesaba el cuerpo—identificaron ocho de éstos—y trataron cada uno en forma separada. No esperaban las dos horas habituales hasta que el efecto del analgésico hubiera pasado, sino que le administraban los medicamentos antes que el dolor pudiera empezar a desgarrarla otra vez. Los fármacos no la tenían en un estado de aletargamiento o estupor.

Durante los primeros dos días, los medicamentos—algunos de los cuales serían prohibidos en los Estados Unidos porque crean hábito—le provocaban alucinaciones de vez en cuando, pero éstas desaparecieron más tarde. En una ocasión me informó, con una sonrisa maliciosa, que mi cara era "muy graciosa": tenía la oreja donde debería estar la nariz, un ojo lo tenía en la barbilla, y había un agujero profundo en mi frente a través del cual, según ella, podía ver el cielo. Cuando me vio afligido, me consoló. "Parece un buen Picasso", dijo Jane. La siguiente vez que esto sucedió, me dijo que podía ver sólo la mitad de mi cara, excesivamente alargada. "Muy interesante", me dijo con una risita, ¿Qué pasa? , le pregunté. ¿Otro Picasso? No, me respondió pensativamente, más bien un Modigliani.

Mozart y el Médico

Los medicamentos pronto controlaron el dolor. Tal vez éste nunca cedió por completo, pero después de lo que Jane había pasado, el alivio fue tan grande que le permitió olvidar la molestia física. Pudo concentrarse en la música. Una mañana le puse una cinta grabada con música de Mozart, en el momento en que empezaba a despertar. Lentamente abrió los ojos, escuchó con obvio deleite durante algunos minutos, y me miró. ¿Qué pensará, cavilaba yo, cuando escucha a Mozart? ¿Pensará que tiene que dejar toda esta belleza tras sí cuando se vaya, cuando se disuelva en la nada? Muy diferentes eran sus pensamientos. "Qué bello estás haciendo para mí el proceso de morir", dijo lentamente.

La cinta aún estaba puesta cuando el médico entró. "¡Oh!", dijo con aire de conocedor, "Mozart". Cuando salió de la habitación, Jane se volvió hacia mí. "Quiero que él se quede con mis cintas de Mozart". El médico era un hombre profundamente religioso, y temíamos un poco que el ateísmo de Jane causara problemas. Había un sacerdote en el hospicio para quienes lo necesitaran. Cuando llegamos se nos preguntó cuál era la religión de Jane, y cuando respondimos "ninguna", el tema no se volvió a tocar.

Solía tener largas conversaciones con el médico y las enfermeras. Todos tenían tiempo para ella, así como para cualquier paciente que quisiera hablar. Esto era parte del tratamiento. "No puedo seguir llamándolo Dr. Fulano", le dijo Jane después de algunos días. "Entonces llámeme Robert", le dijo sin dar importancia al asunto.

"¿Qué sentiré cuando muera?", preguntó en otra ocasión, y antes que pudiéramos formular una respuesta adecuada, la enfermera que acababa de entrar en la habitación de Jane dijo: "Probablemente te dormirás y no sentirás nada". La enfermera sabía—nosotros no—que lo que Jane realmente preguntaba era si habría una gran ráfaga de dolor, una convulsión violenta, un desgarramiento de su cuerpo y de sus órganos. Cerró los ojos brevemente para absorber la información que la enfermera le había dado, y después los abrió de nuevo con una expresión de credulidad en lo que se le había dicho. Esto le dio la mayor paz que había experimentado desde el inicio de su enfermedad, y fue otro elemento importante del hospicio. En el hospital, Jane nunca podía estar segura de que se le decía la verdad. En el hospicio, sabía que jamás le dirían una mentira. Cuando uno está muriendo, esto puede ser más importante que cualquier tratamiento médico.

Un Pedazo de Terciopelo, una Rosa

Cuando nos preguntamos qué era lo que en aquel tiempo hacía a Jane decir una y otra vez que se sentía feliz de estar muriendo, no podemos pensar en una sola respuesta. La única contestación satisfactoria estaría formada por los cientos de pequeños incidentes de la vida en el hospicio durante sus últimos días. Como la ocasión en que dijo: "Me gustaría tocar un pedazo de terciopelo antes de morir", y pronto lo tuvo entre sus manos. Lo tocó, y una enfermera lo puso después sobre su hombro desnudo, donde permaneció para siempre. O la vez que una amiga le trajo un ramo de rosas, lo colocó al lado de su cama, extrajo una flor y se la tendió a Jane. "¿Quieres una?", preguntó la amiga. "Siempre quise usar una rosa en el pelo", dijo Jane, "pero nunca me atreví". La enfermera le puso la flor roja en los cabellos, y allí se quedó para siempre. Cada vez que se cambiaba de posición a Jane para ponerla más cómoda—lo que ocurría cada hora o dos—el trozo de terciopelo y la rosa se manejaban con la mayor suavidad y delicadeza, como si no hubiera en el mundo algo más precioso.

La atmósfera del hospicio, relajada e informal, más parecida a la de un hogar que a la de una institución, contribuye en forma importante a la

tranquilidad mental del paciente y de su familia. Antes de aquel terrible viaje en ambulancia, Richard se había adelantado al hospicio para preparar la habitación de Jane, para hacerla lo más acogedora posible, para disponer en torno a ella sus objetos personales, para colocar sobre su cama el chal de lana que ella había tejido a gancho y que tanto le gustaba; y, lo que era muy importante, para poner comida sobre la mesa de los pájaros al otro lado de la ventana.

No existe la sensación de prisa en el hospicio; no se escucha el ir y venir de pies apresurados sobre suelos duros; no se tiene la impresión de que a alguien mucho más importante, más gravemente enfermo, le toca su turno, como podría ocurrir en un hospital. El médico no entra presidiendo una corte de ayudantes, enfermeras y conserjes que se mueven con rapidez; todo lo contrario, entra solo, se mueve y habla pausadamente, no hace ruido ni provoca tensión. El médico hablaba con Jane a solas largo rato, casi siempre ya muy entrada la noche, algunas veces antes de irse a casa después de cenar en la ciudad. El segundo médico también era un hombre tranquilo. Un día llegó cuando ella estaba casi dormida. Caminó de puntillas hasta la cama, se inclinó sobre ella y hablaron en voz baja.

Tal vez la mejor explicación del papel que desempeña el hospicio fue dada por Robert, el médico. Su enfoque, dijo, consiste en proporcionar tanto alivio sintomático como apoyo emocional, y en ser sinceros con el paciente. Y el alivio de los síntomas no se limita sólo a la mitigación del dolor, por importante que esto sea, sino que también comprende la moderación de la náusea para impedir el vómito, o el dolor de garganta, o la comezón, o cien cosas más, como ayudar a Jane a lavarse la boca cuando apenas podía abrir los labios (pero aún podía expresar su deleite por la sensación de frescura que esto le daba).

También era una ventaja el que las ventanas del hospicio dieran al campo. En una ocasión, durante un crepúsculo, la puerta abierta dejaba ver un cielo de matices rosados. El Sol se había puesto hacía un rato, y pronto saldrían las estrellas. Pero aún había bastante luz para ver. Escuchamos a los ruiseñores cantar en los árboles. Yo (Rosemary) traté de describirle a mi hija el atardecer. "Un conejo está saliendo de debajo del seto, Jane", le dije. "Está comiendo el pasto del otro lado del camino".

"¡Un conejo!", exclamó Jane, emocionada. "Debo verlo. Ayúdame a incorporarme".

"Te dolerá, Jane", dije con recelo.

"Oh, mami, mi último conejo", suplicó. Y supe que debía ayudarla a hacer lo que quisiera, aunque le doliera; aunque ya para entonces no podía ver con claridad. Coloqué sus brazos sobre mis hombros y alcé su cuerpo. Sus manos colgaban fláccidamente de mi espalda. No pudo ver al conejo, pero su recuerdo de otros conejos se avivó con este visitante.

Durante su larga enfermedad, Jane debe de haber imaginado más de una vez lo horrible que sería la desintegración final de todo; y sin embargo, ahora que estaba sucediendo, no era horrible en absoluto. La diferencia entre lo

que una vez había esperado y la realidad presente debe de haberle ayudado mucho, y de esto, sólo al hospicio correspondía el mérito. Esos fueron los días más felices de su vida, según Jane, porque nada hay más importante en la vida que nacer y morir. Al nacer, dijo, nada sabía, y todo lo que hay a mi alrededor es bueno, no malo. Esa es una feliz manera de morir.

Había estado en el hospicio ocho días. Cuando se sumió en la inconsciencia y su respiración se volvió cada vez más superficial, las enfermeras seguían cambiándola de posición para asegurarse de que estuviera cómoda. A medida que la rosa en sus cabellos se marchitaba y palidecía, lo mismo ocurría con el cuerpo de Jane. Después, cuando estábamos sentados a su lado, cada uno con una mano de Jane entre las nuestras, respiró por última vez, en silencio, sin dificultad, en medio de un sueño profundo, tal como le había prometido la enfermera. La acompañamos un rato, besamos sus labios, y tocamos el pedazo de terciopelo rojo y la rosa, también roja. Al salir del hospicio sabíamos que un día contaríamos a otros la forma en que Jane había muerto, con el deseo de que esto los ayudara también. Lloramos un poco, pero pudimos sonreír al mismo tiempo.

Jane murió un 25 de junio, a las cinco. Había estado enferma desde febrero. Sus cenizas fueron esparcidas por el jardín, como había sido su deseo. No quiso funeral; en cambio, nos pidió que hiciéramos una fiesta en el jardín para compensar la falta de celebración de su vigésimo quinto cumpleaños, cuando estaba en el hospital. Fue un día hermoso. Asistieron todos sus amigos, así como el médico y las enfermeras del hospicio, y toda la gente que había ayudado durante su enfermedad. Hicimos más amigos esos meses que en muchos otros años.

Ahora que estamos de regreso en Washington, notamos un cambio importante. Pensamos mucho más que antes en lo que realmente importa en la vida: los sentimientos, los valores humanos más duraderos, las personas como individuos. Jane habló sobre estas cosas en sus últimas semanas, y nos hizo verlas más reales de lo que habían sido hasta entonces. También disfrutó al regalar sus posesiones más preciadas a sus amigos. Pensó mucho en ello. Le gustaba verlos alejarse con algo que ella les había dado, después de haberse despedido.

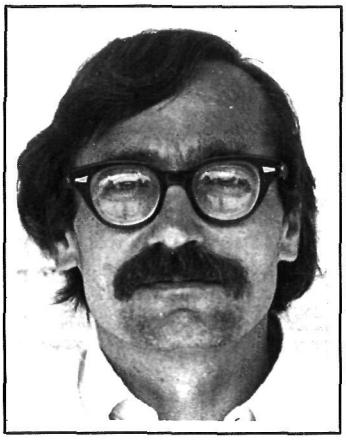
"No necesito un 'objeto' para recordar a Jane", dijo una de sus amigas. "Ella me enseñó a hacer pan. Siempre que lo hago, pienso en ella". Antes que muriera Jane, hablamos de que la gente sigue viviendo en sus actos, en sus reacciones, en el recuerdo de aquellos en quienes influyó. Así esperaba seguir viviendo Jane. Y así vivirá.

EL RETORNO A LA FORMA EN LA POESIA ESTADOUNIDENSE

Por Peter Meinke

Un poeta y profesor de literatura encuentra pruebas cada vez mayores de un cambio del "verso libre" a formas más tradicionales entre los poetas estadounidenses. Conforme explica este cambio, el profesor Meinke ofrece un estudio de amplio alcance pero sumamente personal de la poesía estadounidense del siglo XX.

Peter Meinke es profesor de literatura y director del taller literario de la Universidad Eckerd en St. Petersburg, Florida. Ha publicado ensayos, poemas y cuentos en varias revistas. Entre sus libros se cuentan un estudio sobre el poeta Howard Nemerov y varios volúmenes de poesía, entre ellos *The Night Train and the Golden Bird* (El tren nocturno y el pájaro dorado).



En las décadas de 1950 y 1960 las pautas tradicionales del verso —rima, metro, estructura formal—fueron desechadas por muchos miembros de la generación más joven de poetas por considerarlas gastadas, acabadas y exangües. Los poetas *beatniks* como Allen Ginsberg y Gregory Corso, por ejemplo, no creían en la "elaboración" de poemas: reescribir era perder espontaneidad, colocar una máscara entre el lector y el escritor. Y todavía antes en este siglo, el movimiento modernista representado por Ezra Pound y William Carlos Williams optó por el verso libre, versos irregulares y sin rima que emulaban la palabra hablada informal.

Percibo a finales de los setentas un viraje en la tendencia hacia la libertad, la soltura y la espontaneidad; cada vez más poetas estadounidenses regresan a las formas tradicionales. Es habitual ver hoy en las revistas establecidas que publican poesía seria—así como en las "revistas pequeñas" de más vanguardia—sonetos y sextinas, villanelas, baladas, verso suelto y coplas rimadas. Ya no se desconfía del poema "bien hecho"; más bien, éste parece estar ganando respeto y muchos adeptos en todos los segmentos del enorme mundo literario de los EUA (de la escuela de Nueva York al grupo de Los Angeles, y de los surrealistas a los poetas confesionales).

En mi opinión, este cambio de dirección es el acontecimiento más sorprendente en la poesía estadounidense de los últimos cinco años. Quizás no sea casual que el nuevo director de la prestigiosa revista *Poetry* sea John Frederick Nims, estudioso de los clásicos y poeta que gusta de los epigramas

y otras formas rígidas y acabadas. Agreguemos a esto el hecho de que el nuevo consultor sobre poesía en la Biblioteca del Congreso (el equivalente en los Estados Unidos a la distinción de poeta laureado) es William Meredith, que ha dicho de su propia poesía: "La mayor parte del tiempo acepto la disciplina de la rima y el metro". Y Meredith escribe cerca de seis poemas al año, lo que es muy diferente de ese flujo espontáneo que recomendaban los *beatniks*.

La Voz más Perdurable

Quizás el mejor ejemplo de esta tendencia sea Howard Nemerov, cuyo tiempo ha llegado por fin. En la reunión de los principales poetas estadounidenses a principios de año (todos ellos ex consultores sobre poesía en la Biblioteca del Congreso) en Washington, D.C., su poema "Sueños del erudito en casa del pintor", leído por él mismo, recibió la ovación más prolongada. Ha estado escribiendo poemas maravillosos durante muchos años, pero, en general, se le ha considerado anticuado, académico y demasiado intelectual. Aun así, en 1978 su libro *Collected Poems* (Poemas selectos) obtuvo el premio Pulitzer y el Premio Nacional del Libro, con toda justicia: es una colección notable, y Nemerov se yergue ahora, en mi opinión, como la voz más perdurable de su generación, más variada y sutil que la de Lowell, más al día con respecto a los sucesos contemporáneos que la de Ginsberg, y más *inteligente* que la de cualquier otro escritor actual. Ha abordado temas como la ciencia, la religión, la política, el sicoanálisis, la televisión y la medicina—todas las tendencias, logros y desilusiones de la sociedad de hoy—y los ha incorporado a la corriente principal de la poesía anglo-estadounidense. He aquí un poema suyo, "Los compañeros":

Howard Nemerov

Solía haber dioses en todo, y ahora se han ido.
Recuerdo que uno pequeño, en una piedra gris verdosa,
Me miraba pasar con sus fijos ojos de sapo,
Y en la rama de un olmo que se alzaba al otro lado del camino
Había otro; me saludaba con un chirrido en los días sin viento.
Ahora que se ha ido creo que hubiera querido encomio

Por tratar de hablar mi lenguaje y llegar tan lejos al menos
En el intento de imitar a una bestia parlante.

Quizás quería ayuda, quizás todos clamaban
Como podían, o miraban fijamente, impotentes para comunicarse
Con un "entiéndeme", "contéstame", o "enséñame a ser
Lo que soy, y en pago de tu enseñanza
Te diré lo que yo era en ti, y que seres mucho mayores que
Yo te buscan en la fuente, el sol y las estrellas".
Esto es sólo interpretación, la profunda insensatez del hombre
De creer que las cosas pueden hablarle más de lo que pueden.

Y sin embargo esas voces surgían del suelo
Y se metían en mi cabeza, hasta que un sonido inteligible
Les impartía sentido. Avanzamos juntos
Un trecho en el camino, y luego me alejé.
Supongo que lo hice, pues me he vuelto tan abstracto
Que todas las solitarias noches de verano son sólo un dato,
Que cuando el grillo canta ya no escucho,
Ni leo las constelaciones de luciérnagas cuando resplandecen.

Este poema corresponde evidentemente a la tradición principal de la literatura inglesa—una especie de respuesta a la "Oda a la inmortalidad", de Wordsworth, por ejemplo—y sin embargo es muy estadounidense también: su tono coloquial ("Solía haber dioses en todo, y ahora se han ido"), su duda existencial ("Esto es sólo interpretación, la profunda insensatez del hombre. . ."), su afirmación básica aunque ambigua, de una manera vagamente religiosa ("Y sin embargo esas voces surgían del suelo"). Nemerov sabe que existe un misterio en el corazón de todas las cosas, pero él no lo enfoca con romanticismo.

Influencia de Robert Frost

Las voces tras la de Nemerov son las grandes: Wordsworth, Yeats, Wallace Stevens, T.S. Eliot, pero particularmente una voz que ha sido impopular entre los oligarcas predominantes de la poesía de los EUA durante muchos años, Robert Frost. Nemerov es uno de los pocos poetas que permanecieron con Frost, aprendieron de él y forjaron su propia voz a partir de lo que aprendieron.

Un interés renovado en Robert Frost es ejemplo de lo que estoy diciendo. Ha surgido un torrente de libros sobre él, incluso la voluminosa biografía de Lawrence Thompson, el profundo estudio crítico de Richard Poirier y el afectuoso *Remembering Poets* (Recordando a los poetas), de Donald Hall. Frost, por supuesto, ha sido siempre popular entre los estadounidenses, probablemente por las razones equivocadas, pero no entre los críticos y otros poetas, especialmente los más jóvenes. Es decir, Frost ha sido alabado, pero hasta ahora no ha tenido influencia.

Hace 10 años, cuando hablaba de Frost en mis talleres de poesía, éste no

gustaba a los escritores jóvenes por razones específicas: era conservador política y poéticamente, era demasiado reservado y discreto (no hay mucho sexo y confidencia en Frost, excepto en forma muy soslayada), y era demasiado formal. Su formación clásica, su amor por la poesía latina pastoril y la inglesa del siglo XIX, y su desenfadado uso de la rima, se transparentaban de manera que lo hacían parecer, a los ojos de los jóvenes por lo menos, irremisiblemente anticuado. Del fondo de su subconsciente no surgieron imágenes surrealistas ni "profundas". Fue Frost quien definió el verso libre como un juego de tenis sin red. Y en ese tiempo todo el mundo quería escribir verso libre. La poesía formal se consideraba como una camisa de fuerza, limitante y artificial. Los escritores jóvenes pasaron por alto lo que escribió uno de sus héroes, Dylan Thomas:

> El tiempo me ha mantenido reverdecido y agonizante
> Aunque he cantado en mis cadenas como el mar.

Consideraban el verso formal como una cadena, de acuerdo, pero no pensaron que se podía cantar con ella. Sin embargo hoy, una vez más, los poetas estadounidenses se están percatando de que la forma puede ser un atributo enriquecedor y, de hecho, liberador en su poesía. La verdad es, creo, que ellos veían con admiración no las cualidades formales de la poesía de Thomas, sino la irregularidad y los excesos desenfrenados de su vida. Pero ese es otro tema.

Virtudes de la Forma

La forma libera a los poetas (o *puede* liberarlos) porque dirige sus mentes hacia nuevas configuraciones, nuevos grupos de palabras dictados por la forma misma. Un poeta que escribe en verso libre depende totalmente de sus propios recursos, y la mayoría de los poetas no tienen suficientes ideas, ritmos e imágenes nuevos cuando dependen enteramente de sí mismos. Los poetas, después de todo, no se distinguen generalmente por sus *ideas:* eso toca a los filósofos. (De hecho, las ideas de bastantes poetas importantes de nuestro siglo tienden a ser horripilantes, cuando no meramente risibles: pensemos en algunas de las absurdas creencias expresadas por Yeats, Pound, Eliot, Lawrence, Cummings, Olson.) Lo que mejor hacen los poetas es regresar, una y otra vez, a los dramas humanos primarios de amor, temor, odio, responsabilidad, aislamiento y comunidad. Quieren "renovarlos" (según Ezra Pound), hacer que sus poemas hablen tanto a su época como a las venideras, y están descubriendo que la poesía formal da una estructura a sus visiones de la que con frecuencia carece el verso libre. Richard Wilbur, uno de nuestros mejores y más formales poetas comparó alguna vez la poesía con el genio de la botella: la fuerza del genio proviene del hecho de haber estado comprimido dentro de esa botella.

Uno de los poetas más influyentes de los últimos 20 años ha sido Theodore

Roethke, y aunque antes los poemas de este autor que gustaban al público y que éste copiaba eran versos libres como "El hijo perdido" y "Meditación en el río Oyster", hoy la gente tiende a citar sus maravillosas villanelas, como "Lo correcto", o sus poemas rimados más breves como "El vals de mi papá" y "Otra vez la ronda". He aquí su villanela que ha sido titulada "El despertar":

Despierto al sueño en un lento despertar
Palpo mi suerte en lo que no puedo temer.
Mi destino descubro al avanzar.

Pensamos al sentir ¿Qué hay que captar?
De oreja a oreja danza mi ser.
Despierto al sueño en un lento despertar.

De quienes están tan cerca de mí, ¿cuál eres tú?
¡Dios bendiga el Suelo! Caminaré suavemente
Y mi destino descubriré al avanzar.

La luz capta el Arbol; ¿quién nos dirá cómo?
El humilde gusano una escalera de caracol asciende;
Despierto al sueño en un lento despertar.

La Gran Naturaleza tiene otra cosa que hacer.
A ti y a mí; así que ponte alegre,
Y, con gusto, descubre tu destino al avanzar.

Este temblor me da firmeza. Lo puedo asegurar.
Lo que declina está siempre. Y cerca.
Despierto al sueño en un lento despertar.
Mi destino descubro al avanzar.

Puede escucharse tras el poema de Roethke el acento del gran místico inglés William Blake. Las formas tradicionales logran eso: siempre hay ecos, y cuando el poema es bueno, más que distraer, los ecos refuerzan.

El Arte Poético contra el Impacto Retórico

Este renovado interés en el arte se refleja en varios premios. Una mujer joven, Marilyn Hacker, obtuvo el premio Lamont y el Premio Nacional del Libro por su primera obra, *Presentation Piece* (Presentación). Su libro está lleno de villanelas, sonetos y sextinas de tono muy contemporáneo, y ella es, sin duda, uno de los mejores neoformalistas. Otro premio importante fue concedido por el Instituto Nacional de Artes y Letras a J.V. Cunningham por toda una vida dedicada a la producción de poesía de excelente calidad. Hasta recientemente, la obra de Cunningham ha sido casi espectacularmente ignorada (a los lectores les parecía anticuada, fría, indiferente). Existía la idea generalizada de que ya no se puede ser apasionado en la poesía formal.

Cunningham no grita, como los *beatniks,* sino que insinúa, al igual que

Frost; y creo que a la larga la insinuación es más fuerte. Cuando apareció en 1956 *Howl* (Aullido), de Allen Ginsberg, todo el mundo se entusiasmó con el vigor refrescante y la seguridad de su acento. El poema empieza así:

> Vi a las mejores mentes de mi generación destruidas por la demencia,
> famélicas, histéricas, desnudas. . .

Ese acento confiado ("Vi a las mejores mentes. . .") fue bueno para nuestra poesía, la liberó. Pero en ese momento nadie se detuvo a plantear la pregunta obvia: *¿Quién dice* que se trataba de las mejores mentes de esa generación? Resulta, en general, que no lo eran: eran simplemente amigos de Ginsberg. Y actualmente, gran parte de la poesía de este autor se antoja ampulosa y más anticuada que las villanelas de Roethke. La buena poesía, tradicional o libre, puede dividirse en dos grupos básicos: algunos poemas, como *Howl,* impresionan desde la primera lectura, debido a sus cualidades de sorpresa, novedad, impacto u originalidad. Otros, como "El arroyo que se desliza al oeste", de Frost, o "El escritor", de Wilbur, se expresan tranquila y reflexivamente, pero se vuelven más fuertes y apremiantes al releerse. Ambos tipos de poemas son necesarios para una poesía nacional saludable, pero es más importante el segundo grupo.

Muchos de los poemas de J.V. Cunningham pertenecen a ese segundo grupo: *son* apasionadamente sentidos, aunque no suelan usar signos de admiración (igual que en Frost) y son duraderos porque tratan sobre cuestiones eternas de manera tan adecuada como memorable. He aquí su poema, un soneto que en cierta forma aborda este tema, titulado "El amante envejecido diserta en estilo llano".

> Hay, quizás, a quienes la pasión presta gracia,
> Quienes se funden y se apartan cual bailarines en el escenario,
> Pero eso no es para mí, no a mi edad,

Theodore Roethke

Allen Ginsberg

No con mis hombros huesudos y mi cara rechoncha.
Empero, en mi torpeza, encontré un lugar
Y uso para la pasión: olvido con ella
Mi ineptitud y la tuya y no siento ya
La falta de garbo del abrazo absurdo.

Un pacto que los hombres hacen y sellan en la carne.
Es ocuparse tanto de sus propios deseos
Que sus amantes puedan ocuparse igualmente de los suyos,
Y no en unión. Aunque ambos se traban
Como engranes en movimiento, los dos conspiran
Para estar al mismo tiempo juntos y solos.

Me parece que un poema como éste, de tono modesto y tranquilo, expresa más sobre el amor sexual que todos los gritos de los poetas "hip", que pregonan a voz en cuello: "¡Mírenme! ¡Miren lo que hago! ¡Qué divertido!" Obviamente es bueno contar con poetas apasionados, poetas con corazón. Pero un poeta con corazón *y* cerebro: he aquí un regalo maravilloso. El hecho de que se opte por escribir en verso formal no significa que se tenga uno u otro, por supuesto, pero en manos de nuestros mejores poetas el verso formal hace patentes las tradiciones poéticas, la historia, las posibilidades del lenguaje. Y hay cierta modestia en la decisión de escribir formalmente; se toman en cuenta los grandes poemas escritos antes, y esto es bueno para el alma, y con frecuencia para el poema mismo.

Emily Dickinson contra Walt Whitman

Son razonablemente claros los motivos por los que hemos llegado a este punto en particular en la poesía estadounidense, aunque es difícil saber qué dirección seguiremos de aquí en adelante. La historia de nuestra poesía es muy corta después de todo, en comparación con la de otras culturas. La poesía estadounidense no empezó realmente sino hasta mediados del siglo XIX con esos dos autores tan dispares, Emily Dickinson y Walt Whitman. Los poetas anteriores como Anne Bradstreet, Edward Taylor y Jones Very—que escribieron durante la era colonial—fueron talentosos e interesantes, como también lo fueron Longfellow, Bryant, Whittier y Emerson en el siglo XIX, pero creo que nadie los compararía con sus homólogos ingleses, desde Milton hasta Tennyson. Edgar Allan Poe es interesante debido a su impacto tardío: influyó en Baudelaire y en los simbolistas franceses, que después influyeron sobre T.S. Eliot; pero nadie considera hoy a Poe como un poeta importante.

En Dickinson y Whitman tenemos dos voces vigorosas y originales, netamente estadounidenses, y aún hoy maravillosamente legibles e importantes. Dickinson mostró lo que puede hacerse con la concisión, la intensidad, el escepticismo y el ingenio; Whitman, lo que se puede lograr gracias a la efusividad, el optimismo, la visión mística y el valor. Al principio, Dickinson parecía más influyente a medida que la poesía moderna se volvía hacia

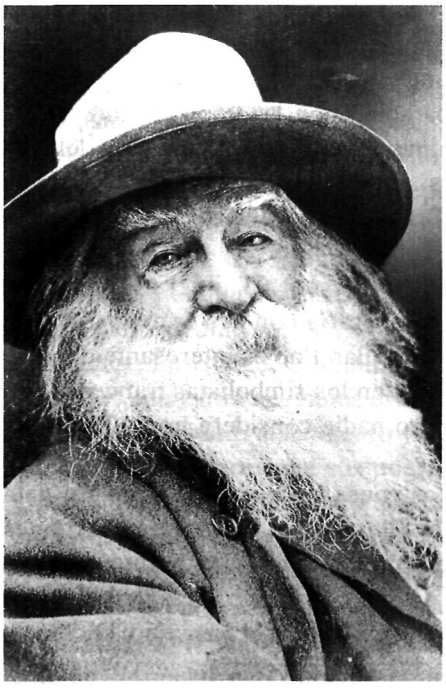
dentro en busca, según palabras de Eliot, del ''correlativo objetivo''—la imagen exacta—para una emoción interna. Conforme empezó a surgir William Carlos Williams en el período de posguerra, Whitman se convirtió en el más influyente, visible tras el lenguaje coloquial y la temática cotidiana de Williams, tras el verso libre de Roethke, los versos ''controlados por la respiración'' de Charles Olson, y la poesía declamatoria de los *beatniks* en las décadas de 1950 y 1960.

T.S. Eliot: Discípulos y Rebeldes

A la vuelta del siglo, la poesía estadounidense no había nacido aún en la conciencia del público. Whitman y Dickinson no eran entonces tan conocidos como Longfellow y los poetas de lo que Poe llamó la Escuela Didáctica de Nueva Inglaterra. Fue la poesía de T.S. Eliot y la habilidad crítica y publicitaria de Ezra Pound, las que atrajeron la atención internacional sobre la poesía estadounidense, más o menos por la época de la Primera Guerra Mundial. T.S. Eliot engañó a la gente al empezar en forma tradicional para luego cambiar abruptamente. Cuando el público leyó los dos primeros versos de ''Canción de amor de J. Alfred Prufrock'':

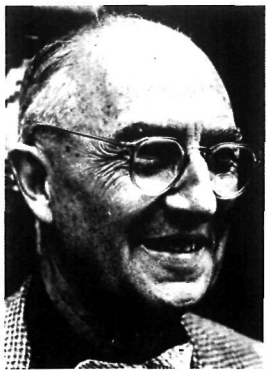
> Vámonos pues, tú y yo,
> Cuando la tarde se despliega contra el cielo. . .

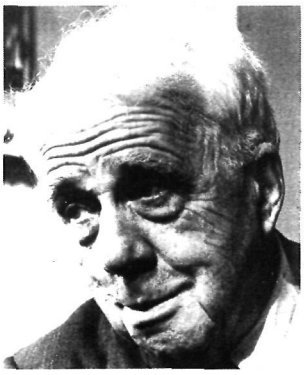
Walt Whitman



Emily Dickinson

T.S. Eliot


William Carlos Williams


Robert Frost

se sintió a gusto con esta poesía romántica tradicional. Pero el siguiente verso lo sacudió:

> Como un paciente anestesiado sobre una mesa. . .

¿Cómo podía una tarde ser como un paciente? ¿Qué estaba sucediendo aquí? El público estaba azorado. A Pound corresponde el mérito de entender lo que estaba haciendo Eliot y ayudar a que su obra fuera publicada, y no pasó mucho tiempo antes de que este último dominara la poesía estadounidense. Todos los jóvenes poetas norteamericanos de los treintas y los cuarentas se nutrieron de Eliot. La poesía se tornó alusiva, difícil, irónica, indiferente; en suma, "modernista". Después de algunas décadas (Eliot vivió hasta 1965), tomó un sesgo denominado, usualmente en forma despectiva, "académico", con Allen Tate como su reconocido y anticuado jerarca. Pero este es el tipo básico de poesía que se escribió hasta la década de 1950.

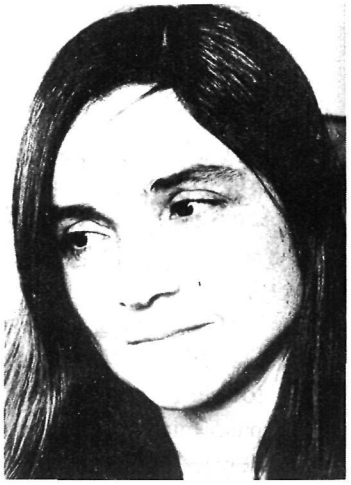
Surgieron voces contra Eliot desde el principio, especialmente la de Frost, que siguió su propio camino, y la de Willian Carlos Williams, que quería seguir los pasos de Whitman y crear un idioma específicamente estadounidense. Williams consideraba a Eliot demasiado británico, demasiado literario, demasiado aristocrático; y conforme se desvanecía el impulso original del "modernismo", la poesía estadounidense se refugió en las universidades y aulas y se convirtió en un arte para la "élite", no para el público. De manera que cuando llegó la revolución *beatnik,* ésta constituyó un cambio vigorizante: rompió con las formas, la poesía se recitaba en centros nocturnos y en las calles, se leía con acompañamiento de jazz, se convirtió nuevamente en un movimiento popular. Trajo aire puro a las aulas e influyó incluso en poetas como Robert Lowell, que se había iniciado en el estilo anterior.

La influencia *beatnik* fue también responsable de mucha poesía bastante deleznable; todos los versos libres empezaron a sonar igual. "¡Abajo con las normas!", clamó el poeta antes tradicional Karl Shapiro, y ciertamente se

vinieron abajo. Parecía difícil distinguir entre un buen poema y una descripción sorprendentemente franca de, digamos, un colapso nervioso, una toxicomanía, un divorcio o una preferencia sexual. Pero ciertamente abrió la poesía estadounidense a nuevas formas de escribir, nuevos temas y, lo que es más importante, trajo renovada energía y público a un grupo de escritores en germen.

Muriel Rukeyser

Michael Harper



Adrienne Rich

Conforme ese impulso se desvaneció a su vez, como era de esperarse, se formaron varios grupos fragmentarios: los poetas confesionales, como Lowell, William Snodgrass, Sylvia Plath, Anne Sexton y otros; los poetas de "imagen profunda" del Oeste Medio, encabezados por Robert Bly e influidos por el surrealismo español más que por el francés; los poetas proyectivistas, encabezados por Charles Olson, con su idea del control respiratorio, etcétera. Quizás los logros más importantes de los sesentas y setentas provinieron de los diversos grupos de concientización que emergieron en esa época: conciencia negra, conciencia femenina, conciencia hispanoestadounidense. Aunque la mayor parte de esta poesía nueva no fue particularmente notable, bastantes poetas buenos—como Michael Harper, Edward Field y Adrienne Rich—surgieron de estos grupos para hacer una importante aportación a las letras estadounidenses. Hoy, también, estos poetas están recibiendo el influjo del retorno a las formas tradicionales. Incluso una mujer como Muriel Rukeyser, que ha imprimido un exquisito toque whitmaniano a buena parte de su obra, ha venido escribiendo poesía formal vigorosa y conmovedora. He aquí su breve poema de cumpleaños, tomado de su libro *Breaking Open* (Abriéndose paso):

Ahora que tengo cincuenta y seis años
Ven y celebra conmigo—
¿Qué pasa con el canto y el sexo
Ahora que tengo cincuenta y seis años?
Ellos bailan, pero en forma diferente,
Muerte y distancia se mezclan;
Ahora que tengo cincuenta y seis años
Ven y celebra conmigo.

Movimiento de Retorno hacia las Fuentes

Resumamos. Pese a todas las excepciones que pueda haber en un volumen tan considerable de literatura, considero que ha habido dos olas importantes en la poesía estadounidense del siglo XX. La primera fue la del "modernismo" que empezó con T.S. Eliot en la década de 1920. La segunda, que considero como la apoteosis del romanticismo, o neorromanticismo, fue el verso básicamente libre de los *beatniks* y los poetas confesionales, encabezados por el ejemplo de William Carlos Williams en la década de 1950. Y ahora, a fines de los setentas, percibo el regreso a una forma literaria más tradicional, con Frost como figura influyente, pero que mantiene dentro de estas formas los temas nuevos, el estilo "confesional" y el acento más personal logrados en los últimos 25 años. Quizás se trata sólo de una corriente reducida (es difícil saber cuándo se encuentra uno en ella). Puede ser como lo que Frost describe en su encantador poema, "El arroyo que se desliza al oeste".

Hablando de opuestos, ve cómo el arroyo
En esa blanca ola se desliza a contracorriente.
Es de eso, en el agua, de lo que provenimos
Mucho, mucho antes que descendiéramos de cualquier criatura. . .

Nuestra vida se agota mientras avanza el reloj.
El arroyo se agota mientras avanza nuestra vida.
El Sol se agota mientras avanza el arroyo.
Y hay algo que hace avanzar al Sol.
Es este movimiento de retorno a la fuente
Contra la corriente, en que nos vemos la mayoría
El tributo que la corriente rinde a la fuente.

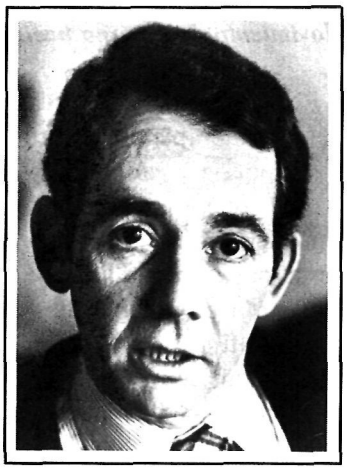
Creo que la poesía debe retornar siempre a su fuente. Siempre habrá corrientes, mareas, flujos y reflujos de diversos tamaños y formas. He tratado de describir hacia dónde fluye hoy la marea, en mi opinión. ¿Pero cuál *es* la fuente? Creo que es la sensación de misterio y maravilla que se halla en el centro de la experiencia humana, y la tarea básica del poeta, entre muchas otras, es encomiarla, darle nombre y maravillarse ante ella, no darle respuesta ni resolverla.

LA VANIDAD DE LOS AUTORES

Por Joseph Epstein

La crítica literaria ha descuidado la ornamentación libresca: prólogos, notas, reconocimientos, forros, índices y demás. Aquí un escritor y crítico de libros trata de enmendar la omisión, en tono irónico, presentando algunos vislumbres de la ilimitada vanidad de los autores.

Joseph Epstein es director de *The American Scholar,* donde apareció por primera vez este ensayo, y profesor visitante de literatura estadounidense en la Universidad Northwestern de Chicago. Es autor de *Divorce in America* (El divorcio en los EUA) y *Familiar Territory* (Territorio familiar), colección de ensayos publicada en 1979. Entre sus anteriores aportaciones a *Facetas* se incluyen artículos sobre los novelistas James Baldwin y Saul Bellow y los críticos literarios Lionel Trilling y Edmund Wilson.



Estoy a punto de publicar un libro. Nada extravagante, sólo un libro de ensayos (los mismos que han aparecido en este periódico desde 1975). En cierta forma me gustaría que fuera un libro más extravagante. Lo que quiero decir es que mi libro ostentara lo que en el ambiente editorial correspondería a los accesorios en la industria automovilística: notas, apéndices, prólogo, prefacio, introducción, prolegómeno, subtítulos, fotografía del forro, ocho o nueve páginas de agradecimientos, nota del traductor, índice temático y de nombres, epígrafes en seis o siete idiomas, glosario de términos y una nota final escrita por algún dignatario extranjero. Mi libro en su totalidad no será tan voluminoso como lo serían todos los apéndices que he mencionado, pero no se puede tener todo.

Como el hombre pobre que entra en la agencia Rolls Royce, uno se contenta con mirar el tablero, levantar el capó, dar un puntapié a los neumáticos. Siendo yo el hombre pobre de mi metáfora, me he concretado a contemplar los accesorios que los libros de otras personas lucen por dentro y por fuera, y aquéllos han llegado a ejercer su propia fascinación. Leer los reconocimientos de un autor y examinar el índice puede decir mucho acerca del libro. Su fotografía en el forro puede revelar cosas sobre el hombre mismo: si su vida ha sido difícil o regalada, si es modesto o presuntuoso,

Copyright © 1979 por United Chapter of Phi Beta Kappa

etcétera. Se podría decir que esto equivale a juzgar un libro por el forro (y los reconocimientos y el índice), algo que desde nuestra más temprana educación se nos indicó que no hiciéramos, pero habiendo tantos libros en el mundo, ¿qué otra cosa podemos hacer? (¿leer todo el libro?). Digamos que es mejor dejarlos que hagan mejores forros.

Pero además de la utilidad de averiguar si estamos dispuestos a dedicar algunos días de nuestra vida a leer un libro determinado, podemos descubrir otros tesoros entre los accesorios librescos. Si alguien quisiera estudiar las causas de la oleada actual de feminismo, no podía hacer cosa peor que leer los reconocimientos de los autores a sus esposas. La deuda para con ellas, en estas notas de gratitud, casi siempre es "incalculable". "Mi deuda para con mi esposa", declara un reconocimiento típico (escrito en 1964), "es incalculable. Durante casi dos años ella investigó, mecanografió, evaluó borradores, eligió subtítulos, corrigió pruebas y, simultáneamente, cuidó a dos hijos pequeños y una casa. Su sacrificio ha depurado cada página de este libro; los errores y limitaciones son míos". Por supuesto, podría añadir una voz femenina, igual que toda la satisfacción y toda la gloria.

Ambigüedad de los Reconocimientos

Pero los reconocimientos también tienen mucho que decirnos acerca de la forma en que se hacen los libros en la actualidad. A veces el proceso se asemeja nada menos que a una línea de ensamblado pues el autor recorre la cadena agradeciendo a multitud de grupos de investigación, bibliotecarios, estudiantes, dependencias oficiales y fundaciones privadas. Algunos autores emplean cinco o seis páginas para agradecer a quienes les han concedido entrevistas o han leído fragmentos de su manuscrito, o a quienes les han dado consejos útiles de una u otra índole. Salvo para los crónicamente míseros, los agradecimientos son una actividad muy placentera. Una vez que uno empieza no es fácil detenerse; es algo semejante a mostrarse generoso repartiendo dinero sin valor (así es fácil ser un gran derrochador).

Sospecho que es mejor dar reconocimientos que recibirlos pues este último placer es un tanto equívoco. Recibir un reconocimiento público por la "incalculable ayuda" que uno aportó en lo que resultó ser un libro de mala calidad es, en el mejor de los casos, una flor lánguida en nuestro ojal. He recibido reconocimientos en cinco o seis libros, pero en mi opinión nunca en la forma adecuada. En general me parece que se ha sobrevalorado mi ayuda y, en algunos casos, me ha fastidiado ligeramente ver mi nombre en una larga lista donde aparecen personas que no aprecio mucho que digamos.

No sé cómo se originaron esos complicados reconocimientos. Supongo que son una innovación de nuestro siglo y que se relacionan con la necesidad de obtener permiso para hacer largas citas textuales de otras obras. Pero ahora los reconocimientos se han vuelto fórmula y esto se evidencia en su frase final. Después de agradecer liberalmente la ayuda y el consejo, el apoyo y el afecto, nuestro autor declara con valentía: "Todos los errores de

hecho o de criterio son exclusivamente míos'' (o bien la siguiente variación: ''Por supuesto estas personas no coinciden necesariamente con mis análisis y conclusiones''). Esto siempre me inquieta un poco. ¿Qué errores? ¿Por qué no concuerdan con él sus amigos? ¿Será que nuestro autor no sólo es descuidado sino también obstinado?

Una Lógica Desquiciada

Entre los problemas que plantean los reconocimientos, no es el menor importante el decidir cuánto conviene ahondar en el pozo de las deudas contraídas cuando se trata de derramar nuestra gratitud. Es fácil concebir la gratitud hacia los padres (si no precisamente por ayudarnos a escribir el libro, sí por nuestro desarrollo intelectual en general). ¿Pero qué podemos decir de quien lo hizo todo posible desde sus orígenes: el ginecólogo de mamá, ''sin cuyas seguras manos y presencia de ánimo, este libro nunca habría sido escrito''? ¿Y por qué no continuar así?: ''También quiero agradecer al dentista de mi infancia, Dr. Tiburcio Muelas, cuyo magnífico programa de higiene dental hizo posible la deslumbrante sonrisa que luzco en el forro posterior de esta obra. A mi conserje, Eltibio Calderón, quien en medio de la crisis de energéticos mantuvo la calefacción en mi apartamento, permitiéndome proseguir este libro en los inviernos especialmente crudos de 1978 y 1979. A mi cartero, Remigio Buzón. . .''

En la Universidad donde imparto clases, se cuenta la historia de un estudiante de posgrado cuyo director de tesis era la negación de lo servicial. Las insignificantes orientaciones que dio al estudiante eran inútiles. Las cartas que este le envió no recibieron respuesta. Las solicitudes de ayuda fueron infructuosas. En todos los detalles administrativos que quedaban bajo su responsabilidad, el director de la tesis demostró concienzudamente ser indigno de confianza. Pese a todo, el estudiante concluyó su tesis y llegó el momento de escribir los reconocimientos de gratitud. Abstenerse de mencionar al director de la tesis—a quien a la sazón ya detestaba concienzuda y acertadamente—habría sido inconcebible. Sin embargo, reconocerle el menor crédito casi le daba náusea al estudiante. Resolvió el problema en estos términos: ''Ahora debo expresar mi reconocimiento a mi director de tesis, profesor Samuel Smith; solo él y yo sabemos cuánto me ayudó en este trabajo''.

Eso estuvo muy bien, pero ¿por qué no dar un paso más? ¿No sería bueno que el autor reconociera, además de quiénes le ayudaron en su empeño, quiénes se lo obstaculizaron? Para la mayoría de los autores, sospecho que esta lista de reconocimientos negativos sería mucho más larga que la de los positivos, y también mucho más apasionada. El resultado sería más o menos así:

> Deseo reconocer la aportación de mi editor, cuyos consejos, de ordinario expresados en tono bravûcón, invariablemente me causaron extravío y

> constante desaliento. El título de esta obra, insípido y sin embargo vulgar, se debe a él, quien lo impuso contra mi voluntad. Las fundaciones Guggenheim, Ford y Rockefeller, siempre dispuestas a perder hasta la camisa en proyectos insulsos en sí mismos y a menudo repugnantes para los propios patrocinadores, se negaron, una a una, a concederme la pensión solicitada, lo cual me obligó a vivir, poniendo en peligro mi salud, a expensas de los anticipos de mi editor.

Me da la impresión de que en este punto se me puede pasar la mano, así que mejor lo dejamos y a otra cosa.

Indice y Notas

"Todos los autores", señala Orwell en su ensayo "Por qué escribo", "son vanos, egoístas y perezosos. . ." Yo puedo atestiguar la veracidad del primero de dichos atributos. Si bien a través de los años he escrito superficialmente sobre temas superfluos, he descubierto que en cuanto encuentro un libro sobre un tema abordado por mí, cometo la bajeza de hurgar en el índice para comprobar si han incluido citas mías o si aparece mi nombre. (Al parecer no soy el único que se entrega a estos actos de fisgonería. William F. Buckley hijo, antes de remitir un ejemplar de sus propios ensayos a Norman Mailer, escribe en el índice de autores, junto al nombre de éste, la palabra "¡Hola!"). Actualmente lucho por librarme de este hábito porque he comprendido que debe resultar peligroso si un día me pongo a buscar mi nombre en el índice de un libro escrito antes que yo naciera.

Pero para llegar al fondo de la cuestión, hablemos de las notas de pie de página, ese accesorio cuyo nombre resulta cada vez más inadecuado pues es cada día menos frecuente que dichas notas se impriman al pie de las páginas. Noel Coward afirmó que detestaba tales notas y comparaba el viaje de los ojos desde el texto hasta el pie de la página, con el fastidio de bajar la escalera para ver quién llama a la puerta cuando uno está ocupado en lides amorosas. Sin embargo, en los mismos términos hedonistas, supongo que todo depende de quién se encuentre ante la puerta cuando uno la abre. Si quien escribe las notas es Gibbon, es probable que el descenso valga la pena. Por ejemplo, la célebre frase de Gibbon acerca del Gordiano más joven—"22 concubinas reconocidas y una biblioteca de 62.000 volúmenes satisfacían la diversidad de sus inclinaciones y, a juzgar por la producción que nos legó, tal parece que tanto las primeras como estos últimos cumplían propósitos útiles y no de ostentación"—va acompañada de la siguiente nota: "Por cada una de las concubinas, el Gordiano dejó tres o cuatro hijos. Sus producciones literarias tampoco fueron desdeñables en lo absoluto".

Actualmente, según la mayoría de las prácticas editoriales, habría sido menester llegar al final del capítulo de Gibbon, o incluso al final del libro, para leer esa nota y, para entonces, ¡Oh desgracia!, el chiste ya habría perdido su encanto. ¿Qué haría un editor actual ante la nota de 165 páginas, reputada como la más extensa del mundo, que aparece en la obra del siglo

XIX *The History of Northumberland* (La historia de Northumberland)? Sin duda remitiría al autor al capítulo 12 de la obra *Iceland* (Islandia) de Horrelbrow (1758), que se titula "Sobre las lechuzas en Islandia", donde se lee sólo esta frase: "No hay ningún tipo de lechuza en toda la isla".

El Voluble Forro

Por supuesto, el propósito del forro de un libro es impresionar. Los libros serios no pueden darse el lujo de contar con las deslumbrantes y sensacionales ilustraciones de los forros que se colocan, por ejemplo, cuando se trata de los novelones conocidos como "historias desgarradoras". Aquéllos sólo tienen elogios, opiniones lacónicas y, en ocasiones, una nota biográfica del autor. Sin embargo, todo esto se ha vuelto mucho más escueto últimamente. Sobre todo los novelistas gustaban de incluir minibiografías llamativas, supongo que para parecer más mundanos que el lector. Una nota biográfica bastante ordinaria solía señalar que nuestro novelista "había trabajado como leñador, lavaplatos, instructor de judo, vendedor de enciclopedias, conserje, violonchelista y domador de circo". En la actualidad dichas notas indican, más probablemente, que el novelista es "ex miembro de número de la Institución Rhode y director del Programa de Redacción Creativa de la Universidad Estatal. Recibió una beca Guggenheim, una pensión del Fondo Nacional para las Humanidades y un premio de la Academia e Instituto Norteamericano de Arte y Letras". Este cambio en las notas biográficas del novelista refleja la transformación principal registrada en la producción de novelas en los EUA: son cada día más académicas.

Las fotografías de los autores en la cubierta de los libros han cambiado también, o así me lo parece. Ahora son más profesionales que antes; mejores, quiero decir, pero también menos interesantes. En lo que a mí respecta, me agradan los libros que no traen la fotografía del autor, pues prefiero imaginarlos que mirar la realidad. Debo agregar que casi siempre los imagino mal, pues de ordinario me baso en la prosa que escriben. (Para citar un ejemplo, les diré que imagino a Tácito elegantemente enjuto.) Pero si bien mi imaginación suele equivocarse, la realidad es aún más decepcionante. Puede haber excepciones, pero la mayoría de los autores salen ganando si uno se concreta a leerlos y no los mira.

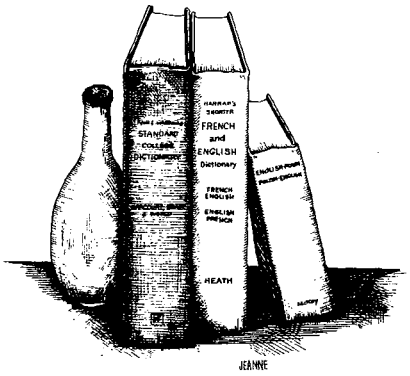
Aunque no son un accesorio oficial, los subrayados y comentarios marginales que los lectores escriben en los libros que sacan de las bibliotecas me parecen especialmente interesantes. Estos comentarios marginales son quizá lo más parecido a una respuesta espontánea de los lectores hacia el autor. A todos los escritores les gustaría examinar su libro en la biblioteca y encontrar los márgenes decorados con expresiones como: "¡Cuán cierto es!", "¡bellamente expresado!", "¡bien dicho!". Sin embargo, quizá porque la gente se anima más con las discrepancias, es mucho más probable encontrar en los márgenes comentarios como: "Es dudoso", "¡nuevamente erróneo!", "¡esto es pura basura!".

Dedicatorias y Limitantes

Las dedicatorias abarcan desde lo sencillo—"A mi madre"—o lo dulce—dedicatoria de *The Strange Necessity* (Extraña necesidad) de Rebecca West: "A Irita Van Doren, que es la persona que uno quisiera ser"—o lo levemente misterioso—dedicatoria de *Poetry and the Common Life* (La poesía y la vida ordinaria) de M. L. Rosenthal: "Para Sally Moor Gall, mi gratitud por sus pensamientos claros y sus preguntas inquietantes"—hasta lo pedante—dedicatotia de la espléndida antología *Parodies* (Parodias) de Dwight Macdonald: "A mis queridos hijos Michael y Nicholas, sin cuyos gastos de educación esta antología no habría sido realizada"—etcétera.

Barcos, edificios, monumentos, puentes y libros tienen dedicatorias, pero solo estos últimos son capaces de influir en el mundo. Dicha posibilidad no es muy grande, por supuesto, e incluso si nuestro libro ejerce influencia, ¿quién puede decir si será para bien? Por la índole problemática del destino de un libro en el mundo, quizá el autor debiera incluir también, con los demás accesorios, una nota limitante. Esta había de aparecer, como se dice ahora, por delante de todo y quizá en cursivas. La falsa modestia no debe tener cabida, pero se requiere una declaración honesta de los motivos del autor. Un modelo de tal limitante sería como sigue:

> Escribí este libro deseando establecer un argumento persuasivo, al tiempo que me complacía en verter mis pensamientos en frases, párrafos y capítulos. El que proporcione a mis lectores un placer remotamente parecido es muy dudoso, lo comprendo, pero el autor se aferra a su escasa esperanza. Me habría gustado escribir un libro mejor, pero sospecho que éste representa lo máximo que mi habilidad y mi paciencia me permiten. Si se requiere alguna justificación para esta obra, diré que, en su estilo balbuciente, pretende tomar parte, en forma ínfima, en una conversación que se ha venido sosteniendo desde hace mucho tiempo. Por mi parte, espero poder leerlo dentro de 10 años sin sentir vergüenza o arrepentimiento.



LA MENTALIDAD TERRORISTA

Por Ernst Halperin

El crítico es profesor de política internacional en la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia, que forma parte de la Universidad Tufts de Massachusetts. Su reseña fue reproducida de *Commentary*.

Terrorism (Terrorismo). Por Walter Laqueur. Boston: Little, Brown. 227 páginas.
The Terrorism Reader (Antología del terrorismo). Compilado por Walter Laqueur. Nueva York: New American Library. 291 págs.

En tanto que la primera mitad de nuestro siglo estuvo llena del clamor de grandes ejércitos trabados en las batallas de la guerra convencional, las décadas subsecuentes se han caracterizado por las actividades de movimientos políticos que persiguen sus objetivos por medio de la guerra de guerrillas y el terrorismo ("violencia de bajo nivel", como la llaman los especialistas en ciencia política).

Terrorism, de Walter Laqueur, completa la investigación de la teoría y la práctica de estos movimientos, iniciada en su volumen anterior, *Guerrilla.* Como miembro de una escuela que sostiene que los fenómenos sólo se pueden entender en su contexto histórico, Laqueur también estudia extensamente a los predecesores, en el siglo XIX y principios del XX, de nuestros movimientos terroristas contemporáneos. El resultado es una historia intelectual admirablemente compacta del terrorismo en la era moderna. El libro está espléndidamente organizado, detallado pero reducido a lo esencial, erudito pero sin despliegues vanos de conocimiento, y al mismo tiempo, escrito en un estilo elegante y libre de la jerga académica.

Copyright © 1978 por el American Jewish Committee.

Es particularmente provechoso leer *Terrorism* junto con *The Terrorism Reader,* edición de bolsillo recientemente publicada y compilada por Walter Laqueur. Este volumen acompañante contiene interpretaciones del terrorismo por varios autores, justificaciones del tiranicidio que abarca desde la Grecia y la Roma antiguas hasta el siglo XVIII, y declaraciones de teóricos y practicantes del terrorismo moderno, es decir, de los siglos XIX y XX.

Los primeros estudios del tiranicidio se sitúan con frecuencia en un plano moral y filosófico elevado. Pero cuando llegamos a los defensores modernos del terrorismo, el salvajismo absoluto de sus declaraciones se vuelve todavía más repugnante por su constante fariseísmo. De este modo, un extremista del siglo XIX, Karl Heinzen, sostenía que "el asesinato es el agente principal del progreso histórico", y que "el camino hacia la Humanidad pasará por el cenit de la Barbarie". Otro, el anarquista Johann Most, imaginaba que algún día sería posible que los dirigibles dejaran caer dinamita sobre desfiles militares a los que asistieran zares y emperadores.

Una Pasión Fría

Todavía más revelador es el famoso "Catecismo del revolucionario" ruso, atribuido antes al fundador del movimiento anarquista, Mijail Bakunin, pero ahora considerado generalmente como obra de su demoniaco discípulo, Nechaev. El "catecismo" describe al verdadero revolucionario como una persona en la que "todas las emociones tiernas y afeminadas de parentesco, amistad, amor, gratitud e incluso honor" son ahogadas por una "fría y absoluta pasión por la causa revolucionaria". En su naturaleza no hay lugar para "el romanticismo, el sentimentalismo, el arrebato o el entusiasmo". Su pasión revolucionaria "debe estar combinada en todo momento con el cálculo frío. . . No es revolucionario si siente compasión por cualquier cosa de este mundo".

El anarquista francés Emile Henry justificaba la colocación de bombas en una cafetería de París con el argumento de que "no hay burgueses inocentes". Y Laqueur nos informa que algunos de los socios de Henry llegaron al grado de sostener que no hay seres humanos inocentes en general, concediéndose así licencia para el asesinato indiscriminado.

En nuestro siglo, según nos muestra Laqueur, el tenor de la literatura terrorista ha cambiado. Ahora está llena de instrucciones técnicas y declaraciones doctrinarias áridas. Con la conspicua excepción de los irlandeses, los terroristas contemporáneos apenas se preocupan de justificar sus acciones. La nuestra no es una era moralista; el asesinato se toma como algo natural.

En efecto, Laqueur concluye que la fase actual marca un cambio esencial en el carácter del terrorismo: se han desechado las barreras; la práctica del asesinato indiscriminado se ha difundido; ha surgido el terror multinacional a control remoto; y sobre todo, existe una renuencia a atacar a las dictaduras efectivas. Los blancos preferidos del terrorismo no son hoy los regímenes despóticos, sino los gobiernos democráticos obstaculizados por restricciones constitucionales y por inhibiciones libertarias en el trato con sus opositores políticos.

Laqueur tiene aversión a las generalizaciones y es escéptico con respecto a las interpretaciones sicológicas del terrorismo. Advierte que "los movimientos terroristas suelen ser pequeños. . . y en tanto que los historiadores y los sociólogos pueden explicar algunas veces los movimientos de masas, los movimientos de partículas pequeñas en la política, como en la física, son de difícil explicación". Lo más que hace es afirmar que "el terrorismo siempre adopta el colorido protector de ciertas características del *Zeitgeist*", que tras la orientación ideológica izquierdista o derechista de los grupos terroristas generalmente se oculta un "activismo sin trabas", y que "siempre habrá. . . personas agresivas más interesadas en la violencia que en la libertad y la justicia".

El Terrorismo como Enfermedad

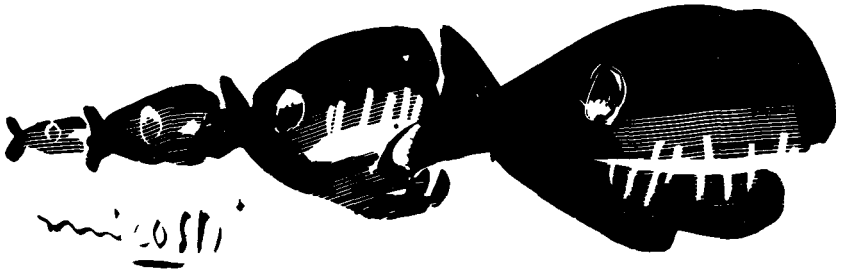
Mi propia inclinación es un poco más clínica, y confieso que me siento fascinado por la sicología del terrorismo. Lo que me parece significativo de un documento como el "Catecismo" de Nechaev es que la mayoría de la gente encontraría imposible seguir sus preceptos para convertirse en un revolucionario ideal, incluso si así lo deseara. Pero hay un tipo de persona que se conformaría a ellos con la mayor facilidad: un sicópata desprovisto de toda emoción humana y

al mismo tiempo acostumbrado a esconder sus impulsos homicidas de aquellos con quienes se relaciona. El mensaje del "Catecismo" es que para poder convertirse en un verdadero revolucionario, se debe estar totalmente enfermo, enfermo como su autor, el mismo Nechaev.

¿Cuál es la naturaleza precisa de esta enfermedad? La descripción de Nechaev del "verdadero revolucionario" es, de hecho, la descripción del paranoico homicida. La misma paranoia es evidente en las declaraciones de Heinzen, Most y otros defensores del terrorismo en el siglo XIX. Los *narodniki* rusos y los anarquistas franceses, por igual, describen invariablemente su terrorismo como autodefensa o desquite justificado. En otras palabras: *ellos* están empeñados en cazarnos, así que más vale que nosotros los cacemos primero *a ellos*. El paranoico externaliza su hostilidad y agresividad, atribuyendo a su prójimo sus propios impulsos asesinos.

El "revolucionario verdadero" de Nechaev es, por supuesto, una construcción artificial, una especie de tipo "ideal". Es improbable que el paranoico homicida declarado que él describe sea capaz de controlar sus impulsos asesinos lo suficiente para servir a un grupo o causa política. En la vida real, el terrorista suele ser una persona cuya inclinación a la violencia se activa sólo en circunstancias de gran exaltación política. Los miembros de la inteligencia rusa que se convirtieron en terroristas bajo el régimen de los zares pertenecían a este tipo, igual que los terroristas del movimiento anarco-sindicalista a fines de la década de 1800 y los "weathermen" de las universidades estadounidenses durante la Guerra de Vietnam. Hoy, el mismo tipo se encuentra entre las Brigadas Rojas que han surgido en una época de crisis en Italia.

No obstante, las interpretaciones sicológicas son reconocidamente incompletas y no deberían llevarse demasiado lejos. Podrían arrojar luz sobre la motivación de los individuos, pero no pueden aclarar los motivos de los patrocinadores y manipuladores de los grupos terroristas, ni los de sus seguidores y simpatizantes, ni las razones del flujo y reflujo de la actividad terrorista en sí. Para un análisis concienzudo e inteligente de estos problemas más extensos, el lector puede acudir a los libros de Walter Laqueur.



EL MARXISMO Y LA NUEVA CLASE

Por Lewis Coser

El autor de esta reseña es profesor de sología en la Universidad Estatal de Nueva York, en Stony Brook. Sus libros comprenden *Men of Ideas* (Hombres de ideas) y un estudio de la industria editorial, *Gatekeepers of Ideas* (Guardianes de ideas), que aparecerá en breve. Su reseña ha sido reproducida de *The New Republic*.

The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class (El futuro de los intelectuales y el surgimiento de la nueva clase). Por Alvin W. Gouldner. Nueva York: Seabury Press.

El largo y tormentoso idilio de Alvin Gouldner con el marxismo ha terminado por fin. A través de los años, en una excelente serie de libros sobre diversos temas, Gouldner usó una perspectiva marxista radical en un intento de despojar a las ciencias sociales de su complaciente conformidad con el estado de cosas. Ahora se despide de todo eso. "El marxismo", afirma, "es la falsa conciencia de la burguesía cultural que se ha radicalizado". "El marxismo fue creado. . . por el hijo de un oscuro burócrata prusiano y el hijo de un industrial multinacional (Engels), ambos de cultura mandarina". Aunque pretendía ser la ciencia combativa de un proletariado en vías de conquistar el poder, era en realidad una doctrina basada en la fusión del romanticismo y el positivismo "en la cual una sección de la nueva clase, enajenada, buscaba una base masiva en el proletariado". El marxismo proclamaba que la clase trabajadora era la "clase universal" a la que pertenecía el futuro de la humanidad. Esta era una ilusión. A lo largo de toda la historia, "la clase más humilde jamás llegó al poder, y no parece probable que lo haga ahora".

© 1979 por The New Republic, Inc.

Los Ambiciosos Intelectuales

Según la tesis principal de Gouldner, la clase universal a la que es probable que el futuro pertenezca no es el proletariado sino la nueva clase, que comprende tanto a la élite de los técnicos como a los intelectuales humanistas. Abundan las tensiones y conflictos entre los dos componentes principales de la nueva clase, y ésta, en conjunto, se caracteriza por sus esfuerzos egoístas para promover sus propios intereses y poder. "Sin embargo, tal vez sea también la mejor carta que la historia nos ha brindado en la actualidad". Su poder crece, y aunque la nueva clase probablemente necesite todavía un período largo de maduración histórica, cabe pensar que el futuro le reserva un lugar.

La nueva clase, según el autor, surgió al alejarse y enajenarse los intelectuales y otros miembros de la élite del pensamiento, tanto de la dominación burguesa como de la administración burocrática. Esta clase cultiva una "cultura de discurso crítico" que socava los criterios particularistas y de situación, en nombre de normas racional-universalistas que

están despojadas de vínculos tradicionales y consideraciones pragmáticas. Su "gramática del discurso crítico pretende enjuiciar las acciones y pretensiones de cualquier clase y de todas las élites del poder". Además, la nueva clase está empeñada en una visión total de las cosas y le irritan las restricciones que los criterios mercantilistas o las rutinas burocráticas imponen a la acción social.

Al examinar los orígenes sociales de la nueva clase, Gouldner dice que ésta surge del bloqueo a las oportunidades de movilidad ascendente que los miembros, potenciales o reales, de esta clase han experimentado bajo el capitalismo o el capitalismo incipiente. Las revoluciones francesa, rusa y china, el marxismo, la nueva izquierda de los años 60 y los diversos movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, fueron encabezados, todos ellos, por intelectuales enajenados que, aun sin darse cuenta, promovieron "objetivamente" los intereses de la nueva clase. Se volvieron revolucionarios porque observaron la disparidad entre su ingreso y su poder en la estructura prevaleciente de las cosas, por una parte, y su capital cultural, su peso social y su autoestima, por la otra.

¿La Llave Maestra de la Historia?

Aunque se ha distanciado de un modo u otro de todos ellos, Gouldner sigue las huellas de Saint-Simon y Veblen en el pasado, y de Daniel Bell, John Kenneth Galbraith, Adolph Berle, Gardner Means y, sobre todo, James Burnham —representado por *The Managerial Revolution* (La revolución administrativa)—en el presente. Es especialmente afín a Burnham porque, como éste, después de haber creído durante mucho tiempo en la misión liberadora del proletariado, ahora asigna a la nueva clase un papel igualmente universal. Aunque difieren en muchos puntos, ambos han sido incapaces de despojarse de la fatal inclinación marxista a buscar una llave maestra de la historia y una "clase universal" salvadora. La mayoría de los demás analistas de la nueva clase escriben con cierta medida de sobriedad analítica y despego, pero Burnham y Gouldner lo hacen con la emoción y la alegría nerviosa de exploradores que acaban de descubrir la forma de las cosas venideras. Han visto el futuro y les parece bueno.

Una Red Demasiado Ancha

Lo malo de todo esto es que el concepto de la nueva clase es tan elástico y proteico que prácticamente cualquiera con un ápice de inquietudes educacionales puede pertenecer a ella. Pero, ¿qué tienen los "revolucionarios profesionales" leninistas en común con las profesiones modernas? El Che Guevara, observa Gouldner, estudió para ser médico y es, por lo tanto, representante de la nueva clase. ¿Qué características comparte con un pediatra norteamericano o un abogado británico, salvo el empleo de un lenguaje abstracto? Gouldner arroja una red tan ancha que no es de sorprender que saque a muchas criaturas heterogéneas con poco en común, salvo el hecho de haber sido atrapadas en la misma red. Si los estudiantes de los años 60 son miembros, reales o potenciales, de la nueva clase junto con los tecnócratas, los ingenieros y los eruditos independientes contra quienes se rebelaron, bien podemos preguntarnos qué se gana, en materia de conocimiento, al usar esta promiscua terminología.

Gran parte de la tesis de Gouldner hace hincapié en la indispensabilidad funcional de la nueva clase en la estructura de las sociedades tanto orientales como occidentales. Pero la indispensabilidad nunca es la clave de la solidaridad y la acción conjunta de clase.

Marx esperaba que la clase trabajadora, debido a su concentración en fábricas en gran escala, manifestara esa solidaridad (y así ocurrió). Pero Gouldner no ofrece el menor indicio de cómo y dónde ha desarrollado su nueva clase una comunidad autónoma de perspectivas y valores. ¿Qué une a un programador de computadoras con un erudito humanista o con un intelectual marxista? Estas personas no constituyen una clase en sí ni, claro está, una clase para sí. Como sostuvo hace mucho tiempo C. Wright Mills, "la habilidad ocupacional no es sinónimo de posición social".

Gouldner ha puesto en relieve, aunque no es el primero en hacerlo, la importancia funcional de la élite técnica y de los profesionales modernos en la conducción de las sociedades postindustriales, pero no ha logrado sustentar su enjundiosa predicción de que heredarán la Tierra. En tanto no desarrollen una conciencia autónoma de clase, un sistema común de valores y un impulso político compartido, seguirán estando al servicio del poder sin ejercerlo jamás.

WILLIAM FAULKNER: NOVELISTA DEL SUR

Por Quentin Anderson

El crítico es profesor de literatura en la Universidad Columbia en Nueva York y autor de *The American Henry James* (El estadounidense Henry James) y *The Imperial Self* (La identidad imperial). Su reseña es reproducida de *The New York Times Book Review*.

William Faulkner: Toward Yoknapatawpha and Beyond (William Faulkner: hacia Yoknapatawpha y más allá). Por Cleanth Brooks. New Haven: Yale University Press. 445 págs.

Cuando Malcolm Cowley publicó una colección de obras de Yoknapatawpha de William Faulkner en 1946, casi todos los libros del novelista estaban sin publicarse. Faulkner era principalmente un escritor para escritores, el tema de brillantes ensayos por Conrad Aiken y Robert Penn Warren, pero se había visto forzado a complementar sus ingresos escribiendo libretos cinematográficos para Hollywood. Entonces llegó el éxito como una oleada. Se le concedió el premio Nobel en 1950. Su fama coincidió con el auge de la erudición literaria después de la Segunda Guerra Mundial; y ahora Faulkner ha sido tema de más artículos, disertaciones y libros que casi ningún escritor estadounidense. Pero todavía carecemos de un libro de primer orden acerca de él. El libro de Cleanth Brooks no es tal libro, pero logra dos cosas importantes: reafirma el carácter distintivo de la cultura sureña tanto explícitamente como por las inferencias de su método crítico y proporciona la mejor descripción del trabajo realizado por Faulkner en los años 20 como un principiante intelectualmente torpe y emocionalmente aturdido.

Cleanth Brooks, el profesor y crítico cuyas colaboraciones con Robert Penn Warren *(Understanding Poetry*—Comprensión de la poesía—y un volumen adjunto sobre la novela) domesticaron la Nueva Crítica en nuestras escuelas superiores y universidades, publicó *William Faulkner: The Yoknapatawpha County* (William Faulkner: el condado de Yoknapatawpha) en 1963. Este segundo libro completa un estudio exhaustivo de Faulkner. Examina poemas de su primera época, la comedia llamada *Marionettes* (Marionetas), bocetos y cuentos publicados en periódicos de Nueva Orleans, y las ligas de Faulkner con el círculo literario de la misma ciudad, círculo cuya principal figura era Sherwood Anderson. Después de analizar las primeras dos novelas, *Soldier's Pay* (Paga de soldados) y *Mosquitoes* (Mosquitos), Brooks dedica un capítulo a cada una de las últimas novelas escritas fuera de Yoknapatawpha: *The Wild Palms* (Las palmeras salvajes), *Pylon* (Pilón) y *A Fable* (Una fábula). Concluye con un examen de "Faulkner en el tiempo y la historia".

© 1978 por The New York Times Company.
Reproducido con autorización.

William Faulkner

Contexto Social

El fundamento imaginativo que descubrió Faulkner en el Condado de Yoknapatawpha es descrito en el prefacio de Brooks: "Su mítico condado le proporcionó un contexto social en el que lo que era más saludable de su romanticismo podría vivir en fructífera tensión con su realista y detallado conocimiento de su propia tierra". Lo que Faulkner había conocido, o tenía razones para desear, era lo que Brooks llama "comunidad plena", una cultura del Sur rural en la que la gente se define a sí misma por los nexos que tiene con los demás, una esperanza muy alejada del aislamiento de los "grotescos" provincianos del Medio Oeste que brotan aparte en *Winesburg, Ohio* de Sherwood Anderson.

Cleanth Brooks—como sus amigos, los críticos-poetas Robert Penn Warren, John Crowe Ransom y Allen Tate—tiene raíces en una cultura evidentemente sureña. Proviene de una región en la que, tanto para bien como para mal, los poderes sociales ascendentes han tomado rostros humanos y en la que los nexos monetarios podían verse como una intrusión destructiva; una invasión por los Snopes, que aparecen en *The Hamlet* (El Hamlet), *The Town* (La ciudad) y *The Mansion* (La mansión). La sociedad que invaden, organizada de arriba abajo por visible acción humana, se ha ido ahora, pero es evidente que Brooks, al nombrarse a sí mismo guardabosque en el parque nacional literario de Faulkner, intenta preservar no sólo los logros literarios del novelista, sino también la imagen de un mundo tan humano.

Asociamos a Cleanth Brooks con la Nueva Crítica, crítica que examina las obras literarias para descubrir aquellas tensiones internas y constantes ironías que les permiten mantenerse libres de las circunstancias personales e históricas. ¿Cómo, entonces, llegó Brooks a estimar la imagen de Faulkner de un mundo definido casi enteramente por las relaciones personales y las tradiciones? La contradicción es sólo aparente. De hecho, la Nueva Crítica dependía de una aceptación de valores realmente muy antiguos; ideales de comunidad y valores religiosos implícitos o explícitos. Porque consideraban a la sociedad como un conglomerado de relaciones humanas y no de fuerzas comerciales impersonales, los Nuevos Críticos que he mencionado tenían en cierta medida la libertad que asociamos con los aristócratas. Podían dar por sentada su sociedad. Esto fue precisamente lo que hizo posible que analizaran obras literarias sin tomar en cuenta la política ni la situación personal inmediata de un escritor.

Es probable que la Nueva Crítica era ella misma el producto de una fe social dividida; que surgió en un momento en

que sureños juiciosos veían la importancia de lo que estaban perdiendo. Esto no altera el hecho de que tanto para Faulkner como para Brooks el mundo se ve ratificado por un sentido inclusivo, que, como dice Brooks de Faulkner, "llega a una especie de fe religiosa".

El Individuo y la Sociedad

En Faulkner, los actores y las acciones individuales tienen una resonancia social más amplia que en cualquier otro escritor estadounidense, porque crea el espacio social en que pueden sentirse. Para el Norte y el Oeste la influencia invasora de la sociedad comercial ha hecho más difícil la creación de espacio social. El ejemplo típico de la Norteamérica del siglo XIX es Ralph Waldo Emerson, quien, molesto por la presión para que se definiera a sí mismo en términos comerciales, encontró que todo vínculo social era una amenaza para su individualidad. Viendo en todas partes un país que parecía un gran mercado, trató de crearse una identidad propia que fuera independiente de la sociedad. Se sentía amenazado por dentro a causa de las emociones del hombre de familia y el dueño de propiedad, y luchaba contra su yo adquisitivo: el Snopes interno.

En *A Fable* Faulkner procedió a hacer genérico el Snopesismo. En esa novela acerca de la Primera Guerra Mundial, proclama que la "rapacidad" humana es universal. Pero traicionó su mejor obra al hacerlo. Yoknapatawpha, como han dicho muchos críticos, no puede ensancharse hasta que abarque los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. La estructura imaginativa se rompe. Y el enfoque crítico de Brooks al alcance de la obra de Faulkner también falla en su intento de ser universal, puesto que también tiene sus raíces en un tiempo y lugar particularmente históricos.

Todavía no se ha escrito ningún libro satisfactorio sobre Faulkner, si bien *The Achievement of William Faulkner* (La obra de William Faulkner) de Michael Millgate, trabajo de un inglés que no encuentra dificultad en suponer que la sociedad norteamericana tiene una plena existencia imaginativa, merece atención; y *William Faulkner: A Critical Study* (William Faulkner: estudio crítico) de Irving Howe—originalmente publicado en 1952 y reimpreso con mejoras en 1975—es evidentemente el mejor que tenemos. Los juicios literarios de Howe son admirablemente claros y firmes, pero sitúa los compromisos emocionales de Faulkner y su relación con su peculiar sociedad a un lado, como si la relación del individuo con su sociedad pudiera sólo considerarse con respecto a la evaluación socialista de Howe de las necesidades y esperanzas colectivas. Quizás—como otros miembros de su generación—Howe fue traumatizado en su cuna crítica por los usos literarios vulgares del marxismo, usos que redujeron la interpretación imaginativa de la sociedad hecha por los escritores, y su perceptible clamor interno respecto a la burda clasificación de una línea ideológica.

Cuando no logramos relacionar ese clamor interno de deseos y esperanzas con la interpretación imaginativa de su mundo, hemos perdido la esencia de esos autores—Faulkner entre ellos—que nos dicen lo que hemos sido y lo que queremos ser.

UNA NOVELA SOBRE EL CAMBIO

Por Webster Schott

Webster Schott colabora regularmente en *The Washington Post Book World,* de donde se reprodujo esta reseña.

Wrinkles (Arrugas). Por Charles Simmons. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux. 182 págs.

Wrinkles es un libro divertido y triste, inocente y sagaz, pertinente hasta el grado de resultar doloroso. Es una novela sobre el cambio. Al leerla se puede pensar que el autor ha estado reconstruyendo nuestra historia, esperando hasta este instante para darnos a conocer nuestro afán de certidumbre, nuestra resquebrajada moralidad y nuestro gran anhelo de ser amados, por imperfectos que seamos.

Wrinkles es una novela casi perfecta de exploración sicológica. Nunca he leído nada parecido y sólo puedo encontrar paralelos en la poesía en prosa de René Char o en las cantatas de Bach.

Simmons juega con la vida emocional y física de su héroe como si manipulara un ópalo, volteando al personaje de una manera o de otra para reflejar un nuevo estado de ánimo o un descubrimiento. Nos ofrece el retrato de una vida entera. Encontramos en la obra todo lo que queremos o necesitamos saber del personaje para reconocerlo. Hay partes de él que tenemos todos. Pero estas partes se convierten en un ser humano único y total en manos de Simmons.

Copyright © 1978 The Washington Post Co.

El héroe de la novela no tiene nombre. Es simplemente "él", y está en el centro de cada uno de los 44 capítulos cortos. Estos varían en longitud entre 700 y 1.000 palabras. Hay una idea, un lugar, una persona o un enigma al principio de cada capítulo. Por ejemplo, la magia de los números, la tía Mae, la escuela primaria, la creencia en Dios y el hogar de su niñez dan comienzo a los primeros cinco capítulos. Cada uno tiene una forma similar, extraordinaria. Cada capítulo comienza en un punto de la infancia del héroe. Luego avanza hacia la adolescencia, la vida adulta y la madurez. Cada capítulo cierra con la vejez y prevé la muerte del personaje.

El Proceso de Envejecimiento

Aunque en *Wrinkles* aparentemente no hay un argumento lineal, un retrato formal, una crisis dramática o un desenlace, todos estos elementos se hallan presentes pero en forma disfrazada. Su disfraz es el proceso de envejecimiento que tiñe y altera todo lo que Charles Simmons y su héroe autobiográfico pensaron o creyeron alguna vez.

El héroe de Simmons sufre toda la catástrofe de la vida del siglo XX en una sociedad avanzada. Es criado dentro del catolicismo y después descubre que Dios no se encarga del mundo. Va a la guerra y no puede combatir. Se casa sin experiencia (con la novia de su niñez) y tiene hijos. Tiene aventuras amorosas y se enamora de una mujer mucho más joven

que él. Se divorcia y ve cómo sus hijos rechazan sus valores. El también, por supuesto, abandona dichos valores cuando se da cuenta de que no sirven para nada. Tiene casi 56 años cuando se escribe la novela, y busca una base sólida nueva ante la cercanía de la muerte. Se conforma con consuelos como tener un médico más viejo que él debido "al atractivo de tener un experto entre uno mismo y la muerte".

Escribe dos novelas (igual que Simmons), saborea la fama (Simmons obtuvo el premio William Faulkner por su primera novela, *Powdered Eggs* [Huevos en polvo]), y hace de un superior incompetente el villano de la segunda, "lo que degrada a la novela; y se da cuenta de que un problema no resuelto pero soluble no es un buen tema para la literatura novelesca".

Se refugia en su sensibilidad y trata de no juzgar a aquellos cuyas vidas repercuten en la suya: "Cada vez menos pensará en las personas como buenas o malas; más bien le parecerá que los benefactores serán buenos para los beneficiarios y los ofensores serán malos para los ofendidos, y que el resto sólo es cuestión de gustos".

Gran parte de *Wrinkles* trata sobre el sexo porque éste nos vincula a la juventud y es el último impulso en desaparecer antes del impulso de permanecer vivos. También trata sobre la renuncia a la esperanza, la aceptación de que la juventud no puede lograr sus aspiraciones. El no saber es una condición de la creencia. El desengaño es la pizarra sobre la que la edad escribe nuestros nombres.

Comedia y Tragedia

Si sugiero que la novela de Charles Simmons tiene más oscuridad que luz, es porque así se le interpreta y tal puede ser su defecto. Horace Walpole dijo que quienes piensan suelen considerar divertida la vida; y los que sienten la hallarán trágica. Simmons conoce ambos aspectos. La brillantez de su exposición ilumina todo, incluso la oscuridad.

Los episodios y sucesos enfocan las viñetas de Simmons sobre las transacciones ordinarias de la vida. Pero la mente reflexiva de su héroe les presta sentido. El sicólogo B. F. Skinner ha observado que la ciencia es otra forma de ver la vida. Charles Simmons nos muestra en *Wrinkles* una vez más—en caso de que nos haya seducido el periodismo, la historia clínica o el chismorreo embellecido—que el arte de la novelística es también una forma de contemplar la vida.

La ciencia generaliza. El arte especifica. Ambos tienen en común la posibilidad de encontrar en el individuo lo que es casi universal. Al tomar la vida de un hombre y examinarla con cuidado y paciencia, Simmons nos muestra la vida de muchos hombres y mujeres. Al contemplar una sola vida nos vemos a nosotros mismos más profunda e intensamente que antes. La transacción crucial del arte ocurre en *Wrinkles* en toda su majestad.

UN RADICAL ESTADOUNIDENSE

Por Daniel Aaron

El autor de esta reseña es profesor de literatura en la Universidad Harvard y ha escrito mucho sobre la relación de la literatura con el pensamiento social. Sus libros comprenden *Men of Good Hope* (Hombres de buena esperanza), *Writers of the Left* (Escritores de izquierda) y *The Unwritten War: American Writers and the Civil War* (La guerra no escrita: los autores estadounidenses y la guerra civil). Su reseña fue extractada de *The New York Review of Books*.

The Radical Will: Randolph Bourne —Selected Writings, 1911-1918 (La voluntad radical: Randolph Bourne: páginas escogidas, 1911-1918). Compilación e introducción de Olaf Hansen. Nueva York: Urizen Books. 548 págs.

Si al lector de tipo medio le dice algo el nombre de Randolph Bourne, seguramente lo asociará con la elegía al "pequeño fantasma, deforme y valiente" de una de las "biografías" de la novela de John Dos Passos, *U.S.A* (EUA). Dos Passos tenía inclinación por los mártires, y su tributo al pacifista radical que se opuso a la intervención norteamericana en la Primera Guerra Mundial inmortalizó tanto al hombre como a la leyenda.

Bourne nació en Nueva Jersey en 1886 y murió a los 31 años en la epidemia de influenza que se desató en 1918. Indudablemente, una grave lesión de nacimiento que deformó su columna vertebral y desfiguró su rostro, determinó en gran medida la formación de su carácter e inclinaciones. "El hombre deforme", escribió una vez, "tiene que encarar las mismas batallas que el hombre fuerte" y carece de las ventajas que se conceden a los privilegiados. Su autoestima no se desarrolla porque nunca está seguro de que sus dificultades se deban "a su incapacidad física" o "a su débil voluntad y carácter". Sin embargo, existen compensaciones por llevar "una espalda torcida y un rostro de aspecto desagradable". La amistad se vuelve más preciosa. Al habérsele negado ciertas "satisfacciones físicas", el hombre deforme puede "entrar en el reino mucho más rico del esfuerzo mental y la apreciación artística". Y al haber sufrido el abandono y la angustia de los lisiados, puede identificarse con los "despreciados y olvidados" y "empezar a entender los sentimientos de la horda de los impresentables e inempleados, de los incompetentes y los feos, de la gente rara y extravagante que constituye una proporción tan grande del género humano".

En la Escuela de Estudios Superiores Columbia de Nueva York, la madurez intelectual y la capacidad literaria de Bourne le ganaron rápidamente el reconocimiento que ansiaba. Había ido a Columbia a prepararse para una carrera de "hombre de letras" cultivado, pero al

Copyright © por NYREV, Inc.

descubrir que el departamento de inglés estaba embalsamado en un decoroso pasado, se dejó convertir por maestros como el filósofo John Dewey y el historiador Charles Beard a un fervor por las ideas radicales.

Apóstol de la Juventud

Bourne se distinguió por exponer con claridad las prerrogativas y obligaciones especiales de la llamada "generación joven", por presentarla como "la encarnación de la razón opuesta a la rigidez de la tradición". La juventud gustaba de la experimentación; los mayores, desprovistos de la "actitud científica", la temían. Los viejos se apoyaron en la consigna de la "experiencia" en tanto que los jóvenes la consideraban tan sólo "una lenta acumulación de inhibiciones". Para la mayoría de la gente, pensaba Bourne, la "experiencia" termina a los 25 años.

En 1914, Bourne pasó a formar parte del grupo de pragmáticos intelectuales de la revista *New Republic,* de Herbert Croly, como especialista en planificación urbana y educación. También escribió sobre temas tales como la ficción sociológica, los reformadores, el trabajo organizado, las relaciones industriales y el radicalismo de la clase media. Pero poco después de los primeros éxitos alemanes en la Primera Guerra Mundial, la revista empezó a ponerse de parte de las fuerzas aliadas. Bourne, que odiaba toda forma de jingoísmo, y que se sentía consternado por la futilidad de la matanza, empezó a divergir cada vez más de la orientación editorial de Croly. La inevitable ruptura fue marcada por los artículos de Dewey en que éste atacaba la "inocencia moral" y la "inexperiencia" de sus antiguos discípulos.

Redescubrimiento de un Pensador Radical

Desde su muerte en 1918, Bourne ha sido "redescubierto" en múltiples ocasiones. En la década de 1960 aparecieron muchos libros y artículos suyos, así como varias colecciones de sus escritos, en que se rectificaban concepciones falsas y se ofrecía una apreciación equilibrada de su pensamiento. Olaf Hansen, joven alemán que se dedica al estudio y la enseñanza de la cultura social y literaria estadounidense en la Universidad de Frankfurt, ha compilado ahora una nueva antología que constituye la colección impresa más completa y representativa de la obra de Bourne.

El interés de Hansen en la conciencia literaria de la generación de Bourne y en el pensamiento radical estadounidense, hace que su manera de enfocar a aquél sea distinta de la que emplean casi todos sus demás cronistas. El marxismo, observa, tenía sólo una "atracción negativa" para los intelectuales radicales norteamericanos. Algo de la "indignación moral" de Marx se infiltró en su "filosofía social humanista", pero al encontrar que las ideas de aquél eran inaplicables a las condiciones norteamericanas, propusieron opciones propias que eran comparables o iguales a las de Marx tanto en su alcance como en su coherencia. Hansen cree que la obra de Bourne puede interpretarse como una opción radical. Este escribía en 1916:

> El radicalismo intelectual no debería significar la repetición de los trillados dogmas del marxismo. No debería significar "el estudio del socialismo". Sería mejor que significara una afanosa y controvertida crítica de ideas actuales, y la forjadura de una filosofía perspicaz que sea este pilar de fuego. Al joven

radical de hoy *no* se le pide que sea un mártir; se le pide que sea un pensador, un líder intelectual.

Receloso de las nociones utópicas e impresionado por la visión de Walter Lippman de un gobierno científico dirigido por una élite administrativa, Bourne seguía suspirando por un orden social orgánico, una comunidad amorosa y el libre desarrollo del yo. Pero no elaboró una teoría social sistemática; en cambio, siguió sus propias ideas hasta la negación de éstas, insistiendo en "la insoluble paradoja de la existencia". No había soluciones en la filosofía de Bourne.

Aceptó la responsabilidad de alertar a los jóvenes a sus propios autoengaños y sentimentalismos. Las cualidades que admiraba en la vida intelectual fueron expresadas con fuerza en su ensayo "La vida de la ironía". El Ironista, escribió Bourne, abrió su mente a toda la experiencia y puso a prueba ideas a la luz de la observación desinteresada. Como el Ironista siempre vio el otro lado de las cosas y esquivó las polaridades del bien y el mal, no pudo ser optimista ni pesimista. En su corta vida, Bourne nunca halló la respuesta a la pregunta: ¿Cómo podría ser una realidad, y gracias a quién, el orden socializado con su promesa de máxima libertad individual?

Opiniones Literarias

Según un amigo de Bourne, de haber vivido éste más tiempo se habría dedicado a "los problemas de evocar y configurar la literatura norteamericana". Sus ensayos comprenden evaluaciones de escritores tan diversos como Henry James y H. L. Mencken, Theodore Dreiser y Upton Sinclair. Al examinar las noveleas de Dreiser y Sinclair, Bourne pidió de la "sociología de ficción" no sólo que "su sociología fuera sólida y veraz" sino también que su "mensaje" fuera implícito y discreto. La crítica debería "distinguir entre lo original, sincero y creativo y lo que sólo es teatral y francamente refractario". Bourne deseaba un "arte literario que combine la tradición clásica y puritana con las ideas más modernas". Admiraba a los escritores de espíritu quijosteco "y cierta mordacidad; un poco ásperos pero no amargados". Consideraba que el "terrorismo del 'buen gusto' " es más pernicioso "para la creación del arte literario que el barbarismo puro".

Dreiser, el tema de dos estudios profundos y realizados con admiración, era un ejemplo de lo anterior. "Dreiser", escribió Bourne, "es un verdadero 'híbrido', un producto de ese norteamericanismo conglomerado que brota de raíces diferentes de la tradición inglesa". Ignorante de los cánones de la aristocracia, inquisitivo y nostálgico, Dreiser fue el crítico "muy humano de la vida humana muy común", y el cronista de lo que es patético y vacío, pero enérgico y conmovedor, en la clase baja de los Estados Unidos.

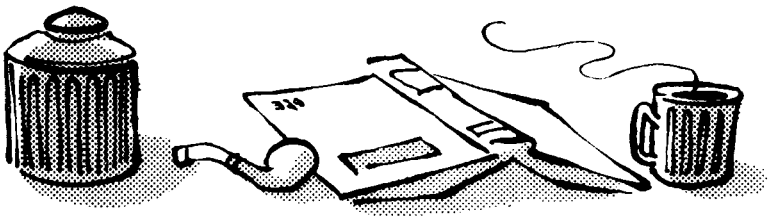
Elogio de la Diversidad Cultural

En muchos sentidos, el aspecto más atractivo y cautivador de Bourne fue su receptividad a las diferencias culturales, su solicitud por el inmigrante arrancado de su propia cultura y en peligro de ser convertido, por el proceso del crisol, en un filisteo anónimo. Su idea del cosmopolitismo cultural estaba representada en el expatriado cuya "expansión no entraña un conflicto interno vergonzoso, ni una renuncia de su actitud nacional". Soñó con unos "estados Uni-

dos Transnacionales'' que brindaran al inmigrante una cultura nacional y le alentaran al mismo tiempo a retener la cultura (mas no la lealtad política) de su país de origen.

Bourne murió antes de forjarse un sitio como fuerza literaria importante, y apenas dejó algo más que un montón de fragmentos. En ellos, sin embargo, podemos encontrar análisis de lo que ahora llamamos la ''crisis de identidad'' y de lo que significa ''crecer en el absurdo'', que son mucho más agudos que gran parte de los comentarios sociales que ahora leemos. El tono profético y exhortatorio de Bourne puede llegar a cansar. Estaba demasiado dispuesto a educar, anunciar y denunciar. Tenía demasiadas esperanzas sobre la influencia potencial de lo intelectual en la política.

Sin embargo, como lo demuestran los fragmentos escogidos en *The Radical Will,* este demócrata elitista, este socialista que desconfiaba de la sociedad, este optimista pesimista, registraba sensiblemente las vibraciones culturales e ideológicas de su tiempo. Es perennemente interesante y ''descubrible'': el indómito intelectual en desacuerdo con su propia clase y el público anónimo, y en busca de lo que él llamó ''ese público imaginario de entendedores perfectos''.



UN NOVELISTA FILOSOFICO

Por Edmund Fuller

Edmund Fuller es el crítico literario permanente de *The Wall Street Journal,* del cual se reproduce esta reseña.

Walker Percy: An American Search (Walker Percy: una búsqueda estadounidense). Por Robert Coles. Boston: Atlantic-Little Brown. 250 págs.

Walker Percy es uno de los mejores y más respetados novelistas de los Estados Unidos; cuenta con un público numeroso, aunque no masivo, y es muy estimado por muchos críticos. Uno de nuestros siquiatras notables es el Dr. Robert Coles, de la Escuela de Medicina de Harvard, autor prolífico en su terreno profesional que también ha escrito mucho sobre asuntos sociales afines, como raza y pobreza. Es una sorpresa ver al Dr. Coles entrar a escena como fino crítico literario en *Walker Percy: An American Search.*

Coles esboza los datos biográficos de este hombre tímido. Percy nació en 1916 en Alabama y, después de perder a sus padres, a la edad de 14 años fue adoptado por el primo de su padre, William Alexander Percy, de Greenville, Mississippi. William Percy destacó en la vida intelectual del Sur; aunque poeta, se le conoce más por su libro en prosa, *Lanterns on the Levee* (Linternas sobre el malecón). Su lugar de origen fue una maravillosa influencia formativa para el escritor en ciernes.

Walker Percy asistió a la Universidad de Carolina del Norte y luego al Colegio Superior de Medicina y Cirugía de la Universidad Columbia en Nueva York. Irónicamente, al salir de la escuela de medicina sufrió un prolongado episodio de tuberculosis. Ya era médico, pero pronto decidió que no ejercería como tal y se retiró a un período de lectura e introspección intensas. De este retiro surgió como escritor de ensayos filosóficos, para regresar luego con éxito notable al medio de la novela meditativa. Se casó, y con su esposa se convirtió al catolicismo romano. Actualmente vive en Louisiana, en las afueras de la ciudad de Nueva Orleans.

Entre las novelas de Percy se cuentan *The Moviegoer* (El aficionado al cine), de 1961, que obtuvo el Premio Nacional del Libro; *The Last Gentleman* (El último caballero), de 1966; *Love in the Ruins* (Amor en las ruinas), con su provocativo subtítulo: "Aventuras de un mal católico cerca del fin del mundo", de 1971, y *Lancelot,* de 1977. En 1975 apareció una colección de sus ensayos desde 1954, bajo el título *The Message in the Bottle: How Queer Man Is, How Queer Language Is, and What One Has to Do with the Other* (El mensaje en la botella: cuán raro es el hombre, cuán raro es el lenguaje y la relación entre ambos).

A diferencia de sus novelas, que tienen la gracia y accesibilidad del buen arte, muchos ensayos de Percy, y gran parte del libro crítico del Dr. Coles, son algo pesados para quienes no están profundamente versados en Kierkegaard, la lingüística, el lenguaje simbólico, etcé-

© 1979 por Dow, Jones & Company, Inc.
Reservados todos los derechos.

tera. Con escasas excepciones, los ensayos de Percy me dicen poco y sucede lo mismo con largas secciones del estudio del Dr. Coles. Es la faceta de novelista lo que me atrae en Percy y, en el libro de Coles, me parece fructífero el examen franco del hombre y sus novelas.

El Dr. Coles, quien se convirtió en amigo del novelista, le rinde un singular tributo personal en su propia obra capitalina en cinco volúmenes, *Children of Crisis* (Hijos de la crisis), acerca de las respuestas de los jóvenes negros y blancos a la desegregación y otros cambios sociales de años recientes.

> Me he basado constantemente en las ideas del Dr. Percy en el curso de esa obra, al grado que difícilmente puedo imaginar cómo habría concebido mi propia vida o la de los niños, padres y profesores que he conocido, si él hubiera decidido. . . reservarse sus ideas importantes e instructivas. . . Hay en toda su obra, y en él personalmente, una cierta modestia y vacilación (que aparece a su vez, cuando habla o escribe, como una capacidad de asombro, pasmo, sorpresa y una ingenuidad casi infantil). Los personajes de sus novelas, por supuesto, tienen esa "inocencia" como característica principal.

El Camino a la Novela

En sus días de estudiante de medicina, Percy se hallaba absorbido en la ciencia: "Era una religión para mí; creía que cualquier problema, cualquier cosa que estuviera mal, se podría resolver por medio de una u otra de las ciencias". En su búsqueda de sí mismo, cinco años de sicoanálisis no lograron darle un sentimiento de integridad. Fueron el matrimonio, la conversión religiosa y un largo retiro para tratar de encontrar su verdadera vocación lo que transformó, según sus propias palabras, al "médico fallido" en un escritor distinguido.

Algunos ensayos de Percy se refieren a lo que considera el "desamparo espiritual" y la falta de plenitud emocional del hombre moderno. Escribe: "La necesidad humana más profunda, el requisito primordial para una vida triunfante, es estar emocionalmente involucrado. Sócrates, Jesús, el Buda, San Francisco lo estuvieron". Empero, los ensayos no le dieron suficiente proyección. El Dr. Coles afirma que Percy "se sintió en un laberinto: ¿cómo lograr que su 'mensaje' se aproximara a la vida de los demás; se pusiera en contacto con la sensibilidad humana de estos? Para fines de los cincuentas había hallado la respuesta: escapar del laberinto, saltar sobre el muro, escribir novelas". Es interesante que Aldous Huxley, quien también escribiera libros filosóficos ajenos a la novela, haya llegado a la conclusión de que ésta es el medio más perfecto para expresar ideas filosóficas, cuando afirma: "Dostoievski es seis veces más profundo que Kierkegaard". En la novela, agrega, pueden "mantenerse vivas estas ideas formidables de una manera concreta. . . se reconcilia lo absoluto con lo relativo, por así decirlo; es la expresión de lo general en lo particular". Percy también había descubierto eso.

En *Love in the Ruins,* el personaje principal de Percy dice: "Nada es como lo pintan. Y no hay nadie más loco que la gente". Para mí eso encuentra resonancia en este verso de Thornton Wilder en *Our Town* (Nuestro pueblo): "Siempre que te acerques a la raza humana, encontrarás capas y más capas de necedad".

Créditos: pág. 15, foto de Janet Knott; pág. 28, foto de Colin Westwood; pág. 37, dibujo de Saul Steinberg, © 1952 por Saul Steinberg; pág. 48, foto de John A. Moore; pág. 64, dibujo de Lubah Dreyer; pág. 65, foto de Irwin Gooen; pág. 88, foto de James Cohen; pág. 100, foto cortesía de Victor y Rosemary Zorza; pág. 109, foto de Paul Pitts; pág. 118 (derecha), foto de Thomas Victor; pág. 120, foto de Arthur Shay; pág. 125, dibujo de Jeanne Meinke; págs. 87 y 128, dibujos de Mario Micossi.